



***Una vida consagrada:
Evangelio, Profecía,
Esperanza***

Índice

Presentación	3
Retiro	5
Formación	11
Comunicación	26
Vida salesiana	40
Pastoral Juvenil	43
La Solana	57
El Anaquel: Bicentenario Don Bosco	73
El Anaquel: Año de la Vida Consagrada	79

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura, Carlos García Llata.

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Presentación

La vida consagrada, luces en el mundo

Redacción

En la celebración de la fiesta de san Francisco de Sales, oportunidad para celebrar la raíces del carisma salesiano, ve la luz el segundo número de esta nueva etapa de Forum.com. El número de este mes de febrero recoge el lema del año de la Vida Consagrada propuesto por el papa Francisco. Este año especial –casualidades o no, coincide con nuestra celebración del Bicentenario del Nacimiento de Don Bosco– tiene en el 2 de febrero una relevancia especial.

La Jornada mundial de la Vida Consagrada 2015, que incluirá una celebración de la Eucaristía presidida por el Santo Padre, justo 365 días antes de la clausura de este año especial, tiene por lema la expresión de san Teresa de Jesús: “Amigos fuertes de Dios”. Este lema está inspirado en las insistencia del Papa en *Evangelii Gaudium*: “Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí. Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos, para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor” [núm. 112].

Esta celebración nos recuerda a todos los consagrados la vocación que tenemos de vivir la amistad auténtica con el Señor que nos ha llamado, en una relación de profunda intimidad con él, en la comunión eclesial y al servicio del mundo. En este Año de la Vida Consagrada, el papa Francisco quiere que evangelicemos nuestra vocación, recordando nuestro pasado con gratitud, viviendo el presente con pasión, y abrazando el futuro con esperanza, confiando siempre en la Providencia de este Dios nuestro que nos acompaña con amor y fidelidad. ¡Esa es nuestra fortaleza!

En otra de sus llamadas el Papa también nos estimula en esta fortaleza esperanzadora: «¡Despierten al mundo! ¡Despierten al mundo [...]. Sea el Evangelio el terreno sólido donde avanzar con coraje. Llamados a ser “exégesis viviente” del Evangelio, sea eso, queridos consagrados, el fundamento de referencia último de vuestra vida y misión. ¡Salid de vuestro nido hacia las periferias del hombre y de la mujer de hoy! Por esto, hay que dejarse encontrar por Cristo. El encuentro con Él empujará al encuentro con los otros y llevará hacia los más necesitados, los más pobres. Es necesario

llegar a las periferias que esperan la luz del Evangelio. Hay que habitar las fronteras. Esto pedirá vigilancia para descubrir las novedades del Espíritu; lucidez para reconocer la complejidad de las nuevas fronteras; discernimiento para identificar los límites y la manera adecuada de proceder; e inmersión en la realidad, “tocando la carne de Cristo que sufre en el pueblo”. [...] Delante de vosotros se presentan muchos desafíos, pero estos existen para ser superados. “¡Seamos realistas pero sin perder la alegría, la audacia y la dedicación llena de esperanza!”».

En nuestra publicación le hemos hecho un hueco a este acontecimiento, junto a la sección sobre el Bicentenario, dentro de “El Anaquel”. Es un subsidio más que, junto a tantas iniciativas que están surgiendo, nos puede ayudar a profundizar en las raíces de nuestra consagración apostólica. Puede ser una oportunidad que nos lance más allá de nuestra propuesta carismática concreta hacia una comunión eclesial auténtica y testimonial para nuestro mundo.

Nota sobre la numeración

Al revisar el archivo de los números de Forum.com publicados en las dos etapas anteriores hemos descubierto un pequeño error de numeración. Tanto el número correspondiente al mes de marzo como el de abril de 2014 fueron numerados con el 123. Por consiguiente, las revistas que completaron la segunda etapa fueron las de abril de 2014, a la que correspondería el número 124 y la de mayo de 2014, la número 125. Esta tercera etapa de la publicación se ha iniciado con el número anterior, el de diciembre de 2014, al que le correspondería el número 126 y no el 125 como publicamos y publicitamos. Sintiendo las molestias y tras este reajuste tienes en tus manos (o en tu pantalla) el número 127 de Forum.com.

La renuncia de sí y la aceptación de la propia cruz, realización del seguimiento: Lectio Divina Mc 8, 31-38

Juan José Bartolomé Lafuente

1.- Invitación a la oración

2. ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo? (Lectio)

Y Jesús empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días».

Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!».

Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma? ¿O qué podrá dar uno para recobrarla? Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre sus santos ángeles».

Entender el texto

A diferencia del cuarto evangelio (Jn 1,35-51), la tradición sinóptica recuerda que el seguimiento de Jesús se inició tras una orden perentoria suya (Mc 1,17-18: *Venid en pos de mí... Y lo siguieron*). Sus discípulos fueron llamados uno a uno, personalmente (Mc 1,17.20; 2,14; Mt 4,19.21; 9,9; Lc 5,10.27); sus enviados serán después elegidos uno a uno, por su propio nombre (Mc 3,13-14; Mc 10,1; Lc 6, 13).

Pero si el discipulado se había constituido con un acto de inmediata obediencia de unos pocos, no se confirmó hasta que quienes seguían a Jesús lo hicieron por propia voluntad. Cuando Jesús les advirtió que seguirle les imponía renunciar a llevar vida propia y aceptar la propia cruz, extendió la invitación a todos e hizo del seguimiento una opción libre y universal: *Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: ‘Si alguno quiere seguirme...’* (Mc 8,43).

Camino de Jerusalén, y solo después de haber conseguido de Pedro una medio buena confesión de fe (Mc 8,29), Jesús anuncia a sus discípulos por vez primera su próxima muerte (Mc 8,31-32a). Pedro protesta negándose a aceptarlo (Mc 8,32b). Y Jesús reacciona, a su vez, renegando del discípulo que de creyente se le ha convertido de repente en tentador (Mc 8,33). La desautorización de primer confesor es tajante y publica, ante los demás discípulos. Y publica va a ser también *la catequesis sobre el seguimiento de Jesús* (Mc 8,34-38), y sin paños calientes: la cruz es inevitable, no solo para Jesús, también para todo el que el que con él conviva.

Condiciones previas al seguimiento

El discurso, breve, está formulado con precisión. Su audiencia se ensancha: a los discípulos se agrega un gentío. Ante todos ellos Jesús se dirige a un grupo restringido, el de *aquellos que quieran seguirle*. Habla a una muchedumbre, discípulos incluidos, pero habla en exclusiva para quienes piensan ser sus seguidores. Todos deben saber las condiciones. Solo quien las asuma será considerado su seguidor.

Es significativo que el evangelista amplíe el auditorio de Jesús precisamente cuando este va a radicalizar sus exigencias. Jesús proclama públicamente *las condiciones para ser su discípulo*. Desde ahora en adelante, cualquier puede serlo, si asume las condiciones. Convivir con él no basta, ni caminar tras él, ni misionar en su nombre y con su autoridad, como hasta ahora. Si quienes comparten vida y fatigas no están dispuestos a compartir su final, no son dignos de seguirle. *La condición es nueva y el seguimiento, ahora, optativo*. Coger la cruz y seguirle no será exclusivo de sus discípulos, sino de quien se declare listo. Quien no esté dispuesto a pagar el precio, no será discípulo por mucho que se empeñe en seguirle.

Seguir con Jesús es de libre elección, pero no resulta gratuito

La condicional inicial pone el seguimiento de Jesús al alcance de todo el que quiera. Pero aunque se dé por supuesto, quererlo solo no basta: siguen tres imperativos (*niégate, coge tu cruz y sígueme*), dos de los cuales preceden al definitivo *sígueme* (Mc 8,34). A continuación, Jesús aporta tres argumentos, expresados en paralelo (en torno a una antítesis, en Mc 8,35, o una sinonimia, en Mc 8,36-37.38), para basar su exigencia: el primero tiene el evangelio como clave de la ganancia o de la pérdida; el segundo ofrece una reflexión proverbial; el tercero avisa sobre las peligrosas consecuencias de avergonzarse de Jesús. Las tres razones, y a pesar de su diversa intención y origen, funcionan aquí como comentario al triple imperativo en el que ha de basarse la vida del discípulo.

3.- ¿Qué nos dice (me dice) el texto bíblico? (*Meditatio*)

Aplicar el texto a la vida

La posibilidad de seguir a Jesús se universaliza, pero con ciertas condiciones, y duras. No invita Jesús a ser seguido (Mc 1,17.20; 2,14), avisa a quien se crea dispuesto a seguirle (Mc 8,34). Más que proponer un modo de vida, advierte a no entrar en ella

alegremente. Porque no es Jesús quien ahora quiere, debe quererlo quien desee seguirle. A este, discípulo o no, Jesús le previene: no va a bastar con querer seguirle, habrá que asumir las consecuencias. Sin vivir de una cierta forma no se vive, por más que se desee, en el seguimiento de Cristo.

Las exigencias previas que se imponen son en exceso gravosas. Solo en el caso de que uno quiera de verdad ser discípulo de Jesús, no le importarán mucho las condiciones impuestas. Si se puede elegir a quién seguir, no es electivo el modo de seguirle. El hijo del hombre (Mc 8,38) no acepta seguidores que no asumen su *via crucis*.

- *Renegar de sí mismo* (cf. Mc 14,30-31.68.70.72) supone dejar planes propios y ponerse a disposición de quien te está precediendo. Liberarse de todo apoyo, quedar sin más seguridad que la de quien se entrega a otro, Dios o su Cristo (Mc 10,18). Entender la negación como vencimiento de pasiones o paciencia ante contrariedades sería trivializar la exigencia de Jesús. Negarse a sí mismo impone negar que uno mismo sea el motor y la meta de su propia vida; implica, por tanto, abdicar de sí y centrar la vida en otro (cf. Gal 2,20).

- *Tomar la propia cruz* implica, en la mente del evangelista, asumir el destino de Cristo como propio, su camino hacia la muerte en cruz (Lc 14,27). Marcos sabe adonde condujo el *via crucis* de Jesús. Pero conocerlo, no significa aceptarlo; saberlo de antemano, puede hacer más fácil la excusa o la huida. Por eso, el evangelista ejemplarizará para sus lectores la actitud exigida, dentro del relato de la pasión, en la intervención del cirineo (Mc 15,21; cf. Jn 19,17). Pero cuando puso como condición a sus bienintencionados seguidores el asumir la propia cruz, Jesús no les rogaba ser ayudado a llevar la suya. Les impuso cargar con la propia como condición para seguirle.

Siendo la muerte en cruz una práctica no inusual en tiempos de Jesús, en su boca la afirmación tuvo que ser, más que predicción de su muerte cruenta, invitación a sus discípulos a tomarse en serio el seguimiento, sin evitar las consecuencias. Ser discípulo de Jesús supone arriesgar la propia vida, sin excluir la pena capital. No sigue a Cristo quien rehúye la cruz; discípulo no es quien ha convivido y colaborado con él (Mc 3,15; 6,7.13), sino quien comparte su camino hasta el Calvario: serle compañero de camino implica compartir también la meta.

Seguirle impone conocer el rechazo y sufrir persecución. Solo la pérdida de la vida libera de la exigencia de asumir la cruz. Mientras se tenga vida, y se mantenga la voluntad de seguirle, seguirá la cruz siendo viatico y destino del seguidor del Crucificado: el discípulo está llamado, obligado, al martirio.

Entregar la vida para no perderla

Como apoyo, y con una afirmación paradójica, Jesús introduce una dimensión nueva, excepcional en su radicalidad, *el odio a la propia vida* (Mc 8,35; cf. Lc 14,26). Para expresarlo con mayor fuerza, estable una alternativa entre el perder la vida hoy y

salvarla un día o salvarla hoy y perderla para siempre (cfr. Jn 12,25). No se aluda a una contraposición entre una supuesta vida presente y otra futura; no se contemplan dos vidas. No se trata, pues, de renunciar a la tierra para conseguir el cielo.

No es que haya que morir necesariamente para perder la propia vida, pero viviría inútilmente quien no la entregue voluntariamente. Solo tiene porvenir la vida del que, dándola hoy, sabe ponerla en peligro. El discípulo se salva, no cuando se reserva sino cuando se da. Se conserva la vida que se prodiga. Bien entendido, la renuncia no es solo a la vida que se tiene, sino, sobre todo, al proyecto que de ella uno se ha hecho.

La afirmación, radical como pocas, puede muy bien atribuirse a Jesús. Caracteriza su actuación histórica, y es una de sus afirmaciones mejor atestiguadas en la tradición¹. Jesús habría insistido en que nadie puede salvarse sin arrostrar los riesgos que su seguimiento comporta. No se trataría, pues, de pedir una renuncia para conseguir algo mejor, sino de asegurar que se obtiene lo que más se desea cuando uno más se 'pierde'. Jesús, pues, coloca a sus seguidores ante *una decisión de vida o muerte*. La frase advierte al discípulo que pretender una salvación personal librando la propia vida de las exigencias de Jesús o asegurándose contra ellas, supone su pérdida definitiva. Seguir a Jesús y tomar la propia cruz puede parecer una monumental pérdida, en realidad es la única auténtica ganancia.

Esta entrega ha de ser *total, pero no es inmotivada*. El evangelista ha identificado los porqués: Cristo y su evangelio (cf. Mc 10,29). Lo que añade algo decisivo: solo su persona y su predicación merecen la vida del cristiano y sus penas. Relación personal con Cristo y misión apostólica convalidan una vida entregada. Lo cual no es poco. Nada, ni nadie, puede esperar del discípulo – mucho menos exigirle – una entrega desinteresada de sí. *Si por Cristo y el evangelio el cristiano ha de arriesgar su vida, solo por ellos se puede correr el riesgo*. Ningún otro merece la vida, ni motiva la entrega, del discípulo: *el martirio a causa de Cristo y de su causa es el medio mejor de asegurar la vida para siempre*. *En el seguimiento de Cristo*, libre y universal que impone la cruz de por vida, el cristiano obtiene *gratis su seguro de vida para siempre* (cf. Mc 10,45).

4.- ¿Qué le decimos (le digo) al Señor como respuesta a su palabra? (Oratio-contemplatio)

Rezar la palabra

Parece mentira, Señor, que a quien, como Pedro, no ha resistido el anuncio de tu muerte, le sitúes ante la exigencia de dar la vida. No estuviste muy acertado, pedagógicamente hablando, al responder a la resistencia de Pedro con la imposición de tu destino. Y no fue muy delicado el airear estas inauditas pretensiones ante toda la gente: si era una cosa entre seguidores, habría que haberla solucionado entre los que ya

¹ Está presente en toda la tradición evangélica, canónica o no: Mc 8,35/Lc 9,24/Mt 16,25; Mt 10,29/Lc 17,33; Jn 12,25; EvTom 55.

te seguían. ¿Para qué sirve, entonces, haberte seguido por toda Galilea, si les vas a ofrecer a todos la misma oportunidad?

No sé si te das cuenta de lo que nos pides. ¿Cuándo un maestro ha exigido tanto de sus seguidores? El aprendiz quiere solo aprender doctrina, saber sobre Dios y el mundo; no piensa en compartir suerte, y desgracia, con su maestro. Y eso es, precisamente, lo que nos impones. Te has pasado... Pero, al menos, nos lo has advertido con toda claridad: si no queremos que pases sin decirnos nada, sin que aprendamos algo de ti, debemos estar dispuesto a vivir como tú y a morir igual que tú.

Tú, Señor, mereces mi vida, solo tú. Con tal de no perderte, y para que no pierda tu evangelio nuevos oyentes, perderé mi vida que tu me acompañes y precedas. Nada sin ti me aprovecha y todo, sea lo que fuera, contigo es ganancia. El mundo será cielo para mí, si Tú estás conmigo; e infierno el cielo, si tu no estás. No desertaré de nada si te puedo seguir, hasta donde te pueda seguir, incluso si es hacia una vida sin sentido o una muerte en cruz. Me quiero sentir amado por ti, crucificado; te quiero amar a ti, también yo crucificado. No me avergüenzo de ti, mi Señor crucificado, ni me abochorna mi cruz personal: lo que soy es suficiente si Tú no te avergüenzas de mí hoy, delante de los hombres, y mañana, ante tu Padre y sus ángeles.

5.- ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide (me pide) el Señor? (*Actio*)

Cuando se habla de radicalidad evangélica, entendiendo por ello las exigencias extremas que Jesús impone a quien desee seguirle (*imponere* - no propone - a quien *quiera* compartir su género de vida), no habría que olvidar **dos datos** que la tradición evangélica presenta sin insistir en ellos.

1º *Jesús no impuso a sus seguidores nada que no viviera ya él.* Les advirtió que habría que estar dispuestos a dar la propia vida, tras haber anunciado que él iba a hacerlo. Jamás exigió renuncias a lo que era malo; pero combatió el mal en todas sus formas, en el cuerpo, sanando enfermos, y en el alma, perdonando pecadores. Pedía renunciar a lo que era bueno: bienes materiales, afectos familiares, la propia vida, siempre que lo exigiera el Bien por excelencia, Dios y su reino. Seguirle a él, y vivir junto, y como él, al servicio del reino tienen prioridad absoluta. No hay obligación por sacra que sea, que se les iguale. Él y el reino de Dios ha de ser preferido a cualquier otro bien, sean riquezas, familia o, incluso, la propia vida.

2º Aunque pudieran parecer extravagantes, que lo parecieron sin duda, incluso impracticables, *las exigencias de Jesús no fueron nunca de obligado cumplimiento solo para unos pocos.* Cuando las proclama, Jesús no dirige esas exigencias a una minoría de esforzados, sino a esos voluntarios que piensen compartir con él vida y causa. El radicalismo no es una empresa heroica, ni es una opción facultativa en el seguimiento de Jesús; resulta una imposición que recae, ineludible, sobre “quien quiera seguirle” (cfr. Mc 8,34-38).

Nosotros, como salesianos, hemos sido invitados desde nuestra consagración religiosa, a seguir a Cristo obediente. Él no nos lo ha impuesto: lo hemos aceptado libremente. Y primero lo ha vivido Él en primera persona, cuando “se ha hecho obediente en todo, hasta la muerte y muerte de cruz”. Antes de llamar al seguimiento Jesús pidió tenerlo a Él como único bien y no tener otro bien, familia incluida, que pusiera en peligro su exclusividad en nuestra vida.

Don Bosco nos invita a que “en lugar de hacer obras de penitencia, hacedlas de obediencia”. Aunque a veces la obediencia contraríe nuestra inclinación a la independencia y al egoísmo, estamos invitados a vivir la obediencia ofreciendo a Dios nuestra voluntad y cumpliendo la misión que se nos es encomendada.

Nuestro Capítulo General 27 nos invita a ser “Profetas de la fraternidad” comprometiéndonos a:

- “Animarnos, en unión con el Director y su Consejo, a hacernos responsables de la comunidad”. A “satisfacer las necesidades de los hermanos enfermos y mayores e involucrarlos en la vida y misión comunes” (no 69 3-4)

- “Pasar de la iniciativa pastoral individualista a la disponibilidad incondicional para la misión y el proyecto comunitario e inspectorial” (no 70). Y para ello, “crecer en comunión y corresponsabilidad asumiendo el proyecto comunitario y el educativo-pastoral”.

Nuestras Constituciones nos presentan los compromisos de nuestro voto de obediencia en los artículos 64-71.

Nuestro Capítulo General 27 nos invita también a ser “Servidores de los jóvenes”, comprometiéndonos a:

- “Asumir, junto con los laicos, el ‘Marco de referencia de la pastoral juvenil’” (no 73. 2) y “pasar de una pastoral de acontecimientos y actividades a una pastoral orgánica e integral” (no 75).

El Rector Mayor, como expresión de la obediencia religiosa hecha absoluta disponibilidad a la misión entre los jóvenes, nos recuerda que “los jóvenes son nuestra zarza ardiente” y que “por medio de ellos Dios nos habla y en ellos nos espera... ellos son la razón de nuestra vida”.

Desde la Palabra de Dios meditada, ¿qué tengo que cambiar para vivir la radicalidad evangélica de mi voto de obediencia, tal como el Señor me lo pide en este momento de la Congregación y de mi comunidad y obra salesianas? ¿Qué compromisos asumo para llevar efectivamente a cabo este cambio?

🎯 Formación

La vida religiosa, regalo de Dios a la Iglesia. Desafíos, oportunidades y senderos de futuro

Roque Acosta Ortiz²

Mi exposición tendrá cinco puntos que guiarán la reflexión. En un primer momento les presentaré el contexto socioeconómico y político del continente, que ha sufrido importantes cambios en su configuración y en sus desafíos; un segundo punto que abordaré es la situación de la Iglesia Católica; el tercer aspecto sobre el que centraré mi reflexión es la crisis vocacional, tanto para el sacerdocio como para la vida religiosa, y el rol de la familia frente a esta situación; un cuarto momento presentaré lo que, a mi criterio, son algunos de los desafíos más acuciantes para la vida religiosa y que interpelan la actualización de sus carismas; y, finalmente, quisiera expresarles por qué la vida religiosa es un regalo de Dios para la Iglesia, sobre todo en América Latina.

1. Situación social, económica, política y cultural de América Latina hoy

Una conocida canción interpretada por el desaparecido cantante español Nino Bravo expresa que “Todo un inmenso jardín, eso es América/Cuando Dios hizo el Edén, pensó en América”. Esto es así por la belleza, riqueza y exuberancia de nuestra querida América Latina. Además de la belleza de sus diversos paisajes y su exuberante naturaleza, nuestro continente es uno de los principales productores de alimentos del mundo: soja, trigo, maíz y otros granos, así como por la pujante industria de la carne vacuna de gran calidad, muy apreciada en el mercado mundial. Asimismo, en el subsuelo de América Latina se encuentran las principales reservas de agua dulce no congelada del planeta y en su territorio está la Amazonía, conocida

² Periodista. Secretario Gral. Adjunto de la Conferencia Episcopal Paraguaya, CEP y Director de la Oficina de Prensa de la CEP. Director Académico de la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Católica de Asunción; profesor en la citada Universidad, así como en la Universidad Nacional de Asunción. Fue editorialista y columnista en los principales diarios de Asunción; Fue Director General de Radio Cáritas, emisora del Arzobispado de Asunción y Presidente de la Red Nacional de Emisoras Católicas del Paraguay; fue Vicepresidente de la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica, ALER, con sede en Quito, Ecuador. Es conductor de programas de radio y de televisión. Publicó varios libros sobre comunicación y sociedad; actualmente está trabajando en investigación en el ámbito de la cultura digital y está preparando su tesis doctoral en comunicación estratégica sobre “Brecha Digital y su impacto en la educación y en la evangelización.” Dicta conferencias sobre temas sociales, políticos, económicos y culturales en el ámbito eclesial y académico nacional e internacional.

como la mayor reserva ecológica del mundo por la diversidad de sus recursos naturales.

Con una población aproximada de 600 millones de habitantes y un territorio de un poco más de 21 millones de kilómetros cuadrados, tiene las condiciones ideales para que toda su población acceda a una vida digna, plena, acorde a la dignidad que corresponde a las personas humanas. Pero esto no es así. América Latina y el Caribe se caracterizan por sus profundas inequidades que se traducen en que un reducido porcentaje de personas concentren y acumulen una inmensa riqueza, frente a grandes sectores de la población que viven en la pobreza extrema. La brecha económica, social, cultural y digital es enorme.

Parecería, sin embargo, que la situación ha mejorado en alguna medida. Según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la pobreza y pobreza extrema se redujo en los últimos 20 años. Responsables del organismo económico señalaron que la región cerró el año 2011 con 174 millones de habitantes en situación de pobreza, 73 millones de ellos en condiciones de pobreza extrema o indigencia. En 2010 se contabilizaron 177 millones de personas pobres, de los cuales 70 millones eran indigentes. Según la CEPAL, la disminución de la pobreza se explica principalmente por un incremento de los ingresos laborales. Las transferencias públicas monetarias también contribuyeron, pero en menor grado.

El grave problema en América Latina sigue siendo la desigualdad y la inequidad en la distribución de la riqueza. En este sentido, leemos en el Documento de Aparecida (DA) que “la globalización sigue una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no sólo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos... La pobreza hoy es pobreza de conocimiento y del uso y acceso a nuevas tecnologías.” (DA 62)

La brecha digital se corresponde con las propias estructuras de la sociedad en sus componentes socioeconómicos, socioeducativos y socioculturales. En los países en vías de desarrollo, la inequidad se traduce también en brecha digital. En efecto, según la ALADI (2003), “De esta manera, lo que se conoce como “Brecha Digital” es la traducción en la Sociedad de la Información de las brechas económicas y sociales que son características en la organización social contemporánea. Esto es singularmente importante si se recuerda que la actual estructura económica internacional es altamente intensiva en información.” (Pág. 5)

El egoísmo y la voracidad de unos pocos, condenan a la miseria de grandes sectores de la población, con la complicidad funcional del sistema político y jurídico vigente en la mayoría de nuestros países y por la corrupción de su cúpula gobernante. En el informe del Latino barómetro 2011, se reconoce que más que el número de pobres, lo que es más brutal es que los pobres son siempre los mismos.

La inmovilidad social de los pobres es lo más peligroso que tiene la región en el sentido de constituir una fuente infinita de violación a los derechos básicos

de todo ser humano. Si la región logra abordar esos dos temas de manera sistemática y sostenida, todos los otros temas se solucionan por sí solos. Hasta ahora lo que se ha construido son las bases para empezar a abordar los temas profundos de las desigualdades. Pero ninguna de esas dos tareas ha sido posible dismantelar de manera sustantiva a nivel regional. (Introducción, pág. 7)

En la segunda mitad del siglo pasado, el principal desafío de nuestros países era la conquista de las libertades públicas e individuales en un contexto de dictaduras militares que se articularon más allá de sus fronteras con operativos para reprimir todo intento de oposición, con violaciones sistemáticas a los derechos humanos básicos. La represión, la tortura, el exilio y las ejecuciones de personas eran el pan de cada día.

Esta primera década del siglo XXI encuentra a una América Latina con gobiernos legal y legítimamente constituidos en un régimen de amplias libertades públicas. Formalmente ha habido avances importantes en el ejercicio de las libertades individuales y de funcionamiento de los mecanismos democráticos para el acceso al poder político a través de competencias electorales. El peligro aquí es que las democracias latinoamericanas sean un simple formalismo que se reduce a la consulta electoral periódica y que bajo la apariencia de democracia se esté gestando nuevas formas de dictadura. Así lo subraya Aparecida:

Vemos con preocupación el acelerado avance de diversas formas de regresión autoritaria por vía democrática que, en ciertas ocasiones, derivan en regímenes de corte neopopulista. Esto indica que no basta una democracia puramente formal, fundada en la limpieza de los procedimientos electorales, sino que es necesaria una democracia participativa y basada en la promoción y respeto de los derechos humanos. Una democracia sin valores, como los mencionados, se vuelve fácilmente una dictadura y termina traicionando al pueblo. (DA 74)

Después de más de dos décadas de la caída de las últimas dictaduras militares, parecería que el simple rito electoral que periódicamente cambia inquilinos en las casas de gobierno ya resulta insuficiente; hay como un agotamiento de liderazgos políticos y no se avanza en los cambios estructurales que se necesitan para el logro del desarrollo con equidad de las naciones latinoamericanas, que permita mejores condiciones de vida para las grandes mayorías de nuestros pueblos, que viven bajo la línea de la pobreza y en la miseria.

2. Situación eclesial

La Iglesia Católica sigue siendo la institución de mayor confianza y credibilidad en la mayoría de nuestros países latinoamericanos. Para ello han contribuido su testimonio de Cristo y su Evangelio en el servicio de caridad a los más pobres, trabajando por su dignificación desde los más diversos campos como la educación, la

salud, la cultura, el trabajo, el acceso a la tierra, el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas. En todos estos ámbitos, los pioneros y los abanderados han sido y siguen siendo los religiosos y religiosas, desde sus respectivos carismas y opciones prioritarias.

Aparecida reconoce que para la Iglesia Católica “América Latina y el Caribe son de gran importancia, por su dinamismo eclesial, por su creatividad y porque el 43% de todos sus feligreses viven en ellas.” (DA 100 a)

Sin embargo, como lo señaló Benedicto XVI en su discurso inaugural en Aparecida: “se percibe un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia.” (DA 100 b)

Se nota sobre todo que para muchos católicos la fe está divorciada de su vida cotidiana y su pertenencia a la Iglesia es de carácter meramente sociológico y social. Nació y creció en el seno de familias tradicionalmente católicas, pero sin un verdadero compromiso con su fe, traducándose esto en un *acudir a la Iglesia* para determinados acontecimientos sociales como el matrimonio religioso o el bautizo de los hijos.

Hay muchos bautizados, pero pocos asumen las exigencias y consecuencias de su fe en la Persona de Jesucristo.

A esto ha contribuido la Iglesia, que se ha conformado con una pastoral de conservación, con una evangelización sin fervor, “con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones... En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral persisten lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes... Los cambios culturales dificultan la transmisión de la Fe por parte de la familia y de la sociedad y no se ve una presencia importante de la Iglesia en el ámbito de la cultura...” (DA 100 c, d)

Precisamente Aparecida advierte: “Vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios.” (DA 44)

Este cambio de época trae consigo el debilitamiento de valores importantes de nuestros pueblos, afirmados en su raíz cristiana, como son el sentido comunitario, la solidaridad, la proximidad, la fraternidad. La globalización cultural y los modelos impuestos por una mentalidad posmodernista promueven la búsqueda del pragmatismo inmediatista, sin preocupación por criterios éticos. “La afirmación de los derechos individuales y subjetivos, sin un esfuerzo semejante para garantizar los derechos sociales, culturales y solidarios, resulta en perjuicio de la dignidad de todos, especialmente de quienes son más pobres y vulnerables.” (DA 47)

Las nuevas generaciones son las más afectadas por los cambios culturales. En América Latina se reconoce el surgimiento de un nuevo sujeto, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir y con nuevas formas de relacionarse

(Cfr. DA 51). Sin embargo, estos rápidos y profundos cambios que experimenta la sociedad, no son debidamente acompañados por las estructuras tradicionales: partidos políticos, Iglesias, instituciones educativas. Y, por supuesto, probablemente tampoco por las opciones y estrategias de las congregaciones religiosas conforme a su carisma específico.

Esto nos introduce en el tema que nos ocupa en esta Asamblea. Es necesario ver cómo afectan estos cambios a la Vida Consagrada y qué desafíos plantea a las congregaciones religiosas en la actualización de sus carismas fundacionales para dar respuestas adecuadas a los problemas de este tiempo.

3. La crisis de vocaciones: ¿crisis de testimonio? El rol de la familia.

Si bien en el quinto punto de mi exposición me reservo un espacio dedicado al reconocimiento a los varones y mujeres que lo han dejado todo para seguir a Cristo a través de los consejos evangélicos, es importante resaltar en este momento que la vitalidad de la presencia de la Iglesia Católica en América Latina se debe sobre todo a la abnegada entrega de tantos misioneros y misioneras que desarrollan una valiosa obra evangelizadora y de promoción humana en nuestros pueblos. (Cfr. DA 100 d)

La mayoría de las congregaciones han sido fundadas en contextos y problemáticas muy distintos a los que nos tocan vivir en el siglo XXI. Si coincidimos que hubo un *cambio de época*, entonces debemos convenir en la necesidad de reenfocar, redimensionar, reestructurar y, sobre todo, redescubrir el espíritu fundacional y actualizar el carisma que dio nacimiento y vitalidad a sus familias religiosas.

Si bien estudios realizados y publicados por el Observatorio Pastoral del CELAM en el año 2008 indican que, en general, hay un leve crecimiento de las vocaciones sacerdotales y religiosas en América Latina, en los últimos años se tiene la percepción de que hay una tendencia a decrecer. Vale la pena aclarar, sin embargo, que las situaciones varían según sea la región o país. Hay una percepción de crisis en la vida consagrada que se traduce en la paulatina disminución o el estancamiento de las vocaciones. ¿Qué está pasando?

Jesús afirmó: “A los pobres, siempre los tendrán con vosotros”. (Juan 12,8) A pesar de que pueda parecer contradictorio con el contexto y el texto de la cita del evangelio, esta sentencia del Señor indica que Él estará siempre presente en los rostros sufrientes de los pobres y marginados de todas las épocas y para quienes el servicio de la caridad nunca será superfluo (Cfr. *Caritas in veritate*).

Así que, los sujetos que motivaron el nacimiento de vuestras familias religiosas están aquí y ahora, pidiendo a gritos el aporte específico de su carisma, con situaciones agravadas tanto desde afuera como desde adentro de la vida consagrada.

Afuera, es necesario contemplar los rostros sufrientes de hoy: comunidades indígenas y afroamericanas; mujeres excluidas; jóvenes con educación de baja calidad y sin oportunidades ni horizontes en la vida.

Adentro, la notable disminución de las vocaciones y el envejecimiento de las comunidades de religiosos y religiosas. ¿Cuáles son las posibles causas? Lllaman particularmente mi atención la deserción y el abandono de los votos por proyectos sociológicos y políticos; la pérdida de fe y de esperanza en el proyecto de Dios, en la transformación de la sociedad mediante el testimonio de la primacía de Dios siguiendo los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. “En un continente, en el cual se manifiestan serias tendencias de secularización, también en la vida consagrada, los religiosos están llamados a dar testimonio de la absoluta primacía de Dios y de su Reino.” (DA 219)

A mi juicio, deberíamos cuestionarnos: ¿Cómo creer que el Reino de Dios está cerca, si los que dijeron sí al seguimiento radical de Cristo en la vida consagrada no dan testimonio de la primacía de Dios y del poder transformador de su amor y se embarcan en emprendimientos políticos y proyectos meramente sociales? O escandalizan con su conducta inadecuada.

Benedicto XVI dice que el peor enemigo de la Iglesia no es la persecución desde afuera. “El mayor daño, de hecho, lo padece ésta de lo que contamina la fe y la vida cristiana de sus miembros y de sus comunidades, erosionando la integridad del Cuerpo místico, debilitando su capacidad de profecía y de testimonio, empañando la belleza de su rostro” (Homilía del 29 de junio de 2010).

Con relación al abandono de la vida religiosa en pos de proyectos políticos y sociales, en el Paraguay tenemos ejemplos claros y actuales. Muchos consagrados abandonaron sus votos religiosos para dedicarse a la política partidaria activa, desde el Presidente de la República, Fernando Lugo Méndez, ex verbita y ex obispo, hasta religiosos y religiosas de varias congregaciones que *colgaron los hábitos* para ejercer cargos públicos. Creemos que algunos de ellos lo hacen por una sincera convicción de que serán más útiles a la causa de los pobres desde la acción política directa de construcción del bien común, otros, sin embargo, lo habrían hecho por motivos menos altruistas, pues los cargos que ocupan les reportan importantes beneficios económicos, así como prerrogativas y privilegios propios del cargo.

Es grande la tentación para muchos religiosos de escoger el camino del pragmatismo para *trabajar por los pobres* desde espacios de poder político, porque *los tiempos y ritmos de Dios*, la lógica de los consejos evangélicos, no responden a la necesidad de cambiar las élites y las estructuras de poder que son funcionales a los intereses de los poderosos y mantiene en la miseria a grandes sectores de la población.

El resultado, a primera vista, es que no sólo no consiguen cambiar las estructuras perversas, sino que terminan atrapados en la *erótica del poder*. Esta situación me recuerda el escrito de un religioso en una revista de circulación interna de su congregación, en que afirmaba que el voto que más le cuesta cumplir al consagrado es el de la *obediencia*. El poder seduce a muchos religiosos más que la *carne* o el dinero.

¿Qué diferencia existe entre el dirigente político tradicional y los religiosos metidos en política partidista para la conquista del poder temporal? ¿Por qué los jóvenes tendrían que optar por la vida consagrada si la decisión de algunos religiosos les indica que es preferible dedicarse a proyectos políticos o sociales para trabajar por los pobres?

América Latina y el mundo están llenos de Organizaciones No Gubernamentales que promueven el voluntariado y la inserción de los jóvenes en los más diversos ámbitos: salud, educación, construcción de viviendas para los pobres, trabajo social en barrios marginales... sin ninguna necesidad de referencia a una opción de fe, a una dimensión de compromiso con el prójimo por Cristo. Y, para los que tienen vocación política, están los partidos políticos.

En este punto, paso a otros aspectos de la crisis vocacional y que tiene que ver con el ambiente eclesial, social y familiar en que nacen, se desarrollan, crecen o mueren las vocaciones.

Para ello, me parece pertinente retomar las consideraciones de Fray Giovanni Dalpiaz, OSB CAM, en su visión expresada en la Asamblea de la USG del 2009: “No hay hostilidad hacia el sacerdote o el religioso, pero sí se perciben como figuras pertenecientes a un mundo diverso por costumbres, reglas, estilos de vida. Y también los jóvenes que tienen una relación significativa con la Iglesia católica expresan un bajo interés hacia la dimensión institucional de la experiencia de fe, prefiriendo la espontaneidad y la libertad de la profecía... Bajo este aspecto, la crisis vocacional es el espejo de una realidad cristiana... Para que sea acogida, la llamada del Señor necesita la libertad personal, pero para que sea una ‘buena’ vocación necesita un entorno familiar, amistoso, comunitario que ayude, acompañe, sostenga la opción considerada como importante por quienes forman parte de la comunidad y no solamente por aquel que opta.”

Respecto a las afirmaciones precedentes, como laico y padre de familia, me veo en la necesidad de hacer un examen de conciencia y admitir que una gran cuota de responsabilidad en la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas en la actualidad está en el seno de las familias.

En efecto, si bien muchos de nosotros estamos cerca de los religiosos, les ofrecemos nuestra amistad y les abrimos las puertas de nuestro hogar, a la hora de proponer modelos de vida y una opción profesional a nuestros hijos, es muy poco el esfuerzo que hacemos para orientarlos hacia la vida consagrada.

Si los padres de familia pusiéramos el mismo empeño que muchos realizan para que sus hijos se conviertan en futbolistas, médicos, ingenieros, actores y actrices de cine y televisión, o cualquier otra opción profesional que conlleva fama y dinero, les aseguro que las vocaciones volverían a florecer.

Así como se los entusiasma a los chicos con la figura de Messi o Cristiano Ronaldo, y se realizan ingentes esfuerzos para que vayan a las escuelas de fútbol, se los

acompaña en los entrenamientos, se los lleva a los estadios para ver los partidos de fútbol y se incide en su inclinación vocacional y profesional, así también deberíamos encaminar a nuestros hijos en el camino de la vida consagrada a Cristo en el servicio al prójimo que necesita de expresiones de caridad concretas. Fray Giovanni Dalpiaz señala al respecto: “no podemos no ver en esto también la señal de un descuido espiritual de las comunidades eclesiales.”

El pragmatismo-secularismo también está muy fuerte en las familias. De allí que la evangelización de las familias es hoy prioridad en varias Iglesias particulares, como es el caso del Paraguay, donde la Conferencia Episcopal resolvió destinar tres años intensivos a la familia como prioridad pastoral. Lo que pase con la familia, pasará con la sociedad y con la Iglesia.

Ante esta constatación, el Documento de Aparecida dice: “En nuestra condición de discípulos y misioneros de Jesucristo, estamos llamados a trabajar para que las amenazas contra la institución familiar sean transformadas y la familia asuma su ser y su misión en el ámbito de la sociedad y de la Iglesia.” (DA, 432)

Sólo con familias sólidas, unidas, fortalecidas, podemos pensar en una sociedad y en una Iglesia renovadas. “Una de las mejores contribuciones del matrimonio y la familia es la de edificar la Iglesia y dar solidez a la sociedad. Cuando el matrimonio y la familia están sanos, la sociedad también estará sana y la Iglesia igual.” (Carta Pastoral de los Obispos del Paraguay sobre la familia) Al contrario, con matrimonios destruidos y familias desintegradas, el cuerpo social y eclesial sentirán ese dolor del miembro que sufre. (Cfr. 1 Cor 12, 26-27)

La Iglesia considera la familia como la primera sociedad natural y la sitúa en el centro de la vida social. “La familia, ciertamente, nacida de la íntima comunión de vida y de amor conyugal fundada sobre el matrimonio entre un hombre y una mujer, posee una específica y original dimensión social, en cuanto lugar primario de las relaciones interpersonales, *célula primera y vital de la sociedad*: es una institución divina, fundamento de la vida de las personas y prototipo de toda organización Social.”(CDSI, 211)

En gran medida, el futuro de las vocaciones para la vida religiosa en América Latina pasa por la Iglesia doméstica que es la familia. Una presencia y acompañamiento cercano, permanente, comprometido de los consagrados a las familias y el testimonio de la belleza de una vida dedicada enteramente a los demás a partir de una opción clara por Jesucristo, serán factores determinantes para la vitalidad o el debilitamiento de la vida religiosa en nuestros países de América Latina.

Con relación a la disminución de las vocaciones a la vida consagrada deberíamos, a mi criterio, considerar otro aspecto de carácter socioeconómico importante. En las décadas pasadas, para las familias y para los propios jóvenes, la incorporación a las congregaciones religiosas eran oportunidades para el ascenso social. Si revisamos la composición del nivel socioeconómico de la mayoría de los candidatos al sacerdocio

y a la vida religiosa, un alto porcentaje proviene de familias muy humildes, con escasas o nulas posibilidades de acceso a una educación de calidad que les permitiera una movilidad social. No entramos a juzgar si el ingreso a los seminarios y familias religiosas se movían en mayor medida por el interés de estudiar o porque había realmente una inquietud y un adecuado discernimiento vocacional. Pero creo que no podemos obviar esta perspectiva de análisis.

En la actualidad, existen mayores y mejores posibilidades de acceso de los jóvenes a una educación de calidad, de nivel superior, a través de becas otorgadas por los gobiernos y por otras instituciones. El acceso a la educación superior se ha ampliado en América Latina, lo que abre las posibilidades y oportunidades de la movilidad y el ascenso social a los jóvenes y sus familias.

Además, como ya lo señalé, en la actualidad existen varias instituciones y organizaciones no gubernamentales que se constituyen en una opción para canalizar el ideal y las energías de los jóvenes enfocados a proyectos sociales, culturales, económicos y políticos.

Si la vida religiosa no se distinguiera por su clara decisión de seguimiento a la Persona de Jesucristo, hecho hombre para salvarnos del pecado, y camino para la vida plena de todos los hombres y de todo el hombre, siendo signo de contradicción para una sociedad individualista y consumista, testigo transparente y alegre de los valores del Reino de Dios, entonces no será atractiva como opción de vida para las nuevas generaciones.

Sin expresar un juicio de valor, me permito también compartir con ustedes una constatación en mi país y en varios países de América Latina. ¿Por qué hay una notable disminución de las vocaciones en las congregaciones religiosas tradicionales, aquellas orientadas a un mayor compromiso con las dimensiones sociopolíticas, más “progresistas”, y, sin embargo, las nuevas comunidades y movimientos eclesiales, surgidas en las últimas décadas y que tienen una orientación más “tradicional”, algunos de éstos incluso con una postura revisionista del Concilio Vaticano II, tienen los seminarios llenos y duplican o triplican la cantidad de vocaciones?

Esto deja en evidencia que existen jóvenes que se sienten llamados a la vocación sacerdotal y religiosa. Si no se suman a los seminarios diocesanos o a las familias religiosas, es un dato de la realidad que debería interpelar a los responsables de la pastoral vocacional. ¿Por qué los jóvenes que sienten la llamada del Señor no *sintonizan* con los carismas y estilos de vida de las congregaciones? ¿Será un problema de *marketing*? Algo no se está haciendo bien y es necesario realizar una profunda revisión de las estrategias para la captación de miles de jóvenes que estarían dispuestos a consagrarse enteramente a Cristo para evangelizar y para trabajar con generosidad en la promoción humana.

Una estrategia que debería volver a considerarse es la reapertura de los Seminarios Menores, con las debidas adaptaciones a las exigencias de nuestro tiempo. De hecho, en varios países hay diócesis que están logrando, modestos pero sostenidos, resultados para aumentar el número de ordenaciones sacerdotales.

4. Los desafíos y caminos para la vida consagrada en América Latina.

Una nueva América Latina más fraterna, más solidaria, más comprometida con la construcción del Reino de Dios para que nuestros pueblos tengan vida plena en Cristo Nuestro Señor es posible. Esta nueva América Latina urge que la vida consagrada aporte la especificidad de sus carismas y asuma desde su ser la llamada a ser “experta en comunión, tanto al interior de la Iglesia como de la sociedad.” (DA 218) Para ello el desafío principal es revitalizarla con abundantes y buenas vocaciones. El trabajo misionero en las fronteras geográficas, sociales y culturales así lo exigen.

Afirma Aparecida que “la vida consagrada es un don del Padre por medio del Espíritu a su Iglesia, y constituye un elemento decisivo para su misión.” (DA 216) “De este modo, los consagrados y consagradas colaboran, según sus carismas fundacionales, con la gestación de una nueva generación de cristianos discípulos y misioneros, y de una sociedad donde se respete la justicia y la dignidad humana.” (DA 217)

Imagínense ustedes, sólo por un momento, que la Iglesia Católica se retirara de todas las obras de caridad que está llevando adelante en todos los ámbitos de la vida de la sociedad latinoamericana: educación, salud, obras sociales. Universidades, colegios, escuelas, hospitales, orfanatos, hospicios para ancianos, centros de acogida y de atención para enfermos terminales, los centros de capacitación y de promoción para jóvenes y mujeres; los comedores para pobres; la acción de las pastorales sociales diocesanas y parroquiales en todos los rincones de nuestros países... Ningún sistema público estaría en condiciones de suplir la enorme tarea de caridad que realiza la Iglesia Católica, en especial las congregaciones religiosas, en los países de América Latina y el Caribe. Benedicto XVI expresa:

El amor —*caritas*— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo. (*Deus Caritas Est*, N° 28 b)

En este tiempo que nos toca vivir en América Latina hay expresiones del rostro sufriente de Cristo que interpelan con fuerza una estrategia de caridad desde la vida religiosa, pues son situaciones que superan incluso las políticas públicas de las instituciones estatales dedicadas a su prevención y recuperación. El Documento de

Aparecida destaca los siguientes rostros sufrientes de Cristo en América Latina hoy: “los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas y secuestros, desaparecidos, enfermos de HIV y de enfermedades endémicas, tóxicodependientes, adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la prostitución, pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual, personas con capacidades diferentes, grandes grupos de desempleados/as, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, las personas que viven en la calle de las grandes urbes, los indígenas y afroamericanos, campesinos sin tierra y los mineros” (DA 402).

Me permito destacar, de entre los múltiples rostros sufrientes de Cristo que desafían la atención y opción de los consagrados, el rostro de los adictos a las drogas. Entre los muchos males que aquejan a América Latina hoy sobresalen: el narcotráfico, el microtráfico y el consumo de drogas. Nuestro continente está poblándose (o despoblándose) rápidamente de seres humanos “con fecha de vencimiento” por el tráfico y consumo de drogas lícitas e ilícitas. Entre estas últimas, *el chespi o crack* está causando estragos en los jóvenes de todos los sectores sociales, pero sobre todo entre los más pobres.

Los consumidores de *crack* tienen fecha de vencimiento, que va de ocho meses a tres años máximo de vida. Nuestras ciudades se están poblando de *zombis* vivientes. Sin familia, sin hogar, sin presente y sin futuro. Los adictos no tienen lugar en la sociedad. Son un peligro para ellos mismos y para los demás. Sin ayuda, sin solidaridad, sin una estrategia de caridad, no podrán salir de *la cárcel de la adicción* y morirán... dejando dolor y muerte en su camino, comenzando con la destrucción de su propio entorno.

¿Qué estrategias de caridad nos exigen estas nuevas y angustiantes situaciones de los seres humanos con fecha de vencimiento? ¿Cómo nos interpela Cristo sufriente en los rostros desfigurados y las mentes quebrantadas de estos hermanos y hermanas, generalmente muy jóvenes, por la trampa mortal del consumo de todo tipo de estupefacientes?

¿Qué harían los fundadores ante estos nuevos desafíos? ¿Podría pensarse en una estrategia intercongregacional, intercarismas, para responder a esta problemática que amenaza radicalmente a la sociedad y requiere de una decidida opción y acción de las instituciones públicas y de la propia Iglesia?

Aparecida reconoce que el problema de la droga en América Latina es como la mancha de aceite que lo invade todo, que no reconoce fronteras, ni clases sociales, ni razas, ni religión, ni edad: niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos, hombres y mujeres son atacados por igual por este flagelo (Cfr. DA 422). La Iglesia no puede permanecer indiferente a este problema que está destruyendo a la sociedad latinoamericana, sobre todo a los más jóvenes.

El tráfico, venta y consumo de drogas es un gran negocio para pocos y una enorme desgracia para muchos. En efecto, “Consecuencia de ello es el gran número de personas, en su mayoría niños y jóvenes, que ahora se encuentran esclavizados y viviendo en situaciones muy precarias, que recurren a la droga para calmar su hambre y para escapar de la cruel y desesperanzadora realidad en la que viven.” (DA 424)

Otro desafío clave en América Latina tiene que ver con la formación de las élites intelectuales y políticas. Las transformaciones estructurales que requieren nuestros países pasan por la conformación de una masa crítica de intelectuales cristianos que incidan con su pensamiento sobre los paradigmas que direccionan la acción de la política y de los políticos. En este mismo sentido, es imprescindible acompañar a los laicos que deciden dedicarse a la vida política y a la lucha democrática para acceder al poder y trabajar por el bien común. Hay congregaciones cuyo carisma encajan perfectamente con esta línea de trabajo. La opción preferencial por los pobres no debería ser impedimento, sino motivo principalísimo, para trabajar con las élites políticas e intelectuales.

Por otra parte, cabría preguntarse: ¿en qué medida se está contribuyendo desde la educación, en todos sus niveles, un área en el que es fuerte la presencia de las congregaciones religiosas, para formar, desde la más tierna edad, hasta la universidad, a generaciones enteras en los valores del Reino para ser fermento en la masa? Muchos de los líderes políticos, así como las personas que ejercen niveles de dirección y gerencia en las empresas privadas y públicas, han salido de colegios religiosos, no pocas veces con desencanto y alejándose totalmente de la práctica de la fe religiosa. ¿Qué pasó? ¿Por qué esa actitud? ¿Qué experiencias y vivencias en el ámbito del colegio o escuela les llevó a asumir esa postura? Vale la pena evaluar seriamente cómo se está trabajando en el ámbito de la educación de niños y jóvenes, que es un carisma valiosísimo de varias congregaciones e institutos religiosos.

Desde el punto de vista vocacional, llama la atención también que los colegios católicos del continente no se constituyan en importantes semilleros de nuevos religiosos, encantados por Cristo y su Evangelio desde el testimonio de los consagrados que los dirigen. Una causa posible es que los consagrados se dedican más a las tareas de gestión de sus instituciones educativas, perdiendo el contacto personal y el acompañamiento de los jóvenes en sus necesidades personales y espirituales.

Otro desafío insoslayable para la evangelización hoy, en la *era de la información y en la sociedad red*, - sobre todo para el mundo, el lenguaje, los códigos, los modos de pensar, de relacionarse y de actuar de los adolescentes y jóvenes- es entender, asumir y actuar en la cultura digital. Los nativos digitales deberán encontrar a Cristo, su mensaje, sus enseñanzas, con una presencia vital y cercana, también en el mundo virtual. Hay testimonios elocuentes de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y agentes de pastoral que hacen de las TIC y su presencia en las redes sociales una plataforma importantísima para la educación y la evangelización.

5. La vida religiosa es un regalo de Dios a su Iglesia, ¡Dios los bendiga!

Estos planteamientos, que aparecen como cuestionamientos y preguntas, los hago desde el corazón y desde el afecto; desde el reconocimiento de la inmensa y generosa labor evangelizadora de los religiosos y religiosas en el continente. El propósito es contribuir al debate, a la reflexión, a la revisión y a la proyección de vuestras familias religiosas, retomando con fuerza los desafíos esenciales que inspiraron a vuestros fundadores y que por la gracia del Espíritu Santo han dado tantos buenos frutos de redención y de bien en favor de las personas, sobre todo de los más pobres y abandonados de los pueblos de América Latina y el Caribe.

Ese mismo Espíritu Santo inspiró la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, Brasil, en donde se ha constatado la necesidad de sacudirse del cristianismo mediocre, de la pertenencia meramente sociológica a la Iglesia, del sacramentalismo y de las estructuras caducas, para volver a encender el corazón de las personas por la cercanía del Señor, como los discípulos de Emaús, para retomar con fuerza el entusiasmo de anunciar la Buena Nueva, que el Reino de Dios ha llegado a nuestros pueblos, renovando y redoblando el espíritu y el compromiso misionero.

Aparecida invita a toda la Iglesia a sacudirse de las estructuras caducas, de la rutina, del sacramentalismo, de la actitud pasiva de espera a que vengan las ovejas al redil. ¡Hay que salir a buscar las 99 ovejas perdidas! ¡Es enorme la tarea misionera!

En este sentido, la vida religiosa puede, con la fuerza actualizada de sus diversos carismas, poner en marcha la presencia salvífica del amor de Cristo, con su testimonio de vida, coherente con su vida de fe, que está al lado del que sufre, del que espera y anhela un encuentro vital con Dios, con sus hermanos, con la naturaleza.

No es imaginable América Latina sin los religiosos y religiosas y su presencia generosa a través de sus incontables obras de caridad, en todos los ámbitos y sectores de la sociedad. Verdaderamente, los consagrados y consagradas representan el mejor rostro de Cristo cercano, amigo, el que está allí para sostener a los desvalidos, niños, jóvenes, adultos, ancianos, viudas, huérfanos, enfermos terminales, indígenas, afroamericanos y todo ser humano que necesita recuperar su dignidad plena de hijos e hijas de Dios.

Quizá por esto, pero por mucho más, Benedicto XVI, en Aparecida, expresa palabras de tanto cariño, gratitud y reconocimiento para los religiosos y religiosas, para las personas de vida consagrada. En su discurso después del rezo del santo Rosario el 12 de mayo del 2007, El Papa dirige unas palabras a cada uno de los sectores y actores de la Iglesia presentes en la Basílica. A todos les dedica palabras de reconocimiento y de aliento, pero cuando se dirige a los de vida consagrada, sus palabras se traducen en alabanza:

Vosotros, religiosos y religiosas, sois un regalo, una dádiva, un don divino que la Iglesia ha recibido de su Señor. Agradezco a Dios vuestra vida y el testimonio que dais al mundo de un amor fiel a Dios y a los hermanos. Este amor sin reservas, total, definitivo, incondicional y apasionado se manifiesta en el silencio, en la contemplación, en la oración y en las múltiples actividades que realizáis, en vuestras familias religiosas, en favor de la humanidad y principalmente de los más pobres y abandonados. Todo esto suscita en el corazón de los jóvenes el deseo de seguir más de cerca y radicalmente a Cristo, el Señor, y entregar la vida para testimoniar ante los hombres y mujeres de nuestro tiempo que Dios es Amor y que vale la pena dejarse conquistar y fascinar para dedicarse exclusivamente a Él. ¡Dios os bendiga!

Verdaderamente, la Vida Consagrada, con su opción radical por Cristo en las fronteras geográficas, culturales y de las situaciones humanas, es el mejor reflejo del amor de Dios a los hombres y mujeres de nuestros pueblos.

El desafío es mantenerse fiel a Cristo y al carisma fundacional, actualizado permanentemente según las nuevas realidades y situaciones de nuestras sociedades en América Latina y el Caribe, pues en no pocas ocasiones hemos visto que algunos consagrados han dejado sus votos para unirse a proyectos meramente sociológicos y políticos, perdiendo la fe en el poder transformador del Evangelio y de la instauración del Reino de Dios mediante la estrategia de la caridad en el seguimiento de Cristo pobre, casto y obediente.

El Mensaje Final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe dice:

El llamado a ser discípulos-misioneros nos exige una decisión clara por Jesús y su Evangelio, coherencia entre la fe y la vida, encarnación de los valores del Reino, inserción en la comunidad y ser signo de contradicción y novedad en un mundo que promueve el consumismo y desfigura los valores que dignifican al ser humano. En un mundo que se cierra al Dios del amor, ¿somos una comunidad de amor, no del mundo sino en el mundo y para el mundo! (Cfr. Jn 15,19; 17,14-16)

Realmente podemos ver en los países de América Latina religiosos que testimonian con su vida su opción radical por Cristo y despiertan la admiración y el reconocimiento de la gente. Sin embargo, debemos reconocer también que existe en otros una falta de coherencia entre su consagración y su estilo de vida: no casto, no pobre, no obediente... y escandalizan a los más pequeños (Cfr. Mt 18, 6-9)

Si Cristo no es el centro de la vida del consagrado, todo pierde sentido para él. Es fundamental la decisión clara por Jesús y su Evangelio, para encarnar los valores del Reino y ser testigos alegres de una comunidad de amor en el mundo para el mundo.

Pero, ¡cuidado con quedar atrapado en la redes del mundo, según la lógica del mundo y no según los consejos evangélicos! Esta puede ser una gran tentación y trampa. El religioso debe estar al servicio del mundo, apasionado por Jesús-vida del Padre que se hace presente en los más pequeños y en los últimos a quienes sirve desde el propio carisma y espiritualidad. (Cfr. DA 220)

Dice Aparecida que los pueblos latinoamericanos y caribeños esperan mucho de la vida consagrada; que muestren el rostro materno de la Iglesia. “Su anhelo de escucha, acogida y servicio, y su testimonio de los valores alternativos del Reino, muestran que una nueva sociedad latinoamericana y caribeña, fundada en Cristo, es posible.” (DA 224)

“Un inmenso jardín, eso es América/Cuando Dios hizo el Edén, pensó en América”. América Latina debe recuperar su esencia de ser el continente de la esperanza, porque tiene todos los recursos para ser la tierra prometida “donde mana la leche y la miel”, toda vez que el egoísmo y la falta de fraternidad se transformen en oportunidades de vida digna y plena para nuestros pueblos.

Una Iglesia renovada, con el empuje de los consagrados y consagradas, en comunión con sus Pastores y con el Santo Padre, retomando la esencia de su carisma fundacional, será una fuerza incontenible para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida y la tengan en abundancia.

Quisiera dejarles un mensaje final. En el pensamiento y en la actitud de los fundadores siempre ha estado presente que si sus obras respondían a la voluntad de Dios, entonces crecerán y producirán frutos. Si en pleno siglo XXI, las congregaciones siguen vigentes, a pesar de las sombras y dificultades, es un signo claro de que Dios les bendice y les acompaña. Sólo les pide fidelidad y pasión por el carisma fundacional.

Desde lo más profundo de mi ser y de mis convicciones, les puedo asegurar que ustedes, los consagrados, son un don de Dios para el prójimo, para la Iglesia, y para nuestros pueblos en América Latina que, más que nunca, es el continente de la esperanza.

Comunicación

Familia y televisión: algunas representaciones de la familia española en la pequeña pantalla³

M^a del Mar Chicharro Merayo, (CES Felipe II -UCM)

1. Introducción: televisión y cambio social⁴

La estructura de las sociedades occidentales del siglo XXI se configura conforme a algunos elementos que marcan diferencias en relación con formas sociales anteriores. Obviamente, el caso español, como el resto de los entornos sociales circundantes, no ha podido escapar a la influencia troqueladora del conocimiento y la información. Tanto es así que el valor que adoptan en el contexto actual este tipo de variables se manifiesta a su vez en forma de dinámicas sociales diversas. Algunas de carácter macro o global, responsables de procesos de interdependencia creciente entre sociedades. Otras, de tipo micro o incluso interpersonal, afectan a nuestras actividades cotidianas o a nuestro universo relacional, y se dejan sentir en el día a día de cualquier ciudadano. Es más, es tal la rapidez con la que el sector de la información va evolucionando, penetrando, si bien desigualmente, que sus repercusiones parecen hacerse menos impactantes y extraordinarias. El ciudadano medio, acostumbrado a la constancia del cambio, parece percibir la mutación como consustancial a su contexto social.

Tiempo atrás, también la televisión se rodeó de ese halo de modernidad que embarga hoy algunos de los productos tecnológicos más incipientes. Pero además, la llegada de la pequeña pantalla, en el caso español, estuvo asociada a otros significados mucho más trascendentales, que cobraban fuerza en un entorno menos familiarizado con el cambio. La primera televisión aparece vinculada, en el imaginario colectivo español, con el arranque de este proceso de modernización. La caja mágica ejemplificaba el progreso, y con él la apertura a la sociedad de consumo, a la educación, y quizás a la liberalización política. Sin embargo, en la medida en que el televisor se ha situado en otros contextos sociales, el sentido que asociado también

³ Publicado en la revista *doxa.comunicación*, núm. 8, pp. 145-162.

⁴ El presente trabajo se enmarca en los siguientes proyectos de investigación: Proyecto de investigación financiado por la convocatoria "Creación y consolidación de grupos de investigación" BSCH-Universidad Complutense de Madrid, Gr 58/08, "Historia y estructura de la comunicación y el entretenimiento" (ref. 940439). HAR2008-06076/ARTE, sobre cultura, consumo y contenidos audiovisuales (cine, radio y televisión) en el caso español, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, España.

se ha visto alterado. El profundo proceso de transformación que la sociedad española ha venido experimentado desde los años sesenta hasta nuestros días explica que este medio se haya revestido de significados mucho más pragmáticos y menos simbólicos. Progresivamente fue perdiendo las connotaciones de “palanca de modernización”, para consolidarse, básicamente, como medio de entretenimiento y fuente de distracción y consumo. Igualmente, su viejo carácter de “dispositivo comunitario en las clases populares” fue difuminándose en la medida en que se instaló en el espacio intrahogar. La exposición a este medio, menos grupal que en sus primeros momentos, se convirtió en fuente importante del ocio individual, pero sobre todo, del familiar. Los años setenta y ochenta sirvieron para reforzar la vocación de producto de consumo con la que, de hecho, nació la ventana mágica en España. De este modo, a lo largo de este período su visionado se institucionalizó como una de las actividades diarias y casi obligadas de los españoles, quienes depositaron en él, básicamente, expectativas de esparcimiento y evasión.

El proceso a través del que la primera televisión se fue modernizando y por ende, diversificando, primero en forma de varios canales estatales (centrales y autonómicos), después integrando la iniciativa televisiva privada, se inserta en una dinámica de cambio social más amplia y general. La televisión, como se tendrá la oportunidad de detallar, ha desarrollado aquí un doble rol: por un lado, en calidad de medio que nutre e incentiva el cambio. En este sentido, merece destacarse su papel en la consolidación de una sociedad de consumo postindustrial; por otro, como pantalla en la que se reflejan transformaciones sociales, apuntando y señalando tendencias propias de la sociedad española.

Sobre estas coordenadas, el presente trabajo pretende poner de manifiesto la capacidad del medio televisivo, no sólo para activar dinámicas de cambio social, sino sobre todo para hacerse eco de las mismas a través de los relatos televisados. Más concretamente, nos interesan las conexiones entre la pequeña pantalla y la mutante institución familiar. De este modo, nos ocuparemos, fundamentalmente, del rol televisivo en el escenario de las nuevas formas familiares, así como de la representación que este medio propone en torno al universo familiar. A partir de ahí, nos interesa discernir, tanto las utilidades de la pequeña pantalla para esta institución, como las imágenes familiares que el medio devuelve a sus públicos.

En este sentido, este trabajo arranca con una digresión macro sobre televisión y sociedad en la que señalaremos, muy sucintamente, las conexiones entre algunas de las dimensiones de nuestro proceso de modernización y el desarrollo del medio televisivo, haciendo un especial hincapié en la capacidad de cambio social asociada al medio. Seguidamente, este análisis de funciones y utilidades televisivas se concretará en el terreno familiar. Para ello se desgranarán algunos de los mecanismos de relación entre el medio y sus públicos, indispensables para explicar las fórmulas de interacción entre la televisión y el entorno familiar, espacio de recepción televisiva por excelencia.

Finalmente, la última parte del trabajo se centra en dibujar la representación televisiva forjada en torno a la institución familiar, así como la relación comunicativa entre narración y familia. Para ello, este texto parte de la selección de algunos de los formatos contemporáneos de producción nacional, que incluyen entre sus contenidos la temática familiar, y que han venido dando forma a las parrillas televisivas de las generacionistas nacionales durante los últimos noventa y primeros años del siglo XXI. Efectivamente, nuestro análisis no pretende realizar una revisión exhaustiva de la programación de presente, de ahí que la parrilla televisiva no se agote en los relatos analizados. Nuestra estrategia metodológica opta, por la selección calculada de algunos discursos significativos que apuntan con claridad modalidades de representación hegemónicas en la pequeña pantalla, que entendemos ejemplifican muy bien la función socializadora del medio.

A partir de ahí, se ha recurrido a un muestreo de corte intencional, a través del que se ha realizado una selección estratégica de casos (Valles, 1997). Procedimiento éste que ha servido para recoger contenidos representativos, tanto en términos de popularidad y de seguimiento de audiencias, como en términos de riqueza textual, de despliegue de significantes y significados en torno a la institución familiar. Como resultado de nuestras decisiones muestrales, tanto la ficción, como la información “espectacularizada” ocupan un lugar en la muestra escogida. Las teleseries nacionales, en diversas de sus acepciones genéricas (drama, comedia, telenovela), dan forma al elenco de discursos de ficción seleccionados. En el plano informativo, los programas magazine de tonalidad rosa serán los utilizados para identificar la representación familiar articulada. La aplicación de la técnica de análisis de contenido, en su formulación cualitativa, permitirá entonces identificar claves discursivas generales de los formatos estudiados, así como del medio en cuestión. Categorías de análisis como los personajes, las temáticas, las tramas y subtramas, los escenarios, así como características formales, o funciones y utilidades atribuidas a la institución familiar nos permitirán profundizar en la representación televisiva de este objeto, así como en el sentido ideológico de estos textos.

2. Consumidor, telespectador y tiempo libre: mercado y ocio

El modelo de televisión multiplicada o competitiva, que se inicia en los años ochenta con la irrupción de las autonómicas, se completa en los primeros noventa con la llegada de las privadas. Efectivamente, la primera organización monopolística del sector, durante mucho tiempo condensada en dos cadenas de titularidad pública, entraba en contradicción con la exaltación de valores como la diversificación, la competitividad, o la libertad de selección y compra, esenciales en todo sistema sustentado en el consumo. De ahí la importancia de extrapolar la capacidad de elección al sector televisivo, que progresivamente se habría de ir configurando como mercado, integrado ya por una pluralidad de actores, públicos y privados, que ofertan parrillas, contenidos, o productos televisivos.

La Ley de la Televisión Privada, aprobada en mayo de 1988 supuso el primer punto de llegada de un largo recorrido a través del que, progresivamente, se fue ampliando

la oferta televisiva. El reconocimiento legal a la iniciativa privada en este ámbito se materializó, en un primer momento, en la adjudicación de tres nuevos canales a sendas sociedades de titularidad privada (Antena 3 de televisión S.A., Gestevisión-Telecinco, y Sociedad Española de Televisión Canal Plus) que comenzaron a emitir sus programas con regularidad en los meses de enero, marzo y septiembre de 1990 respectivamente.

La propia televisión, en tanto que productora y distribuidora de productos, se situaba por primera vez en un escenario competitivo. De ahí que los usos de programación, producción, financiación, captación de audiencias... se vieran necesariamente alterados por la rivalidad entre canales. Frente a la diversidad de la demanda, la oferta, obligadamente, requería de la diferenciación y la flexibilidad que el propio sistema productivo utiliza para la generación de muchos otros artículos. Las generalistas, de este modo, intentaron adecuarse a las preferencias de sus “grandes consumidores”, caracterizados por distintos perfiles en diferentes momentos del día. La segmentación temática y genérica de la programación por franjas horarias es la consecuencia directa de este objetivo. No obstante, las televisiones mayoritarias han buscado mecanismos de distinción, imprimiendo a sus formatos su propia imagen de marca. El caso extremo de esta tendencia toma forma a través de los canales codificados y temáticos, alternativa de una minoría que, a principios del XXI, se “distingue” por el consumo de contenidos televisivos más caros y más exclusivos.

Pero el papel de la televisión en el escenario de la sociedad de consumo no se agota en su labor de productora y distribuidora. Resta decir, que en este complejo engranaje en el que los consumidores perciben el acto de comprar como una necesidad, los medios de comunicación de masas han ejercido un importante papel de mostración de bienes varios, publicitándolos, creando la necesidad y el deseo de poseerlos. De este modo, la pequeña pantalla ha ejercido el papel de ventana a través de la que los espectadores se han podido asomar al escaparate del consumo.

Durante la década de los sesenta, los ciudadanos españoles se sirvieron de ella para iniciarse en la lógica del gasto, para guiar sus preferencias y sus comportamientos de compra, o para visionar lo deseable. En la actualidad la televisión ha seguido ejerciendo esa función, si bien en el contexto de la oferta opulenta y diversificada. De ahí que los mensajes publicitarios hayan adquirido también un carácter más concreto, orientándose a grupos con perfiles sociodemográficos muy nítidos. La televisión ha seguido mostrando a los compradores cuáles han de ser sus deseos, variados y articulados conforme a las características del grupo en el que se insertan. Si bien la consolidación del negocio publicitario es una buena muestra de cómo este tipo de mensajes repercuten en nuestras pautas de compra, el grueso de los consumidores no lo percibe así, o quizás no está dispuesto a reconocerlo. De hecho, algunos trabajos por encuesta señalan como la mayoría de los entrevistados afirma que la publicidad no le afecta a la hora de realizar sus compras.

Si bien la ventana mágica ha hecho las veces de acicate de una sociedad de consumo crecientemente consolidada, también a través de su pantalla se vienen percibiendo

otras dimensiones del cambio social responsables de la transformación estructural de la sociedad española. El proceso de urbanización, desagrarización y terciarización, la consolidación de las clases medias, el peso creciente de las ocupaciones no manuales, la transformación de los modelos familiares, la definición de las reglas del juego democrático, la ampliación del tiempo libre... son sólo algunas de las coordenadas de la modernidad, que a su vez han ido modelando y reflejando en el medio televisivo.

Obviamente, el universo de cambios estructurales que van tomando forma desde la llegada de la televisión hasta prácticamente nuestros días tiene su traducción en el plano axiológico y valorativo. De hecho, los estudios de valores europeos han puesto de manifiesto que, ya a lo de las últimas décadas, los españoles perciben que su calidad de vida ha mejorado, y su “satisfacción general” es mayor. Por supuesto, en el ranking de prioridades valorativas, el trabajo, sigue manteniendo una importancia de primer orden en nuestro universo de objetivos pero, no obstante, tiene un papel más periférico que antaño, y, de acuerdo con las propias necesidades de una sociedad de consumo consolidada, su percepción es más materialista e instrumental. En este sentido, valores como la salud y la forma física, el estilo de vida, o el tiempo libre se consolidan como fuente intensa de satisfacción personal.

Así, las necesidades de autorrealización tienden a orientarse hacia otros entornos más emotivos y relacionales, vinculados muy especialmente con el tiempo y espacio de ocio, o incluso con el componente hedonista del consumo. En este sentido, es interesante reseñar el prudente ascenso de los valores postmaterialistas, especialmente visibles en el caso de los grupos de edad juvenil. Los valores vinculados con la expresividad, la autorrealización, la sociabilidad, el desarrollo intelectual, e incluso las preocupaciones estéticas y hedonistas, han adquirido cierta importancia para unas generaciones que no han conocido la inseguridad material y personal propia de las fuertes crisis económicas o los períodos bélicos. Es el ascenso de este tipo de principios una de las variables explicativas de la participación social en instituciones cívicas, de la preocupación creciente por el medio ambiente o por las diferencias socioeconómicas generadas por la globalización, de la defensa de políticas de coeducación y de igualdad entre géneros. Pero al mismo tiempo, el peso de este conjunto axiológico también se deja notar en la importancia de los espacios personales de autorrealización, muy vinculados con el tiempo de ocio, en ocasiones tiempo televisivo.

3. Televisión y familia. Funciones familiares del medio televisivo

En el caso español, y desde sus orígenes mismos, el objetivo de la pequeña pantalla pasa por el entretenimiento y la distensión, por la creación de mensajes atractivos y espectaculares que permitan la evasión y el divertimento, tendencia definitoria de lo que se viene denominando televisión comercial. Siendo así, los contenidos pueden ser recibidos por el espectador y, simultáneamente, reinterpretados y reutilizados para otros usos no siempre previstos por el medio. De ahí que el mensaje pueda servir para presentar y reforzar normas, creencias o actitudes, para proveer una

explicación de la realidad presente o pasada, o para crear una imagen autocomplaciente y reconfortante de la realidad. Es decir, su visionado, insertado normalmente dentro de las prácticas de ocio y tiempo libre, está asociado a la realización de funciones psicológicas y microsociológicas para quienes lo consumen.

En este sentido los análisis funcionalistas han señalado cómo el mensaje televisivo puede ejercer las veces de fuente de compañía, dispositivo socializador, o sencillamente, ventana a través de la que asomarse a realidades lejanas geográfica o cronológicamente. Desde esta perspectiva, claramente coherente con el enfoque propio de “los usos y gratificaciones”, el receptor tiene la capacidad para “utilizar” el medio en virtud de sus intereses personales, que necesariamente estarán influenciados por sus características sociodemográficas. Detrás de los distintos papeles que realiza la pequeña pantalla estaría la satisfacción de necesidades o motivaciones de sus públicos, hasta tal punto de que un mismo producto televisivo puede ser procesado de diferente manera, mostrando usos varios, adaptados a individuos con necesidades distintas .

Este proceso de “utilización televisiva”, que atribuye a los espectadores poder para reconvertir los mensajes, implicaría una suerte de lectura interesada. Desde esta perspectiva, el texto televisivo es un discurso abierto, al que se pueden atribuir sentidos varios, dependiendo tanto de elementos contextuales como de la interpretación particular o grupal que los sujetos realicen. Efectivamente, el medio observa ciertas reglas de codificación, con el fin de garantizar cierto ajuste entre el mensaje producido y el recibido (tal es el caso, por ejemplo, de las convenciones de género), y tiende a reproducir códigos dominantes, hegemónicos o preferenciales que pretenden aglutinar a los públicos en torno a consensos valorativos. No obstante, y a pesar de la capacidad de la pequeña pantalla para reproducir ideología, los espectadores tendrían la posibilidad de adoptar varias posiciones frente al mensaje: pueden asumir el punto de vista del emisor (posición hegemónica), pueden crear versiones alternativas, que además refuerzan su identidad diferencial (lectura de oposición), o bien, sencillamente, pueden reconocer las intenciones comunicativas de los emisores aunque no las compartan (posición negociada).

Este proceso es inseparable del referente espacial y simbólico en el que suele tener lugar la recepción televisiva: el entorno doméstico y familiar. De ahí que, en muchas ocasiones, los usos concedidos al televisor no sean tanto individuales como familiares, o cuando menos, se ven mediados por esa recepción frecuentemente colectiva. Por lo tanto, es en el seno de la familia dónde, muy habitualmente, se procesan y reinterpretan los contenidos, dónde se da sentido y utilidad a la información, dónde se asume una posición frente a la representación televisiva.

No en vano, la pequeña pantalla, en sus emisiones más populares, se dirige a públicos familiares. Así, la propia organización de la parrilla de las generalistas es un ejemplo nítido de las dependencias familiares que el medio ha establecido. El horario estelar (prime time, 21 hasta casi las 0 horas) que coincide, durante los días laborables, con el momento de descanso e interacción doméstica durante y después

de la cena, se ve dominado por formatos pensados para todos. Programas ideados para el grueso de la audiencia, y entre los que domina la ficción dramática, categoría en la que podríamos incluir subgéneros que van desde el telefilme hasta los seriales fruto de adaptaciones literarias, pasando por el teatro televisado.

Entre los contenidos ubicados en la franja más familiar predominan las películas y sobre todo las teleseries nacionales. El término serie hace referencia a un producto televisivo, que se emite en formato episódico o continuado, y que al mismo tiempo obedece aun modo de producción típicamente industrial. La teleserie dramática no es más que un telefilme emitido en forma de capítulos, cada uno de los cuales tiene cierta entidad autónoma, si bien todos ellos aparecen unificados por los personajes, escenarios e incluso por la existencia de una trama general que vincula el conjunto de las entregas.

Buena parte de estos relatos tienen como espacio y como núcleo de la acción la propia interacción familiar (Ana y los siete-TVE1, 2002-2005-, Cuéntame cómo pasó -TVE1, 2001-2008-, Los Serrano -Telecinco, 2003- 2008-, Aquí no hay quien viva-Antena 3, 2003-2006-, Siete vidas, -Telecinco, 1999-2006-...), o bien se sitúan en el espacio laboral, a modo de “segunda morada”, (Hospital central, -Telecinco, 2000-, El comisario, Telecinco, 1998-, Periodistas -Telecinco, 1998-2002-, Los hombres de Paco,-Antena 3, 2005-...). Éste último se confunde habitualmente con el ámbito privado, en tanto que en él se traban relaciones significativas y cercanas. En estos casos, la presencia de la familia es más periférica y su lugar en el relato es el resultado de su conexión, entre otros, con el amor romántico o con el valor de la maternidad y la paternidad. Entre tanto, las coordinadas narrativas suelen organizarse en torno a una galería limitada de personajes, fácilmente identificables para el espectador, sí bien lo suficientemente variada como para permitir que la mayoría de los miembros de la unidad familiar, y por extensión, de la audiencia, encuentren un referente de identificación y de proyección.

Los personajes sí tienen un marcado carácter estereotipado, lo que permite, entre otras cosas, simplificar el relato, agudizando la capacidad de previsión. No en vano, se trata de narraciones fácilmente inteligibles, en tanto que pensadas para la evasión de “todos”. Habitualmente las temáticas se concentran en los encuentros y desencuentros personales (diferencias entre roles y percepciones según el género, conflictos de autoridad en la familia o en el trabajo, enamoramientos, desenamoramientos, engaños amorosos, disensiones entre amigos, incomprensiones entre padres e hijos, o entre jefes y subordinados...). Entroncan directamente con vivencias que el común de los espectadores ha experimentado. De este modo, se afianza la seguridad del espectador sobre el conocimiento del código y la semántica televisiva, y se acrecienta, especialmente en el caso de los grupos más indefensos frente al mensaje televisivo, su sentimiento de control y familiaridad. La temática de lo relacional y lo emotivo permite que los estratos menos instruidos perciban la trama en términos verosímiles y contrastables con la experiencia propia.

En este sentido se ha señalado como la televisión puede llegar a realizar funciones “familiares”, a veces, aparentemente contradictorias. Así, es capaz de actuar sobre las identidades de género en el terreno hogareño, introduciendo el mundo público, históricamente varonil, en un entorno como el doméstico, teñido de feminidad; al mismo tiempo, puede llegar a transmitir un dibujo de la domesticidad que favorece la asunción de un rol femenino identificado con el espacio del hogar; o puede servir para generar emociones, sustituyendo así otros actores que tradicionalmente ejercían este papel.

Pero sobre todo, puede establecer un dibujo de los roles y características de la institución familiar, señalando actitudes, normas, valores, creencias o comportamientos convenientes. En este sentido, algunos trabajos claramente vinculados con el funcionalismo, señalan cómo puede hacerlas veces de patrón, de referencia o modelo de aprendizaje: el espectador identifica en la pequeña pantalla una situación que le es familiar, y ante la que puede tener que enfrentarse, y, al mismo tiempo, percibe el diagnóstico y la resolución televisiva como la vía correcta, la que se debe adoptar, para resolver el conflicto de manera más funcional. Por otro lado, el habitual “final feliz” es otro de los elementos que añade convicción a la resolución televisiva. Es decir, la pequeña pantalla nos anticipa las contrapartidas y las gratificaciones de posibles decisiones. No en vano es una historia de ficción, que “podría ser real”, y por ello más valorada.

Si bien la ficción televisiva realiza una interpretación de determinadas situaciones personales, del mismo modo, plantea su particular lectura de fenómenos o eventos de índole más general o social. El comportamiento delinciente, el maltrato a las mujeres, el divorcio, la drogadicción juvenil, la inmigración, la pobreza, la soledad y el abandono, las enfermedades de transmisión sexual, las psicopatologías... temáticas que dominan en los formatos informativos, tienen su cabida en determinadas series de corte dramático (Periodistas, El comisario, Hospital Central, Policías -Antena 3, 2000-2003-, Compañeros, -Antena 3, 1998- 2002-) reflejando en su discurso algunas de las preocupaciones sociales más visibles, si bien a través de un enfoque sentimental, emocional. Pero además, el relato suele proveer al espectador de una suerte de interpretación del fenómeno en cuestión, habitualmente explicado en clave familiar. Una infancia difícil, la influencia de un entorno familiar desestructurado, la ausencia de las figuras paternas... son algunas de las variables más recurrentes a la hora de justificar los comportamientos ajenos a la norma de aquellos personajes que dan forma humana a las obsesiones sociales más recurrentes. Casi siempre, el conflicto se resolverá de acuerdo con las expectativas del público, y garantizando la conservación del estatus quo.

Finalmente, y continuando con la mencionada función socializadora, el relato de ficción, a través de su discurso, legitima y visibiliza nuevas formas familiares. Es más, tal y como señalaremos a continuación, éstas, en tanto que televisadas, tienden a convencionalizarse y a presentarse como emblemas propios de la modernidad.

4. Las mutaciones familiares, televisadas

Dentro de las grandes transformaciones macro de las que se hace eco la pequeña pantalla, mención especial merece su representación del cambiante universo familiar. La preocupante caída de la tasa de fecundidad, la reducción del tamaño familiar, la pérdida de popularidad de la institución matrimonial, el crecimiento de las parejas de hecho, el incremento de la tasa de separaciones y divorcios, el aumento de las familias monoparentales, monomarentales y reconstruidas son sólo algunas de las tendencias que se vienen atisbando en este mutante escenario. Del mismo modo, la lógica de la interacción y del reparto de papeles en el seno de la familia nuclear también se ha visto sustancialmente alterada. La creciente igualación de los roles femenino y masculino, la reducción de autoridad paterna, así como el valor del diálogo, del consenso y de las actitudes democráticas en el espacio doméstico han vaciado conceptos como el de “conflicto generacional”, tan frecuentes a la hora de calificar las relaciones padres-hijos en otros momentos.

En el relato televisivo de ficción los nuevos modelos familiares enunciados tienen tanta o más fuerza que la institución familiar clásica. De este modo, estas alternativas parecen añadir una mezcla de realismo, pero también de vanguardia, novedad, e incluso exotismo a la trama. En cualquier caso su presencia da cuenta de que se trata de fórmulas cada vez más convencionales y aceptadas, proceso al que contribuye una narración que dibuja esta opción minoritaria en tonalidades muy blancas. Su creciente grado de visibilidad televisiva pone de manifiesto su legitimidad social en aumento.

En este sentido, especialmente ilustrativa es la aportación realizada por las variantes cómicas de las teleseries, situadas en los entornos de la “comedia de situación”. Se trata de formatos que optan por un tratamiento humorístico y crítico, utilizando escenarios recurrentes, y articulando sus tramas en torno a relaciones y conflictos entre un número reducido de personajes. De nuevo el espacio familiar o, por extensión, el vecinal, planteado éste como una suma de hogares, es el que conecta todo un conjunto de subtramas articuladas a través de personajes más o menos estereotipados. La narración, con claras dosis de teatralidad, se presenta como un intento de acercar al espectador a una historia sobre “familias” en clave de parodia. La estrategia del realismo extremo y absurdo ayuda a construir situaciones cómicas, teñidas de humor negro. De este modo, los personajes, rompiendo algunas de las reglas sociales más básicas, expresan sin tapujos y con total contundencia sus miedos, sus rencores, sus emociones, sus deseos, que exhibidos con sinceridad descarnada y dramática, generan situaciones transgresoras, divertidas e impactantes.

En este sentido, el recurso a fórmulas familiares o cuasi familiares novedosas, permite articular relatos menos previsibles y más originales, con mayores matices de extraordinariedad, y que pueden generar situaciones especialmente transgresoras, fomentando la emoción. Así por ejemplo, la familia reconstituida es el escenario en el que se puede reflexionar sobre la confusión de identidades y la dificultad de

extrapolar los roles clásicos a un entorno familiar en el que la vinculación de sus miembros no es necesariamente consanguínea (Los Serrano). Otros modos de hacer familia, en su versión más simple y reduccionista, también se convierten en el marco adecuado para trabar relatos sorprendentes. Las hermanas solteras, el divorciado o divorciada, la joven soltera, la viuda que comparte piso, el matrimonio que convive con la hermana... (Aquí no hay quien viva, Siete vidas) son personajes, algunos de ellos ya clásicos en el discurso cinematográfico y televisivo, asentados en el imaginario colectivo y, en consecuencia, reconocibles para el público. Finalmente, estos relatos parecen estar contribuyendo a estereotipar fórmulas familiares que hasta la fecha no tenían una formulación convencional en el mensaje televisivo (tal es el caso de la familia extensa o el hogar monoparental -Aída, Telecinco, 2005-2009- la pareja homosexual -Aquí no hay quién viva-).

La reflexión televisiva en torno a la familia ha adquirido, en algunos formatos de ficción específicos, un tono mucho más retrospectivo y evocador. Y es que la visualización de la institución a través de la perspectiva del tiempo histórico ha demostrado ser una estrategia que permite al espectador conectar con distintos puntos de su propia biografía personal. En este sentido, el ejemplo más representativo es el de Cuéntame cómo pasó que revisa los últimos años del franquismo desde los avatares cotidianos de una familia media. Mediante un discurso nostálgico, el espectador tiene la posibilidad, o bien de situarse en un pasado reciente, almacenado en la memoria, o bien, en el caso de los más jóvenes, de visualizar un período conocido a través de los libros de texto o de las referencias de sus mayores. El vestuario de la época, las actividades de tiempo libre, los objetos de consumo, las citas históricas, e incluso las referencias intertextuales, recogiendo programas televisivos emblemáticos, permiten al espectador trasladarse a otro tiempo. En cualquier caso, es la utilización de la familia como núcleo narrativo de la trama lo que facilita el acercamiento al relato.

La narración de Cuéntame cómo pasó se articula como una suerte de epopeya que exalta los avatares de una sociedad que cambia aceleradamente y cuya mutación se deja notar, entre otras, en el terreno familiar. La madre soltera que rehace su vida, la francesa divorciada, el hombre separado que se compromete con la joven sobrina de su hermano, el hijo soltero que se independiza, la abuela jubilada que se ennovia, o la hija que se casa con un sacerdote en vías de secularización son algunas de las situaciones familiares que dan cuenta de que la institución se “moderniza”, o al menos esa es la tesis de la teleserie. No obstante, estos personajes que representan la “vanguardia familiar” conviven con otros mucho más convencionales que señalan los elementos de continuidad. La familia nuclear protagonista, dibujada como institución que se adapta y flexibiliza en función de las novedades, es el paradigma de la pervivencia, y hace las veces de factor de continuidad y estabilidad.

Detrás del mencionado intento de mitificar la sociedad española subyace, así mismo, una suerte de discurso de exaltación familiar a través del que el relato devuelve una mirada halagadora a su público. En última instancia, la teleserie no deja de presentarse como una odisea familiar, en la que esta institución se enfrenta a

constantes dificultades que logra superar utilizando recursos que se presentan como parte de su esencia. La comprensión, la empatía, la confianza interpersonal, la seguridad afectiva, la tolerancia, la solidaridad, la comunicación... se esbozan a modo de claves explicativas de la solidez familiar y de su capacidad de permanencia. Los héroes cotidianos, básicamente encamados en los progenitores de la familia nuclear protagonista, superan victoriosos sus gestas diarias, enunciado extensible, como diría el propio narrador del serial, a cualquier familia media de la época.

La utilización de la familia como pilar narrativo central responde entonces a variadas utilidades. En primer lugar, hace las veces de recurso para la elaboración de un discurso catártico. Efectivamente, a través de su visionado el espectador tiene la oportunidad de acercarse como observador a los conflictos cotidianos. Esa toma de distancia le permite vislumbrarlos de una manera amable y desdramatizada. La parodia de la cotidianeidad facilita una visualización de algunas claves del día a día, desde las experiencias de los personajes con los que se conecta. A partir de ahí, los conflictos dibujados en la pequeña pantalla son de utilidad para desmitificar y normalizar las tensiones familiares. Si la televisión acompaña, y referencia puntos y temáticas de conversación, también puede hacer las veces de mecanismo terapéutico a través del que los propios conflictos se traducen en entretenimiento.

En segundo lugar, es en este tipo de formatos, los que versan sobre familias y se dirigen a públicos familiares, donde se explicita de manera más clara cuanto de teatral tiene buena parte de la interacción familiar más convencional. El respeto a nuestros mayores, la confianza interpersonal, la preocupación de los padres hacia sus hijos, la sinceridad, o el apoyo mutuo son algunas de las normas familiares conforme a las que somos socializados y que sirven de guía en el ejercicio de estos roles. Sin embargo, la representación televisiva pone de manifiesto el carácter construido y artificial de este engranaje mediante personajes exagerados y extremos, que ejercitan los roles familiares de manera poco convencional y que, aún siendo familia, rompen con el deber ser de la institución. El espectador puede visionar otras maneras de comportarse en este entorno: la propia del “mal hijo”, la del “abuelo transgresor”, o del “hermano incorrecto”. Del mismo modo, puede percibir los efectos que estos comportamientos a través de los personajes afectados: desde la “madre sobrepasada”, hasta el “padre incapaz”.

De este modo, estos formatos, bajo el lema manifiesto del entretenimiento, dejan patente su carácter latente de ejercicios de reflexión a través de los que se expresa la rigidez de las reglas familiares y, al mismo tiempo, su constante redefinición. Esta situación se explicita especialmente en la representación que la televisión hace de la familia reconstruida (Los Serrano). El matrimonio que convive con hijos propios, a los que se suma la descendencia de otras relaciones, es la tesitura adecuada para redefinir roles ya obsoletos. De ahí que la legendaria “madrstra”, en su versión actualizada, mantenga con los hijos de su marido una relación amistosa, minimizando el vínculo materno filial. O del mismo modo, la convivencia de “hermanastros”, que no comparten lazos de sangre, abre la posibilidad a conexiones hasta la fecha inverosímiles, como es el amor romántico. El objetivo es el de

construir conflictos realistas que agudizan la tensión dramática de un relato de ficción, pero cercano y familiar.

5. Las aristas familiares: el lado oscuro de la cotidianidad

Este dibujo optimista y positivo de la familia no es una nota coincidente en el grueso de los formatos. El entorno familiar y sus inmediaciones tienen otras lecturas, caracterizadas por un tono mucho menos triunfalista, y sí más crítico, aunque no exento de interés para los públicos.

Éste es el caso de los comúnmente denominados “programas del corazón”, formatos de información que recurren a la suma e hibridación de géneros dialógicos (entrevista, el debate, el coloquio, la tertulia) para acercarnos a aspectos sentimentales y emocionales y, por ende, familiares de personajes “populares”. Programas como *Dónde estás corazón* (Antena 3, 2003), *Salsa rosa* (Telecinco, 2002-2006), *Dolce Vita* (Telecinco, 2006-2007), *La noria*, (Telecinco, 2007), *Gente*, (TVE 1, 1995) que, aderezados con claros tintes de telerrealidad, utilizan estrategias dramáticas e interpretativas con el fin de agregar componentes de espectacularidad, a costa de desvirtuar su aparente función informativa. La utilización de polígrafos, los tintes teatrales y forzados de buena parte de los personajes, los interesados montajes de imágenes, la repetición constante de planos o secuencias impactantes, la práctica de la recreación y la simulación... Todo ello convenientemente adornado con la intervención de periodistas en el plato: el exagerado volumen de su voz, el uso de términos irrespetuosos, su propensión a la discusión y al conflicto, la directividad de sus preguntas, su constante evaluación de los personajes... En última instancia, la utilización de mecanismos propios de la ficción televisiva, pero presentados como garantía de realismo, acercan este tipo de formatos a la lógica del reality show.

En estos casos, personajes que encarnan algunos de los valores sociales en alza (dinero, poder, fama, belleza, lujo...) muestran sus entresijos familiares, tanto más interesantes, en tanto que negativos y dolorosos. La infidelidad, la separación y el divorcio, el desamor, el desengaño personal, el maltrato, la drogadicción, la pobreza, la enfermedad... son las claves narrativas de estos relatos que permiten al público atisbar las aristas biográficas de individuos aparentemente envidiables. Tanto es así que el espectador puede hacer uso de su capacidad para identificarse y sobre todo para proyectar en el relato las propias miserias personales que, obviamente, se minimizan cuando se comparan con las desgracias televisadas. Este dibujo negativo y desgraciado de la institución familiar conecta directamente con los relatos propios de los talk shows matinales y vespertinos, otra de las dimensiones televisivas del “no deber ser de la familia”. Efectivamente, en este caso, si bien las tensiones familiares son del mismo calibre, se ejemplifican en individuos anónimos con los que el espectador puede, más fácilmente, establecer relaciones de identificación e incluso utilizar el relato y sus personajes a modo de canal terapéutico y catártico.

Esta estrategia de dramatización de lo emocional propia de la telerrealidad también tiene presencia en algunos formatos de ficción. Si en el caso de los géneros

informativos la centralidad de lo sentimental lleva a mostrar el lado familiar más privado y socialmente reprochable, esa lógica se reproduce en fórmulas como la telenovela o el culebrón. En este caso, personajes que representan el lujo y el poder conviven con otros que simbolizan la dificultad y el deseo de movilidad social, dando lugar a una narración ramificada, en la que los sinsabores familiares tienen una especial relevancia. Caracterizado por su extraordinaria duración, a través de capítulos diarios con finales siempre abiertos, el culebrón tiene en su tono melodramático su principal seña de identidad. Tanto es así que en él los aspectos sentimentales y emocionales adquieren una centralidad que el espectador puede visualizar a través de conflictos variados que se materializan en amores imposibles, ilegales y clandestinos, no correspondidos, agravios y afrentas, infidelidades amorosas, abusos de poder...

Este esquema se ejemplifica muy claramente en un conocido culebrón de producción española, ambientado en torno al escenario de la guerra civil y sus entornos. Amar en tiempos revueltos articula su trama principal, en torno a las dificultades de varios amores aparentemente imposibles y limitados por las circunstancias. De nuevo en este caso, el relato nos permite recuperar la trayectoria mutante de la institución familiar y matrimonial, desde una perspectiva diacrónica. Desde el matrimonio convencional, pasando por el nulo (aquellos que tuvieron lugar durante la II República y que posteriormente fueron declarados ilegales), hasta llegar a la unión ilegal o al concubinato. De este modo, la telenovela, más que realizar una representación de las formas matrimoniales y familiares de la época, nos explica y justifica esta realidad en el presente señalando sus fisuras en el pasado. En realidad, se acerca al universo familiar desde presupuestos contemporáneos, más que desde valores de la época, pero en cualquier caso provee al telespectador de explicaciones de utilidad para entenderla institución en la actualidad y para reforzar su valor.

6. Conclusiones

En el ejercicio de su función socializadora, el medio televisivo gusta de proponer relatos a través de los que establecer relaciones significativas con sus públicos. En este sentido, la referencia a la institución familiar entronca con nuestra realidad más cotidiana y privada, más emotiva y primaria, lo que permite que se establezcan relaciones de cercanía entre el público y el mensaje televisivo.

Pero más allá de la temática familiar como recurso narrativo, su inevitable presencia en el discurso televisivo se explica desde la relevancia social que la institución tiene. No en vano, es especialmente valorada, y en esta evaluación compartida descansa uno de los focos de consenso e integración valorativa de la sociedad española. Más allá de la importancia atribuida, la realidad empírica constata el papel que ha desarrollado a la hora de superar situaciones de dificultad social (desempleo, cuidado de los hijos, pérdida de poder adquisitivo frente a la jubilación...), que en otros países vienen siendo subsanadas por un fuerte estado del bienestar. De este modo, se ha señalado como la debilidad del estado puede contribuir a la conservación de la familia en su versión más clásica.

En tanto que eje de vertebración social, los textos sobre familias son universales e inteligibles para todos, y además de ofrecer una representación de esta realidad en su dimensión macro, nos proveen de pautas de interacción micro. Tanto es así que, independientemente del formato, los dibujos familiares juegan a señalar al espectador las reglas del juego dentro de ese espacio y, obviamente, a reforzar la importancia de su papel, tanto en su versión más clásica (la familia nuclear), como en sus materializaciones más recientes. Tanto en sus lecturas más idílicas, como en las más obscenas, la familia tiende a ser reforzada.

Efectivamente, el presente trabajo centra su atención, exclusivamente, en algunos relatos de ficción e información significativos en las parrillas de las TV generalistas españolas. De ahí, que, si bien responde a algunos de los interrogantes sobre la relación entre televisión y familia, también señale algunas líneas de investigación pendientes de continuidad. A partir de aquí, resta saber, por ejemplo, si la mencionada función socializadora ejercida por la televisión es extrapolable a otros discursos informativos más ortodoxos (tal es el caso de los telenoticias), así como a otros formatos híbridos, que aúnan información y ficción, introduciendo recursos telerreales (docushows, infoshows, talk shows...). Del mismo modo, cabe preguntarse si otras vías textuales abiertas por la ficción, tanto nacional como extranjera, mantienen el mencionado discurso reforzador de la familia o, por el contrario, positivizan especialmente otros entornos de sociabilidad distintos de los parentales.

En cualquier caso, la importancia subjetiva y objetiva de esta institución justifica el interés y la utilidad que la temática despierta. Así, tal y como se ha señalado, en muchos de los relatos televisados la familia hace las veces de actor; el público familiar ejerce de audiencia. O lo que es lo mismo, la institución toma conciencia de sí misma y de su existencia pluriforme y adaptable. A través de las imágenes, a veces negativas, pero sobre todo engrandecedoras que le devuelve la pequeña pantalla se señalan sus mutaciones, pero también sus continuidades, reafirmandose su carácter de universal cultural, así como su función manifiesta más significativa: la de entorno de seguridad para el sujeto.

🕒 Vida salesiana

¿Hablamos del tiempo?

Carlos Rey

“No me digas, Carlos, que vas a hablar sobre el tiempo”, me dirá alguno. ¿No se ocurre nada mejor? Calma, te respondo, que la cosa tiene truco.

La vida

Cuando falta asunto, hablamos del *tiempo meteorológico*. Al decir “no tengo tiempo” o “parece que el tiempo no pasa”, nos referimos al *cronológico*. Con expresiones como: “vivimos tiempos difíciles” o “nunca hemos vivido tan bien”, comentamos sobre algo propio de *nuestra época* y lo hacemos porque *nos afecta o tiene un significado especial* para nosotros. ¡Importante!

Los occidentales tenemos una idea del tiempo en *clave cronológica*, como la sucesión de los días, meses o años... Pero no siempre es así: cuando decimos “tal día nací, tal otro me casé, me ordené, hice oposiciones, murió mi padre...”, nos referimos a *acontecimientos con un significado especial* para nosotros porque nos han aportado o arrebatado algo, condicionado o dado *sentido a nuestra existencia (o robado)*. Estos acontecimientos no se olvidan.

Que te caiga el “gordo”, un accidente, una enfermedad, una conversión... pueden cambiarnos la vida en pocos segundos, sin ni siquiera desearlo ni hacer nada. También estos tiempos y sucesos *son significativos, permanecen, configuran y dan sentido a la vida (o se lo quitan)*. ¡Muy, muy importante!

A veces hablamos del tiempo, pero poniendo el acento en otra cosa: “Ha hecho su agosto”, decimos, refiriéndonos a quien ha conseguido grandes beneficios de modo fácil y rápido, haya sido en agosto o no.

Los fabricantes y vendedores de juguetes *esperan, y después viven*, del tiempo de Navidad, que es cuando obtienen entre el 70 y el 80% de sus beneficios. Lo mismo el agricultor: su vida y su familia *esperan, y después viven*, del *tiempo de la cosecha*. Para estas colectivos este *tiempo es central, único*.

Resumiendo: hay tiempos que se olvidan, mientras que otros *permanecen, se esperan o se vive de ellos*. Los hay que “ni fu ni fa” y los que tienen gran densidad por el

significado especial para la persona de lo que sucede en ellos. Son tiempos y sucesos que dejan huella, construyen y alimentan. Es como si tuvieran vida propia, y la tienen, porque vivimos de ellos.

La Biblia

La Biblia habla continuamente del tiempo. Ejemplos:

Tiempo de espera: “Dice Dios: a su tiempo lo cumpliré de prisa” (Is 60,22); “En aquellos días suscitaré a David un vástago” (Jer 33,15); “Será en vuestro tiempo... cuando yo diré algo y lo cumpliré, dice Dios” (Ez 12,25); “Próximo está el día del Señor” (Ez 30,3); “¡Una voz!... ¡Es mi amor que llega!” (Ct 2,8); “Yo enviaré mi mensajero” (Ml 3,1); “No selles las palabras de este libro, porque el tiempo está próximo” (Ap 22,10)

Tiempo de presencia: “Guiaste en tu bondad al pueblo que salvaste (Éxodo)” (Gn 15,13); “Fue Dios (José a sus hermanos) quien me envió delante de vosotros para salvar vuestras vidas” (Gn 45,5); “El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz” (Is 9,1); “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (Is 9,5); “En el tiempo de la gracia te he atendido” (Is 49,8); “Estando en Belén se le cumplió a María el tiempo del parto” (Lc 2,6); “Se ha cumplido el tiempo y el Reino está cerca” (Mc 1,15); “En el principio (del tiempo) ya existía la Palabra” (Jn 1,1); “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír” (Lc 4,21); “En estos días... Dios nos ha hablado por el Hijo” (Hb 1,2).

“Que Yahvé actúa en la historia, es algo indiscutible para el creyente” (H.D. Preuss). Dios atraviesa el tiempo de tal modo que el creyente bíblico vive entre dos tiempos: *el tiempo pasado*, en el que Dios se reveló, y *el tiempo futuro*, en el que espera que lo haga de nuevo; recuerda, actualiza y *vive de la manifestación de Dios en los acontecimientos del pasado*, mientras otea el horizonte del futuro a la *espera que se manifieste de nuevo en otros nuevos*. A ese día lo llamará “El día del Señor”, cuando Dios se deja ver.

Es lo que afirma Von Balthasar: “El tiempo de Israel «se llena» con «momentos» que inciden en él a partir del actuar y del hablar de Dios, y en los tiempos intermedios... se debe llenar el «tiempo vacío» con el cumplimiento y la meditación de lo que se ha recibido, con la esperanza de lo prometido. El tiempo que transcurre entre una revelación y otra no está nunca completamente vacío, pues contiene siempre promesas. Y los momentos del cumplimiento son siempre también una reanudación actualizadora (reinterpretativa) de lo que se dio, y, consiguientemente, un crecimiento de la promesa”.

El tiempo entre dos tiempos, es el *entretiem*po. El creyente vive en él sostenido por la promesa y alimentado por lo que ya se le dio, mientras ansía, pide y espera el nuevo don que sabe, por fe, que se le dará en el futuro, porque Dios es fiel, aunque no sabe cuándo ni cómo.

En consecuencia, la historia puede narrarse en clave de acción divina, y así lo hace el creyente, sin que esto suponga, como a veces pensamos, un obstáculo a la autonomía de hombre.

Don Bosco

¿Por qué esta referencia al tiempo en la vida y en la Biblia? Porque es legítimo pensar que es así como el creyente Don Bosco concibe y escribe su historia: en clave de tiempos, al modo bíblico; dicho de otro modo, en clave de *Historia de Salvación*. Y porque leerle desde esta perspectiva: es novedoso y muy interesante; abre nuevos y amplios horizontes en la comprensión de Don Bosco; permite entender su modo de leer e interpretar los acontecimientos, la vida y la historia; clarifica los criterios con los que selecciona los hechos que nos transmite; nos conecta con él desde nuestra propia existencia y a un nivel mucho más profundo que el que suele darse; y sobre todo, facilita la percepción de qué es lo que da sentido a su vida y de cuál es la gran verdad que pretende vehicular: *que Dios guía los acontecimientos, que esta es la gran lección que hay que aprender del pasado para superar las dificultades del futuro, y que esta forma de leer la historia es fuente de gozo* (MO).

Será el tema de nuestro próximo artículo... y de otros.

🎯 Pastoral juvenil

Sentido y espiritualidad en los jóvenes

Álvaro Chordi (Sacerdote de Adsis)

Las comunidades cristianas que vivimos en contextos muy secularizados llevamos bastante tiempo preguntándonos cómo podemos hacer para que la noticia de la fe le llegue de forma significativa a las nuevas generaciones. Para ello analizaremos el contexto juvenil y sus referencias religiosas, la relación entre espiritualidad y religión y su barómetro en la actualidad, la invitación a cultivar la inteligencia espiritual y la educación de la interioridad como trampolines que facilitan el acceso a la trascendencia, el rescate de la búsqueda de sentido que impulsa hacia el crecimiento y unificación personal e interpela a la persona joven hasta el punto que puede abrirse a la fe y encontrarse con el Resucitado que fascina y llena toda la vida.

1. Mundos juveniles y referencias religiosas

Ya hace más de una década, Ignacio Sotelo vaticinó que “el pensamiento ilustrado diagnosticó el futuro de la religión: su desaparición... [pero] el análisis sociológico actual y los análisis de otras ciencias sociales han demostrado el incumplimiento de este pronóstico”⁵.

Algunos estudiosos europeos hablan, incluso, de *un renacer de lo religioso en los jóvenes*. Así, Ives Lambert constata que, aunque la salida de la pertenencia religiosa no se ha detenido, crece, sin embargo, la dimensión de una religiosidad no institucionalizada; por ejemplo, en conceder importancia a la religión e incluso en valorar las respuestas institucionales en las necesidades morales y religiosas de las personas.

Esta situación se daría, además de en Italia y Portugal, en la Alemania protestante, en Suecia y en Dinamarca, aunque la dimensión religión en los jóvenes, en estos últimos países, estaba bajo mínimos. Ahora bien, este señalado renacer religioso en los jóvenes está prácticamente ausente, a su juicio, en Irlanda y en España. Además, en una entrevista que le hicieron en *Le Monde*, con motivo de las Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia, donde defendía las mismas tesis, va más lejos y señala que “en España e Irlanda incluso hay que hablar de retroceso”. Añadía que “la

⁵ SOTELO, I., *Formas modernas de religión*, en DÍAZ SALAZAR, G. Y VELASCO (eds.), *La persistencia de la religión en el mundo moderno*. Alianza Universidad, Madrid 1994.

situación particular de Irlanda y de España se debe a un fenómeno de modernización acelerada sobre un fondo de catolicismo muy tradicional que se ha mantenido durante mucho tiempo” (*Le Monde*, 17 de Agosto de 2005)⁶. Lambert, aunque desconocía en profundidad los estudios sobre la juventud de la Fundación Santa María, da en el clavo: en España la dimensión religiosa de los jóvenes, especialmente en su dimensión eclesial, está en franco retroceso.

Así pues, la religión no forma parte de las preocupaciones de los jóvenes españoles. No necesitan experiencias religiosas tradicionales, sino que viven nuevas experiencias y ámbitos en los que se ofrece sentido, construido desde una matriz laica, consumista, presentista. El desinterés por la religión no implica rechazo de la experiencia religiosa, pero sí se da un claro alejamiento de la dimensión institucional de la misma, dentro de la cual está la figura de la Iglesia⁷.

2. ¿Dios a la vista?

“La religión parece ahora revitalizada, sobre todo, en un nuevo contexto mundial globalizado”. Así afirma Diego Bermejo⁸, quien aventura una serie de tendencias como indicadores de futuro que hemos de tener presente en la pastoral con jóvenes:

a) Continúa el *proceso de secularización* en el mundo globalizado, que se manifiesta en la implantación progresiva de una visión inmanentista del mundo, la deseclesialización, la desafección institucional, poca observancia y escasa asistencia al culto, el descenso de la afiliación, la pérdida de relevancia política y social de las iglesias, etc. Sin embargo, esta tendencia a la invisibilización de la religión se ve contrapesada por la pervivencia de la creencia individual, subjetivamente elaborada, como se observa mayoritariamente en los jóvenes, sin pertenencia concreta, sin credo y sin compromisos (“believing without belonging”); y el pluralismo confesional en alza debido a la presencia de otras religiones traídas por la inmigración.

b) Podemos hablar también de una *metamorfosis de lo religioso* manifestado en “una religiosidad *Do-it-yourself* (una religiosidad de *bricolage*), que construye a partir de piezas de las más diversas tradiciones religiosas y con ingredientes de un poco de psicología, una religiosidad *patchwork* (una religiosidad de retales), que se convierte en un *kitsch* neoreligioso”⁹. Esta metamorfosis se expresa también en una multipertenencia simultánea entre las diversas confesiones y sus ofertas de sentido y en un nuevo ecumenismo transreligioso, transidentitario y transversal.

⁶ Cf. ELZO, J., *Los valores religiosos en la sociedad europea: diagnóstico y visión de futuro*, en ELZO, J., TORRALBA, F. - MARGENAT, J.M., *Cristianos en el mundo. Una presencia activa. Premio de Joan-Enric Vives*, Pagès editors, Lleida, 2011.

⁷ URIARTE, L., *Jóvenes, religión y pastoral. Mundos juveniles, transformaciones socio-culturales y referencias religiosas*. PPC, Madrid 2011.

⁸ BERMEJO, D., *¿Dios a la vista?*, Ed. Dykinson, Madrid, 2013. Es muy instructivo el artículo-resumen del libro escrito por María Dolores Prieto colgado en el portal Tendencias21: http://www.tendencias21.net/La-religiosidad-retorna-en-el-siglo-XXI-con-fenomenos-complejos-y-polivalentes_a18033.html

⁹ KASPER, W., *La situación actual de la Iglesia Católica*, Facultad de Teología del Norte de España, sede de Vitoria-Gasteiz, 2013, 9.

3. La espiritualidad resurge y la religión decae en la modernidad líquida

En el umbral de una etapa transreligiosa, transconfesional y postcristiana, ni las personas ni los grupos humanos pueden soportar por mucho tiempo el vacío existencial. En un primer momento, quizás se eche mano de la compensación y de la distracción, pero la insatisfacción creciente desencadenará una actitud de búsqueda de la plenitud presentida: es la *búsqueda espiritual*, que “no podemos dejar de verla como signo del Espíritu de Dios”¹⁰.

Algo así parece estar sucediendo entre los jóvenes. A ojos de muchos analistas, resulta innegable que, en nuestro medio sociocultural, nos hallamos frente a un creciente resurgir de la espiritualidad. Y que dicho resurgir corre paralelo a un no menos evidente declive de la religión institucional. Esto ha pasado a ser un hecho aceptado en los medios cristianos con toda normalidad. La última Congregación General de los Jesuitas afirma que “el ritmo rápido del cambio cultural ha estado acompañado de un vacío interior, a la vez que de un nuevo interés por la religiosidad popular, una búsqueda renovada de sentido y una sed de experiencia espiritual, en ocasiones, fuera de la religión institucional”¹¹.

A menudo se reduce el campo de lo que es espiritual a lo que es religioso. La dimensión religiosa parte, como condición de posibilidad, del reconocimiento del espíritu, pero va más allá. La potencia espiritual es una condición de posibilidad, un anhelo de algo más grande. Todavía no indica lazo o vínculo originario con el fundamento que es la raíz de la experiencia religiosa, sino más bien deseo de abrirse a la dimensión más profunda de la realidad¹².

El profesor Juan Martín Velasco¹³ analiza con finura las espiritualidades laicas distinguiéndolas de otras que son religiosas, y se decanta por aquellas que se encaminan y culminan en el Dios revelado en Jesucristo, rescatando el perfil irrenunciable de la espiritualidad cristiana.

Así pues, existen variedad de formas de *espiritualidades laicas, no religiosas*, que se visten de “búsquedas” y son, en definitiva, “religiones sin Dios”, es decir, espiritualidades con rasgos externos con apariencia religiosa pero en las que Dios no ocupa ningún lugar. Ahí se encuentran, entre otras, aquellas espiritualidades que se basan en “experiencias de trascendencia” sin un trascendente que el sujeto tenga que reconocer como ajeno a él mismo, prácticamente accesible a todas las personas; o el confuso movimiento conocido como “New Age” o “Nueva Era”, centrada en la autorrealización del sujeto, mediante el cultivo de experiencias de la interioridad, la

¹⁰ BERGOGLIO, J.M. - PAPA FRANCISCO, *Educación: exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos*, Publicaciones Claretianas-Editorial CCS, Madrid 2013, 20.

¹¹ COMPAÑÍA DE JESÚS, *Congregación General 35. Decreto 3: Desafíos para nuestra misión hoy*, nº 21.

¹² Cf. TORRALBA, F., *El sentido de la vida. Breves respuestas filosóficas a las grandes cuestiones existenciales*, Ediciones CEAC, Barcelona, 2011; *Creyentes y no creyentes en tierra de nadie*, PPC, Madrid 2013, 212.

¹³ Cf. MARTÍN VELASCO, J., *Una espiritualidad para tiempos difíciles*, en: <http://www.unican.es/NR/rdonlyres/5E85B755-0ABB-4EC1-8BB3-7B7A54482549/0/4UnaespiritualidadJdeDiosMVelasco.pdf>

dilatación de la conciencia, la superación de las oposiciones, el establecimiento de una nueva alianza con la naturaleza... tratando de conseguir la conciencia de la unidad y la integridad personal y universal.

Una última familia espiritual ajena a la religión, pero que crece en el mundo juvenil, es la espiritualidad denominada “humanismo laico, no religioso”. Aparece descrita con precisión en las encuestas de Jóvenes españoles de la Fundación SM: el 33% de los jóvenes son “no religiosos humanistas”; y el 32,9% son “católicos autónomos”, que manteniendo algún vínculo con lo religioso, están lejos de toda referencia eclesial¹⁴. Para estos últimos, una persona religiosa no significa creer en Dios, ni rezar, ni tener que realizar práctica religiosa alguna, sino más bien ayudar a los necesitados, ser honrados, preguntarse por el sentido de la vida... Para ellos, la religión se identificaría con el humanismo, convirtiéndose en una espiritualidad de carácter ético que comporta el altruismo y el ejercicio de la solidaridad; se trata de un humanismo no apoyado en el reconocimiento expreso de la trascendencia. Parece contener lo fundamental del cristianismo, una espiritualidad ciertamente noble, pero que no se puede identificar con la cristiana.

Y finalmente hay autores espirituales muy en boga que alimentan una espiritualidad centrada en el interior del propio sujeto, en el cultivo de su interioridad que coincide en su fondo último con el absoluto. Esta visión de la espiritualidad es difícilmente compatible con la comprensión bíblica y cristiana de Dios, en la que el ser humano responde a Dios mediante una relación interpersonal.

Frente a estas espiritualidades no religiosas, constatamos que no hay religión que no genere o suponga una espiritualidad. Lo característico de todas las *espiritualidades religiosas* es que son espiritualidades teónomas, es decir, hacen referencia a Dios. En ellas la trascendencia significa que el sujeto solo entra en relación con él trascendiéndose a sí mismo y, por tanto, el Misterio no puede ser objeto de ningún acto humano. Esto no significa lejanía con el mundo y el hombre sino, por el contrario, una cercanía mayor, en la que no es que “Él esté en nosotros”, sino que “nosotros vivimos, nos movemos y existimos en Él”.

Por tanto, la espiritualidad religiosa tiene su fundamento en la fe, predominando el reconocimiento de Dios como Dios, que implica un descentramiento del joven de sí mismo, y así encontrar su centro y su plenitud. El Dios de la Biblia es un Dios que ha tomado partido por los pobres, y no es indiferente a la injusticia; ha puesto su gloria en que el ser humano viva, en que el pobre viva. De ahí que la fe en él comporte la práctica de la justicia.

¹⁴ La *XII Escuela de Pastoral con Jóvenes* (www.escueladepastoral.org) tuvo lugar los días 16-17 de noviembre de 2013 en Salesianos Atocha de Madrid. Bajo el lema “Dios *nos* reúne con un mismo latido”, sus organizadores reconocen la dificultad de hacer visible la eclesialidad de la fe en las presencias pastorales y constatan el debilitamiento del aspecto comunitario en la pastoral con jóvenes. Afirman que la fe es un fenómeno esencialmente comunitario y que la comunión con los hermanos en la fe no se negocia, sino que resulta ser el subsuelo que hace posible la fe y la vida cristiana, las cuales no serían auténticas fuera de la comunión eclesial.

Esa relación con Dios solo se hará efectiva en el seguimiento de la vida de Jesús, revelación definitiva de Dios. Creer en Jesucristo es seguirle, adoptar su forma de vida, entregarse a los demás; en definitiva, practicar la “mística de ojos abiertos”¹⁵ o la “mística de la compasión”, algo muy alejado de las espiritualidades no religiosas.

4. La inteligencia espiritual y la educación de la interioridad

Así pues la dimensión espiritual no es una dimensión transitoria sino constitutiva del mismo ser de la persona. Los jóvenes formulan preguntas de sentido y felicidad, pero dicha búsqueda la viven con los mismos criterios de la posmodernidad, de una manera fragmentaria e individual. De ahí que para evitar una gestión según los propios gustos de dichas búsquedas, nuestra apuesta pastoral pase por una construcción de una seria conciencia cristiana y de un camino serio y profundo¹⁶ que implica suscitar el sentido de trascendencia en la persona joven.

Esta apuesta pastoral no debe ocultar que espiritualidad, interioridad y búsqueda de sentido son categorías seculares que son comprendidas en ese plano y que trabajarlas nos hace mejores personas y construyen mejor humanidad; en este sentido, son reino de Dios, pero ninguna de las tres lleva consigo la chispa del encuentro con el Resucitado. Los conceptos de espiritualidad e interioridad son parecidos y ninguno de los dos, de por sí, vinculan con la Trascendencia; no se llega a través de ellos a un estado de encuentro con esa Presencia que se le ha adelantado haciéndosele presente y al que el joven reconoce en la actitud teologal, que es la forma de referirse el sujeto creyente a Dios.

“La fe presupone una educación para la trascendencia, porque la fe es el lazo invisible entre el Tu infinito de Dios y el yo concreto, histórico y determinado de un ser humano de carne y hueso. Educar la dimensión religiosa de la persona significa preparar este encuentro, poner a disposición de la persona joven todos los mecanismos para que descubra en el fondo de su ser al Dios que habita en lo más íntimo de sus intimidades. El mundo, desde los ojos de la fe, es la expresión del misterio del Tú infinito. Buscar a Dios en medio del mundo, intuir a Dios en la vida diaria, en la vivencia plena del momento presente que se ofrece como don”¹⁷. Solo desde la libertad personal se puede desear el acceso a Dios, y sólo pertenece a Dios otorgar la entrada en él. Nadie da la fe a otro, aunque “yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros”¹⁸. Suscitar el sentido de trascendencia en los jóvenes supone educar, entre otras modalidades, en el diálogo, el silencio, el símbolo, el rito, la contemplación, la situación-límite, la belleza, la bondad y la unidad.

¹⁵ METZ, J.B., *Por una mística de ojos abiertos. Cuando irrumpe la espiritualidad*, Herder, Barcelona 2013.

¹⁶ ATTARD, F., *Ser pastores de jóvenes hoy*, en *Misión Joven* 390-391 (2009), 78-83.

¹⁷ TORRALBA, F., *Educar para la trascendencia*, en: http://www.lestonnac.org/web_congres/pdf/torralba_es.pdf, 12-13.

¹⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 166.

Para ello, necesitamos impulsar el cuidado de la inteligencia espiritual y el cultivo de la educación de la interioridad, teniendo en cuenta estas tres observaciones:

a) Dios es soberano en cada persona y toca respetar la conciencia de que Dios se comunica cuando y como quiere. Esta potencialidad de Dios se salta los condicionamientos de las personas (edad, madurez, contexto...) y nuestro foco es Dios, no las predisposiciones del joven hacia Dios. De ahí que la clave que debe vertebrar la pastoral con jóvenes hoy sea situar a Dios en el centro de la comunidad cristiana y de todas sus iniciativas evangelizadoras, percibiendo también la dimensión vertical y divina de la fe¹⁹.

b) Esta tarea exige perfiles de acompañantes que sean sensibles a las realidades del mundo interior, que sean reflejos de la experiencia de Dios e invitadores del Dios que experimenta, capaces de ayudar a crear una estructura de fe duradera que complete los contenidos de fe y, sobre todo, alcance la experiencia de Dios. Estos evangelizadores han de ayudar a crear una disposición personal y religiosa apropiada en estos tiempos de zozobra.

c) Frente a la tendencia por la moda o ir a lo último, urge recordar que “lo nuevo no es lo distinto sino, más bien, lo más profundo, y lo más profundo es el amor que invade la persona con pasión”²⁰.

Desde estas premisas, el cultivar la inteligencia espiritual y la educación de la interioridad son grandes aliados para la evangelización de los jóvenes, respetando en todo momento a la persona joven y sus búsquedas e inquietudes, y aguardando los tiempos de Dios, que no siempre coinciden con los nuestros.

4.1. La *inteligencia espiritual* es la capacidad de leer la realidad desde su dimensión más profunda y vivir en coherencia con ello. Lo que parece innegable es que el ser humano, independientemente de su credo religioso o adscripción confesional, sea religioso o no, “padece unas necesidades de orden espiritual que no puede satisfacer ni desarrollar si no es cultivando la inteligencia espiritual”²¹.

La inteligencia espiritual abre ante nosotros un horizonte ilimitado, permitiendo crecer en conciencia de lo que somos. En muchos lugares y de formas distintas, se está buscando el modo y las herramientas para que los más jóvenes puedan experimentar la dimensión profunda de la realidad, empezar a vivirse desde ella y comprobar que es “desde dentro” como se operan los cambios eficaces y donde se encuentra la felicidad que ansían.

¹⁹ Cf. AUGUSTIN, G. (ed.), *El desafío de la nueva evangelización. Impulsos para la revitalización de la fe*, Sal Terrae, Santander 2011.

²⁰ PÉREZ ÁLVAREZ, J.L., *Ven y sígueme*, RPJ 487, Especial XI Escuela de Pastoral con Jóvenes, ICCE, Madrid, 2013, 10-18

²¹ TORRALBA, F., *Inteligencia espiritual*, Plataforma, Barcelona 2010.

La inteligencia espiritual no es religión, sino que se refiere a interioridad y profundidad, y potencia capacidades como la serenidad, la observación desapegada de lo que ocurre, la ecuanimidad, la libertad interior, la compasión, etc.

4.2. La *interioridad*²² es la capacidad del ser humano para descubrir niveles de profundidad en la existencia. El ser humano dispone de la capacidad de adentrarse en lo real, de ahondar en la existencia y descubrir significados cada vez más profundos que afectan de forma decisiva a toda la vida.

La interioridad es el ámbito donde se produce este descubrimiento, que aporta unos fundamentos sólidos que sustentan la existencia. La interioridad es una puerta abierta a la trascendencia, porque desde ella podemos hacer una relectura de nuestra historia e intuir un sentido sagrado. La interioridad nos sitúa ante el Misterio. Ya lo expresaba san Pablo: “Ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20).

El obispo de Hipona, a partir de su experiencia personal, se refiere a Dios en estos términos: “Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”. Para Agustín de Hipona, el interior humano está habitado por Cristo, que es el Maestro interior. El conocimiento de Dios se alcanza a través de la experiencia de la propia interioridad: “Volveos a vuestro interior y, si sois fieles, allí encontraréis a Cristo. Él es quien os habla allí. Yo grito, pero él enseña con su silencio más que yo hablando. Yo hablo mediante el sonido de mi palabra; él habla interiormente infundiendo pensamientos de temor”²³.

El místico Thomas Merton lo expresa de forma sublime: “En el centro de nuestro ser hay un punto de nada que no está tocado por el pecado ni por la ilusión, un punto de pura verdad, un punto o chispa que pertenece enteramente a Dios, que nunca está a nuestra disposición, desde el cual Dios dispone de nuestras vidas y que es inaccesible a las fantasías de nuestra mente y a las brutalidades de nuestra voluntad. Este puntito de nada o de absoluta pobreza es la pura gloria de Dios en nosotros. Es, por así decirlo, su nombre escrito en nosotros, como nuestra pobreza, como nuestra indigencia, como nuestra dependencia, como nuestra filialidad. Es como un diamante puro, fulgurando con la invisible luz del cielo. Está en todos, y si pudiéramos verla, veríamos esos miles de millones de puntos de luz reuniéndose en el aspecto y fulgor de un sol que desvanecería por completo toda la tiniebla y la crueldad de la vida... No tengo programa para esa visión. Se da simplemente. Pero la puerta del cielo está en todas partes”²⁴.

Se trata de “invitar a cada uno a alcanzar su propia tierra interior. Permitir a cada uno descubrir su tierra prometida. Animar a cada uno a decir su palabra. Ayudar a cada uno a descender hacia su verdad más secreta”²⁵. Desde la perspectiva cristiana,

²² GALCERÁN, M. - ROIG, A. - OTÓN, J., *Interioridad*, en J. M. BAUTISTA (Coord.), *10 palabras clave sobre pastoral con jóvenes*, Verbo Divino, Estella, 2008, 23-45.

²³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Alianza Editorial 2011.

²⁴ MERTON, T., *Conjeturas de un espectador culpable*, Pomaire, Barcelona, 1967.

²⁵ RINGLET, G., *Congrès Euro La Salle 4-5-6 marzo 1994*, Action Educative Lasallienne 49 (1994), 39-40.

consiste en una interioridad habitada por la Trascendencia, una interioridad que tiene que ver con la justicia vivida desde Dios, que es amor misericordioso²⁶.

En nuestro mundo globalizado, el entretenimiento ha sustituido al reposo; la precipitación impide tomar decisiones serenas y meditadas. Los grandes retos actuales, el ritmo de vida frenético y la falta de espacio para la reflexión reclaman el diseño de una cultura de la interioridad. Es urgente reconstruir una interioridad madura, abierta a los otros y al Otro, que se convierta en una oportunidad evangelizadora de primer orden²⁷.

5. Jóvenes y búsqueda de sentido

Todo ser humano, por definición, necesita dar sentido a su existencia porque la voluntad de sentido, tal como la describe Viktor Frankl, está latente en toda persona. La necesidad de sentido brota del centro más oculto de la persona, de la última estancia de su castillo interior. La necesidad espiritual no es propia ni exclusiva de las personas que viven una experiencia religiosa, sino de todo ser humano.

Esta necesidad de orden espiritual incluye la necesidad de vivir con sentido, pero integra también otras necesidades, como la necesidad de paz interior, de silencio, de meditación, de comunicarse con símbolos, de participar en ritos, de esperar una última reconciliación. En palabras del fundador de la logoterapia, “existe un sentido vital en todo ser humano a pesar de cualquier sufrimiento o bajo cualquier tipo de circunstancia, aun partiendo de una existencia desnuda”²⁸.

Sabemos que el momento privilegiado para ir dando respuesta a los interrogantes sobre el sentido va paralelo con los interrogantes sobre la identidad personal. Eso se da principalmente durante la adolescencia y la juventud. Educar la búsqueda de sentido es una apuesta y un compromiso de toda institución educativa y pastoral²⁹.

²⁶ AA.VV., *¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad?*, Cuadernos EIDES 69, Cristianisme i Justícia, Barcelona 2013.

²⁷ Así lo vamos trabajando desde hace cinco años en EGIBIDE, introduciendo la Educación de la Interioridad (EI) como un saber transversal que atraviesa el proceso de enseñanza-aprendizaje y como base para una educación desde las competencias, contemplando esta apuesta educativa como el trabajo procesual del “aprender a ser”. Entendemos que es imposible construir un proyecto vital sólido si éste no hunde sus raíces en el interior de la persona, que hoy resulta ser epidérmica y fragmentada. Por eso, desde que entran en la Escuela en la ESO hasta que culminan la Formación Profesional, ofrecemos talleres de interioridad, sesiones de tutoría de interioridad y específicamente en las áreas de Educación Física, Plástica y Musical. La complicidad y formación de los educadores resulta capital para la buena marcha de este proyecto que se ocupa de la pedagogía del umbral y que facilita la labor que de forma independiente se realiza en la pastoral y la Enseñanza Religiosa Escolar del centro. Una clave innegociable para implantar y desarrollar adecuadamente la EI en una plataforma evangelizadora consiste en configurar un equipo rector cuyos miembros sean personas muy centradas, con una formación teológica consistente y una experiencia espiritual cristiana profunda y actualizada. La EI debe sumar al proyecto pastoral del centro educativo y, para ello, hay que garantizar una buena comunicación y una coherencia permanente entre la pedagogía del umbral donde situamos la EI, el diálogo fe-cultura-vida donde ubicamos la Enseñanza Religiosa Escolar y el anuncio explícito del Evangelio de Jesucristo, que es más propiamente la pastoral. La diócesis de Vitoria ha editado el Proyecto Diocesano de Educación de la Interioridad DEBIR, coordinado por Elena Andrés: <http://www.gazteok.org/recursos/general/recurso223.pdf>

²⁸ FRANKL, V.E., *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1991, 25.

²⁹ Cf. RAFOLS, O. Y EQUIPO, *Educar en la búsqueda de sentido. Una propuesta en forma de itinerario*, CCS, Madrid,

Es importante despertar en los jóvenes una inquietud por el sentido, haciendo que surjan las preguntas. Es necesario provocar la experiencia que, a su vez, suscite la pregunta y aboque al sentido. Suscitar experiencias de trascendencia implica “mirar hacia dentro” para “vivir desde dentro”, “estableciendo las bases de sustentación que deseamos dar a nuestro yo y el horizonte hacia el que queremos que se despliegue”³⁰.

Muchos jóvenes, desde una perspectiva amplia –buscar sentido a la vida, ansiar experiencias de trascendencia, hacerse preguntas últimas–, siguen siendo “religiosos”. Es precisamente en la etapa de la juventud cuando la persona aprende a dar un primer sentido a la vida y desde ahí fija las claves de su proyecto; pero llega un momento en que la persona –en la búsqueda de su identidad– siente que es “más” y que su sentido tiene que ser otro. Hasta ese momento en que no aparece esta cuestión, no se puede buscar. Entonces la búsqueda de identidad personal y la de sentido de la vida empiezan a unirse³¹.

Consideramos que el mejor camino para educar a la fe es interrogarse sobre las cuestiones fundamentales de la vida, pues no se puede educar al cristiano/a si no se educa a la persona³². Se trata de captar las preguntas existenciales y acompañar esas experiencias, para dar cauce a esa otra forma de expresar la religiosidad y evangelizarla.

Esta experiencia educativa se pone en práctica en algunos lugares³³. Cuando así se hace, nos encontramos que los jóvenes plantean tres interrogantes existenciales: quién soy, qué futuro me espera y qué hay después de la muerte. Asimismo centran sus reflexiones en torno a la felicidad, el futuro y el sentido de la muerte.

a) Los jóvenes se sienten felices viviendo cada día. Las historias que dan sentido a su vida –las películas, la televisión y la música que escuchan– consagran valores esenciales, entre los que destacan, en primer lugar, la *felicidad*, seguido de la libertad y la sinceridad³⁴. Los jóvenes construyen su identidad consumiendo y creando redes normalmente inestables con los amigos y la familia. Los jóvenes se sienten casi

2009.

³⁰ GARCÍA, J.A., *Cómo vivir el éxito y el fracaso. Claves evangélicas*, Sal Terrae, 1059, 2002, 673-686.

³¹ Cf. GARRIDO, J., *Reflexión y diálogos para personas que buscan*, Ediciones Franciscanas Arantzazu, 2011.

³² Cf. MORAL, J.L., *Jóvenes, Religión e Iglesia. Repensar la pastoral juvenil*, Khaf, Madrid 2011.

³³ Cf. SUSAETA, Y., *Ayudar a los jóvenes en la búsqueda del sentido en sus vidas*, Trabajo final del Curso de Formación Sistemática en Logoterapia de la Asociación Española de Logoterapia, Madrid 2013. Este trabajo recoge la experiencia de esta educadora con jóvenes de 2º Bachillerato de Religión Católica en EGIBIDE, un centro educativo promovido desde hace 70 años por la diócesis de Vitoria y de la Compañía de Jesús en Vitoria-Gasteiz, recientemente fusionado y en el que se educan más de 7.000 alumnos-as, la mayoría de ellos en Formación Profesional. Entre otros objetivos de la asignatura de Religión, reflexionan sobre el sentido de la vida y la felicidad para ir profundizando en la importancia de la libertad, la responsabilidad y la Trascendencia e ir caminando hacia ellas. Asimismo identifican el programa de vida del mensaje de Jesús de Nazaret como propuesta de felicidad para que, desde la libertad, puedan considerarla como una opción de dar sentido a su vida. Y reflexionan sobre la vocación de uno/a mismo/a, teniendo en cuenta lo trabajado durante el curso para elaborar un Proyecto Personal de Vida que sea concreto, realista y evaluable. Estos talleres se desarrollan en tres sesiones y una convivencia final por cada aula de Bachillerato.

³⁴ Cf. RADCLIFFE, T., *Ser cristianos en el siglo XXI. Una espiritualidad para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander 2011, 107-125.

siempre felices sin necesidad de recurrir a lo trascendente. La mayoría de ellos no experimentan el vacío de Dios, el anhelo profundo de encontrarlo.

La felicidad puede consistir, parafraseando al psiquiatra Enrique Rojas, en tener en la vida siempre algo que hacer (proyectos), algo que desear (ilusiones) o a alguien a quien amar (amores), así como alguna cosa por anhelar o a alguien a quien esperar (esperanzas)³⁵.

La cuestión del sentido está presente en todos los seres humanos como búsqueda de la felicidad y como eliminación del sufrimiento. Y en ese arte del bien vivir o de descubrir el bien en la vida es donde algunos autores ponen el vínculo entre felicidad y sentido de la vida. Así existe una similitud entre sentido y búsqueda de felicidad, pues toda vida feliz debe tener un sentido y, viceversa, toda vida con sentido suele ser siempre una vida feliz, a través de nuestro deber en la vida, desde el respeto a nosotros mismos y a la alteridad³⁶.

b) Una de las incertidumbres más sugeridas por los jóvenes es su relación con el *futuro*. La ausencia de un proyecto existencial evidencia claramente la carencia de aspiraciones y, con frecuencia, de esperanza en relación con el futuro tanto personal como social. En la mayoría de los casos apuntan a formar una familia y acceder a un trabajo conveniente que les realice y les conceda bienestar personal y social. La mayoría de los jóvenes están convencidos de que la sociedad en el futuro será peor que la actual, sobre todo en lo que afecta a la solidaridad, la libertad, la justicia y el bienestar. Pero eso no significa que los jóvenes no tengan sueños sobre el futuro de la sociedad, sino sólo que ellos piensan que sus sueños no podrán realizarse. No tienen ninguna confianza en las acciones de cambio social que pueden producirse por su eventual compromiso social y político³⁷.

c) La cuestión más sorprendente y con gran recorrido educativo y evangelizador es la vivencia de la *muerte* en los jóvenes, siendo uno de esos lugares desde el que se puede retejer la búsqueda del sentido de la vida. Dicha búsqueda conduce a los jóvenes a confrontarse con el límite de la muerte y de su más allá, es decir, que la vida no puede encontrar su verdadero sentido más que dentro de un horizonte que la trascienda³⁸.

Es evidente que no es posible descubrir el sentido de la vida sin preguntarnos por el sentido de la muerte. Vivimos para morir y morimos porque hemos vivido, o, lo que es lo mismo, para que la muerte sea es previo que exista la vida, y para que exista la vida es condición necesaria pero no suficiente que exista la muerte, dado que es

³⁵ Cf. ROJAS, E., *La ilusión de vivir: instrucciones para navegar hacia la felicidad*, Temas de Hoy, Madrid 2010.

³⁶ Cf. TORRALBA, F., *Ética del cuidar. Fundamentos, contextos y problemas*, Fundación Mapfre Medicina-Institut Borja de Bioètica, Madrid 2002, 3-27; *Vida espiritual en la sociedad digital. ¿Es posible desarrollar las vivencias en la era de la globalización?*, Editorial Milenio, Lleida 2012.

³⁷ Cf. POLLO, M., *Los jóvenes y lo sagrado. La experiencia religiosa de los jóvenes en el umbral del siglo XXI*, CCS, Madrid 2011.

³⁸ Cf. GARCÍA FÉREZ, J., *Sentido*, en ALARCOS, F. J., *10 palabras clave en la construcción personal*, Verbo Divino 2009, 79-141.

plausible defender la creencia en una vida inmortal. Sólo sabrá morir dignamente quien haya descubierto el sentido de la vida, esto es, quien haya dado a la vida su verdadero valor. Y viceversa, no sabrá vivir dignamente quien no haya dado a la muerte el valor que merece como maestra de la vida y como el fin de nuestra contingencia existencial³⁹.

6. El camino de Dios en los jóvenes

“La existencia es auténtica sólo en la medida en que apunta a algo que no es ella misma”, escribe Viktor Frankl; es decir, el ser humano se realiza plenamente a sí mismo cuando se olvida de sí, al entregarse a una causa o a otros hombres. Y añade: “Forma parte de la esencia del hombre su ser orientado hacia alguna cosa, sea hacia alguien, sea hacia una obra”.

Somos pastores de jóvenes. Los lectores de esta revista hemos hecho una opción educativa con unos puntos precisos de referencia. Ante todo, poner en el centro la persona que busca sentido. Y esto lo vivimos inspirándonos en un marco antropológico que ve la persona como criatura de un Dios que ama, y que sigue amándola en Cristo. Y no caminamos solos, sino que peregrinamos siguiendo a unos maestros que lo han recorrido antes que nosotros: Don Bosco –apóstol de los jóvenes–, Ignacio de Loyola –“en todo amar y servir”–, Edith Stein –co-patrona de Europa–, etc.

Así el trabajo de reconstrucción de la identidad y del sentido de la vida debe hacerse *con* los jóvenes. Ahora la bien, “la meta está más allá y será necesario preparar el ‘salto’ desde esa base antropológica hasta la experiencia cristiana de la salvación, a través del encuentro con Jesucristo y la adhesión a la comunidad eclesial”⁴⁰. Y ello exige un serio esfuerzo educativo que lleva a descentrarnos para que ellos y ellas ocupen el centro de nuestras pre-ocupaciones. Así, desde y con las nuevas generaciones, hay que volver a las grandes preguntas de la vida humana y a la simbólica juvenil para hacer verdad hoy la Palabra que siempre ha querido ofrecérsenos como sentido y, sobre todo, como salvación.

Benedicto XVI afirma que “no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aun no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico ‘preámbulo’ de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios” (PF10).

Ese camino hacia Dios al que todos somos invitados pasa por la *experiencia personal*. Dios sólo empieza a ser Dios para las personas jóvenes cuando se encuentran afectiva y efectivamente con Él en su vida. “Sólo el encuentro personal con el Dios

³⁹ Ésta es una de las conclusiones a la que los jóvenes llegan al leer la novela biográfica *Martes con mi viejo profesor*, que cuenta la verdadera historia de Morrie Schwartz, sociólogo, y su relación con su alumno, Mitch Albom, quien aprende de su profesor, que se está muriendo de ELA, sobre el sentido de la vida.

⁴⁰ MORAL, J.L., *o.c.*, 250.

de Jesús puede conmover el corazón de los jóvenes y acercarlos a la fe. La fe no resta, sino que multiplica la vida. El encuentro personal con Jesucristo que conduce a una comunidad de discípulos”⁴¹. Esto mismo se refleja en el mensaje final del último Sínodo de Obispos: “Descubrimos en nuestros jóvenes aspiraciones profundas de autenticidad, de verdad, de libertad, de generosidad, de las cuales estamos convencidos que sólo Cristo puede ser respuesta capaz de saciarlos...”⁴²

El punto de partida de toda experiencia de Dios es *su previa presencia* en la vida de las personas jóvenes. Empleando palabras del Dios de Pascal, “no me buscarías si no me hubieses encontrado”. El camino hacia Dios pasa por el conocimiento de uno mismo. Todo en la persona remite a un más allá de sí mismo con el que no coincide, pero al que no puede dejar de aspirar.

La experiencia de Dios requiere unos presupuestos existenciales, unas formas de vida que les permitan llegar a esa intimidad en la que Dios calladamente habita. El Misterio no deja a nadie sin noticias de sí. En cada joven está acogiendo y convirtiéndolas en experiencias personales.

De esta comprensión de la experiencia de Dios se siguen los pasos de una pastoral “mistagógica”, de iniciación en la experiencia del Misterio. Dios “se ofrece y nos busca permanentemente y de mil maneras a todos y cada uno de nosotros, a través de personas, experiencias y acontecimientos que alientan nuestra existencia, nos interpelan y nos atraen hacia él”⁴³.

El cardenal Rylko insistió en el Congreso Nacional de Pastoral Juvenil de Valencia que “las jóvenes generaciones tienen derecho a recibir el anuncio de Dios de manera explícita y directa... Aunque no siempre sean capaces de articularla, los jóvenes tienen sed de Dios... Los jóvenes tienen cierta disponibilidad, a pesar de todas las dificultades de hoy y, por eso, debemos hacer todo lo posible por mantener viva la llama de esa búsqueda”⁴⁴.

En una época como la actual, en la que lo sagrado corre cierto peligro de desaparecer, una de las maneras de avivar dicha llama consiste en conceder más espacio a lo sagrado en la vida de los educadores y en los procesos educativos que acompañan. Para ello, hemos de recuperar y educar la interioridad como camino que conduce al reconocimiento del amor de Dios en nuestras vidas. Hemos de localizar en el interior de las nuevas generaciones cuál es el lugar en el que se sitúa la experiencia del Dios cristiano. Los y las jóvenes ya viven en su interior presencias que les trascienden con sus correspondientes reflejos afectivos. Acompañarles en el camino hacia el interior para ayudarles a que sean más conscientes de las

⁴¹ Cf. ROJANO, J., *Los jóvenes y sus dificultades para creer*, Misión Joven 432-433 (enero-febrero 2013), 25-32.49; *¿Son religiosos o no los jóvenes de hoy?*, Revista Crítica 962 (julio-agosto 2009), 42-47.

⁴² XIII SINODO OBISPOS, *Mensaje final*, n. 9.

⁴³ CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE NAVARRA Y EL PAÍS VASCO, *Al servicio de una fe más viva*, San Sebastián 1997, n.36.

⁴⁴ RYLKO, S., *La pastoral de los jóvenes ante la emergencia educativa hodierna: el magisterio de Benedicto XVI*, Congreso Nacional de Pastoral Juvenil, Valencia 2012.

trascendencias que ya viven y, sobre todo, de las posibilidades que se abren cuando se permite la entrada del amor absolutamente trascendente del Dios Padre de Jesús. Esta tarea exige acompañantes que cultiven la interioridad en sus vidas y que hagan emerger al Cristo interior.

No resulta fácil animar hoy en día a las personas jóvenes a la reflexión, al análisis de nuestro mundo, a la comunicación profunda de vivencias, al silencio o a la contemplación, porque todo a su alrededor estimula en sentido contrario. Pero si los y las jóvenes no acuden a la cita de la interioridad, en la que el Espíritu de Dios les está esperando, será difícil acompañar cierta apertura a la trascendencia y llevar a cabo la propuesta cristiana, que es oferta de profundidad, amor y plenitud que se dirige a alguien que decide ser sujeto y protagonista de su existencia y no mero esclavo de estímulos externos. La propuesta explícita de la fe necesita de la interioridad. Si nuestras iniciativas pastorales no logran que las nuevas generaciones entren en la profundidad de sus vidas y lleguen a perforar la realidad, posiblemente sean estériles.

7. Ayudar a los jóvenes alentando una pastoral de la fe

El Papa emérito afirma que “llegar a ser cristiano es un proceso pasivo”⁴⁵, y reconoce que sólo otro nos puede hacer cristianos, la Iglesia, de quien recibimos la fe. Cristiano se llega a ser. Y para ello se requiere identificar cuatro dimensiones que deben atender todo proceso de crecimiento y maduración en el camino de la fe de los jóvenes⁴⁶, que necesita de la voluntad y la decisión de la persona.

En primer lugar, *ayudar* al joven a descubrir al Dios de Jesucristo, lo que implicará ofrecerle claves de comprensión y un marco en el que incorporar sus propias vivencias de fe, además de trabajar con él o ella la posibilidad de un encuentro personal con Dios.

En segundo lugar, *ayudar* a vivir una pertenencia pacífica de lo eclesial, y para ello es necesario ayudarles a encontrar el equilibrio entre fidelidad y crítica, diferencia y unidad, carismas y cuerpo común. Y, en particular, ampliar la vivencia de lo eclesial, dando claves para entenderlo también como experiencia de comunidad, servicio, celebración y testimonio.

En tercer lugar, *ayudar* al joven a tener una mirada lúcida y crítica de la sociedad, abrirse, implicarse y comprometerse con otros, cercanos y lejanos.

En cuarto lugar, *ayudar* al joven a aprender de su propia historia, vivir desde la gratuidad, entenderse en una clave creyente, como Hijo/a, Amado/a y Enviado/a, y necesitar de los otros para que le acompañen y ayuden a ir contrastando su caminar.

⁴⁵ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 10 diciembre 2008.

⁴⁶ Cf. TORAÑO, A., *Acercar el Evangelio a los jóvenes hoy, al modo ignaciano*, Revista Manresa, vol. 85 (2013), Centro Loyola, Madrid 2013, 351-362. Resulta muy interesante la lectura de SÁNCHEZ-MARCO, F., *La relación personal con Jesucristo*, en Cuadernos de Teología Deusto, nº 7, Deusto, Bilbao 1996.

En conclusión, los jóvenes no están alejados del mundo espiritual. Todo ser humano tiene un sentido y unas necesidades íntimas de orden espiritual tales como la felicidad, el bienestar integral y el goce de la belleza y de la cultura. En contextos como el actual el desarrollo de la inteligencia espiritual, la educación de la interioridad y la búsqueda de sentido abren horizontes nuevos e insospechados, sin perder de vista que “el paso de la espiritualidad a la fe como relación interpersonal con Dios no acaece como un proceso de continuidad, como un eslabón más en el movimiento de vida espiritual, sino a través de un acto nuevo de libertad, donde se produce la acogida de una llamada y la respuesta libre a la misma”⁴⁷.

La socialización religiosa requiere un proceso cíclico que implica varios momentos a través de los cuales se va profundizando progresivamente en la experiencia religiosa y haciéndola más propia. En primer lugar, se parte de la zona de desarrollo real de la persona y de su universo cultural y se utiliza su lenguaje mediático, comunicativo y cultural, empleando la pedagogía de la pregunta y capacitando al joven para interrogarse y dar sentido a la vida. En segundo lugar, se realiza la personalización e interioridad, educando emocionalmente en la autoestima, la autonomía personal y moral, y en la interioridad, el silencio y el autoconocimiento hasta llegar al umbral de la fe. Y en tercer lugar, se necesita de la oración y la celebración de la fe, la incorporación a la comunidad cristiana, el compromiso vital por el Reino de Dios, la educación ética para la justicia, la paz y el voluntariado, y el acompañamiento personalizado y profundización de la fe. Así alentaremos una pastoral de la fe⁴⁸, labor prioritaria hoy en la pastoral con jóvenes de nuestro entorno.

⁴⁷ TORRALBA, F., *o.c.*, 2013, 228.

⁴⁸ Cf. CHORDI, A., *Volver a creer con los jóvenes explorando nuevos horizontes*, en Cuadernos Frontera-Hegian, Instituto Teológico de Vida Religiosa de Euskal Herrria, Vitoria-Gasteiz 2011, 79-93. En estos últimos años estamos impulsando una pastoral de la fe en EGIBIDE, en la que cultivamos la interioridad que desea abrir a la Trascendencia, favorecemos el diálogo entre la fe, la cultura y la vida y ofrecemos el anuncio explícito del Evangelio de Jesucristo. Una breve reseña se puede encontrar en la revista de pastoral con jóvenes “Gazteen Berriak” de la diócesis de Vitoria:

<http://www.gazteok.org/recursos/revistas/84/gazteen71Febrero2013.pdf>, pág. 18.

La esperanza y el desánimo en la vida consagrada

German Sánchez Griese (Catholic.net)

Entre el cielo y la tierra, o la vida consagrada

La persona consagrada es la que quiere hacer presente a Dios en esta tierra. Es aquella persona que, enamorada de Jesús, busca enamorarse cada día más de Él y compartir este amor con todas las personas. Toda la teología de la vida consagrada se resume en estos deseos. Para llevar a cabo estos deseos cuenta con muchísimos medios como son la profesión religiosa, los votos, una vida espiritual, un cierto tipo de vida guiado por un horario, una forma de vivir la vida consagrada que le viene especificada por el propio carisma, un trabajo característico que conforma la misión.

Podemos afirmar por tanto que su vida se mueve entre el cielo y la tierra. Las personas consagradas, como aspirantes a la santidad ponen toda su vida y sus acciones en los bienes eternos. Benedicto XVI, en su encíclica *Spe salvi*, explica exhaustivamente el fundamento y el mecanismo de la *esperanza cristiana*. Conviene hacer una revisión de este concepto, en muchos casos tergiversado, con el fin de vivir de acuerdo a lo que hemos profesado y ayudar a otros a vivirla, especialmente quienes tienen la responsabilidad de formar a otras religiosas o la de animar con su autoridad una comunidad.

Dice Benedicto XVI que la esperanza tiene su fundamento en la concepción de la vida. “La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor”⁴⁹. La vida por tanto obedece a un designio divino y nosotros como personas hemos sido *puestos* en este mundo no como un capricho o bajo la casualidad, sino como fruto de un designio divino y con una misión muy específica que cumplir. Esta misión, que en muchos casos se identifica con una vocación en la vida⁵⁰, que nace del Padre a través de un especial designio creador, se concreta para la persona consagrada en un estilo de vida muy peculiar que mira la vida y la actúa con características muy peculiares. Pero

⁴⁹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 30.11.2007, n. 7.

⁵⁰ “Reconocer al Padre significa que nosotros existimos a su manera, habiéndonos creado a su imagen (Sab 2,23). En esto, pues, se contiene la fundamental vocación del hombre: la vocación a la vida y a una vida concebida al instante a semejanza de la divina.” Obra Pontificia para las vocaciones eclesísticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 6.1.1998, n. 16a.

comencemos a explicar en primer lugar el sentido de la vida. Si la vida no es un juego de azar, ni fruto de una casualidad, si estamos aquí con el fin de cumplir con un designio divino, necesitamos encontrar las claves de lectura que nos desvele este misterio. Sería algo chocante a la razón el decir que existe un designio preparado por nosotros, pero que no podemos conocerlo, o que lo conocemos sólo a medias. El designio divino perdería su seriedad, o lo dejaría a la interpretación personal o al vaivén de las circunstancias y de la cultura.

Jesucristo ha revelado el misterio de la vida porque Él mismo la ha vivido, ha traspasado el umbral de la muerte y nos ha revelado el verdadero significado de la vida. “Pero yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia.” (Jn., 10, 10). El significado de la vida lo revela Cristo y además, nos acompaña en el camino de la vida terrena y también en el camino de la vida sobrenatural. “El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su “vara y su cayado me sosiega”, de modo que “nada temo” (cf. Sal 23 [22],4), era la nueva “esperanza” que brotaba en la vida de los creyentes”⁵¹.

Nace por tanto en los cristianos la certeza de que la vida tiene una finalidad precisa. No estamos aquí por casualidad y la vida terrena no se destruye, sino que se transforma, como recuerda uno de los prefacios de la misa de difuntos. La vida por tanto cobra un significado muy especial porque tiene un fin muy específico que es el de llegar a la Patria eterna. Se espera por tanto en una realidad concreta, gracias a la promesa que nos ha hecho Cristo y gracias también al testimonio de su vida y de su muerte que nos muestran claramente aquello que debe ser el porqué de nuestra existencia. Este porqué es llamado *la sustancia* de la vida, ya que en dicha sustancia el cristiano pone todo lo necesario para vivir. Así como la comida es la sustancia necesaria para mantenerse en esta vida, así la esperanza viene a ser la sustancia que da sostén a toda la vida. Los cristianos *esperamos* en la vida eterna por la fe⁵², y gracias a esa esperanza no sólo nos mantenemos vivos, sino que damos fundamento a todas nuestras obras. La esperanza se convierte entonces en el fin de nuestra existencia y en la razón de nuestras actividades. Si por la fe creemos en lo que esperamos. La fe actualiza precisamente o que esperamos. Y más aún, por la fe

⁵¹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 30.11.2007, n. 6.

⁵² “Tomás de Aquino, usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: la fe es un *habitus*, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. Así pues, el concepto de “sustancia” queda modificado en el sentido de que por la fe, de manera incipiente, podríamos decir “en germen” –por tanto según la “sustancia”– ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta “realidad” que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no “aparece”), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma.” Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 30.11.2007, n. 7.

sabemos que con nuestras obras no son insignificantes, sino que tiene una relación directa con la esperanza. Por la fe yo puedo estar seguro que las obras realizadas servirán como medios para alcanzar la promesa de la vida eterna.

La vida del cristiano cobra por tanto un nuevo matiz. Por la fe puede estar seguro que puede siempre y en todo lugar trabajar por la gloria de Dios, asegurándose la promesa que Él me ha hecho de alcanzar la vida eterna. No importan por tanto los trabajos, los dolores, la materialidad del trabajo. Lo que importa será tener siempre fija la vista en Aquél en quien se espera y en hacerlo todo con el fin de alcanzar la vida eterna. “En resumen, sea que ustedes coman, sea que beban, o cualquier cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios” (1Cor. 10, 31).

Este tipo de vida lo podemos definir como una vida que *cuelga* entre el cielo y la tierra. A diferencia de la sociedad romana que veía en el trabajo manual una maldición o una actividad propia de los esclavos, la visión del cristianismo aporta al trabajo la forma de hacer realidad en esta tierra la promesa de la vida eterna. La esperanza de la vida eterna a la cual están llamados todos los cristianos no se actualiza únicamente a partir del momento de la muerte. Esta realidad de la vida eterna se comienza a vivir desde ahora, en la medida en que se tenga puesta la mirada en el vasto horizonte de la eternidad.

Pero cuando falta esta visión de la esperanza, se comienza a sentir una fractura entre lo que se es y lo que se espera, entre lo que se profesa y lo que se vive, entre lo que se prometió vivir y lo que ahora se vive.

Las fracturas de la esperanza o fenomenología de la vida consagrada en Europa

Conviene recordar que la persona consagrada, no está exenta de caer en la desesperación, en la angustia, en el pecado de la desesperanza. La profesión religiosa no es un “amuleto” contra la desesperanza, ya que su espíritu sigue viviendo en este mundo y muchas veces es solicitado por diversas pruebas, ya sea para purificar su esperanza, ya sea para caminar más deprisa tras las huellas del Señor.

La religiosa, mediante la profesión perpetua ha prometido seguir al Señor en pobreza, castidad y obediencia, esto es, ha prometido poner todos sus bienes no en esta tierra, sino en los bienes eternos. Por la pobreza renuncia a poner su esperanza en las cosas materiales, asegurando todo su porvenir en la Providencia. Por la castidad pone su corazón en las manos del Señor, a quien tiene y considera como su único amor. Y por la obediencia pone su voluntad en la voluntad de Cristo, para hacer lo que Él quiere, no tanto para renunciar a su libre albedrío, sino para poner ese libre albedrío en función de la voluntad de Dios. Los tres votos, si son vividos con radicalidad, configuran una personalidad bien definida. Si la persona consagrada es aquella que pone su esperanza en Cristo, entonces se mueve, o debería moverse no en las coordenadas del hombre carnal, del Adán, del hombre viejo, sino en las

coordenadas del hombre espiritual, es decir de Cristo⁵³, del hombre nuevo. Cristo se convierte por tanto en su única posesión, en su única esperanza y así puede hacer propia la admonición paulina, “ya no soy que vive en mí, es Cristo que vive en mí”. Todo su ser psíquico y espiritual, es decir, todo lo que conforma su pensar, su querer y su sentir (hombre psíquico), y todo lo que conforma la vida de su alma (hombre espiritual), viene de alguna manera “jalonado” por la esperanza.

Si como dice Juan Pablo II, “el hombre no puede vivir sin esperanza, su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insoportable”⁵⁴, la mujer consagrada vive también esta sana tensión para vivir bajo el signo de la esperanza, es decir, pensar, actuar y sentir de acuerdo a Jesucristo, la única esperanza. Esta forma de vida de acuerdo a la esperanza, no es un dato subjetivo, ni dejado a la interpretación personal de cada religiosa. Vivir de acuerdo a la esperanza es vivir de acuerdo con las enseñanzas de Jesucristo, dato objetivo de la fe. Se establece por tanto una sana tensión entre el dato subjetivo, que es la persona, y el dato objetivo que es la vida y las enseñanzas de Jesucristo. Vivir y actuar de acuerdo con Jesucristo se convierte por tanto en un modelo de vida muy claro y objetivo. Un modelo de vida guiado por la objetividad de Jesucristo.

Las religiosas tienen una posibilidad enorme de vivir de acuerdo a la objetividad de Jesucristo, y por tanto a vivir de acuerdo a la esperanza, cuando viven de acuerdo a su propio carisma. Si “el *carisma* mismo *de los Fundadores* se revela como una *experiencia del Espíritu* (*Evang. test.* 11), transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne”, la mujer consagrada vive la esperanza en la medida en que vive dentro del carisma, en la medida que hace del carisma su ambiente vital. Este ambiente le permite no poner su esperanza en las cosas que no son Cristo, ya que la *experiencia del Espíritu* que ha hecho el fundador se materializa en cosas muy concretas, como un estilo de vida, una misión, unas relaciones específicas en la vida fraterna en comunidad. Este es el dato objetivo que le permite vivir la experiencia de Jesucristo, al estilo del Fundador. Podemos decir por tanto, que la religiosa que pone su vida en el carisma o que hace del carisma su vida, aprenderá a vivir la esperanza y con esperanza, al estilo con la que la vivió el Fundador.

Los problemas comienzan cuando la mujer consagrada debido a las pruebas por las que va pasando en la vida, pruebas normales que la deberían purificar para vivir más de acuerdo la vida del Espíritu, comienza a flaquear, a hacerse débil y así en una forma imperceptible se va alejando de la esperanza que es Jesucristo para vivir *las esperanzas del mundo*. Y si es verdad aquello el adagio que dice que somos lo que esperamos, paulatinamente esta mujer consagrada, en lugar de convertirse cada vez más en Cristo, se convierte en aquello en lo que ha puesto su esperanza.

Este proceso no se da de un momento a otro en la vida consagrada. Se va fraguando a

⁵³ Cf. Giovanni Moioli, *L'esperienza spirituale*, Edizioni Glossa, Milano 1994, p. 25.

⁵⁴ Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, 28.4.2003, n. 10.

lo largo de la historia de la mujer consagrada. Se comienza con una duda, con una inseguridad, con una falta de identidad que va abriendo una grieta en la personalidad de la mujer consagrada. No es que no se pueda tener una duda o un momento de debilidad, el problema es cuando se admite esa duda y esa falta de seguridad y se hace parte de la vida ordinaria. La vida consagrada ya no es esa roca monolítica afianzada en Cristo, como la piedra en dónde se debe edificar una casa, como nos recuerda el evangelio. La vida se convierte en arena movediza en dónde todo tiende a derrumbarse. Se construye la vida en la duda, en la incertidumbre o en la nostalgia de un pasado perdido y que nunca volverá⁵⁵. El inicio de esta fractura de la esperanza se da porque en el hombre, según san Pablo, existe siempre una tensión por vivir de cara al *hombre nuevo*, es decir Cristo, o de cara al *hombre viejo*, es decir Adán. El hombre es un ser espiritual llamado a vivir de acuerdo al espíritu de Cristo, pero que se encuentra siempre en tensión por seguir este espíritu, ya que viene también atraído del espíritu del mundo, de forma que puede llegar a decir como san Pablo *sigo el mal que no quiero y no hago el bien que quiero*. Esta tensión se vive también en la esperanza, ya que el *hombre nuevo* busca poner su esperanza sólo en Cristo, pero el *hombre viejo* busca poner la esperanza en los sucedáneos de esta esperanza⁵⁶. Se da por tanto una fenomenología diversa en dónde el hombre cree que ha puesto su esperanza en una roca firme, cuando en realidad no ha hecho otra cosa que poner su esperanza en arenas movedizas⁵⁷. Recorramos por tanto la fenomenología de la vida consagrada que actualmente se da en Europa y descubriremos, desgraciadamente, estas fracturas de la esperanza.

Falta de la esperanza cristiana

La situación actual por la que atraviesa la vida consagrada en Occidente y especialmente en Europa no es del nada halagüeña. Más que enunciar las situaciones por las que está pasando y que la golpean brutalmente, debemos hacernos cargo de lo que esas situaciones significan o han significado para las religiosas a las que les ha tocado vivir los mejores años de su vida en la época del Concilio.

Haciendo cuentas, podemos constatar que las religiosas europeas que hoy habitan en las casas que la congregación destina para las ancianas, tienen un promedio de edad de 75 años. Esto significa que en 1970, cuando se comenzaban a poner en práctica real y verdadera las directivas del Concilio, interpretadas por cada congregación o instituto religioso, estas religiosas tendrían una edad aproximada de 35 años, es decir se encontraban como jóvenes adultos en una de las mejores etapas de su vida.

⁵⁵ Sagrada Congregación para los religiosos e Institutos seculares, *Mutuae relationes*, 14.5.1978, n.13.

⁵⁶ Juan Pablo II ponía en guardia a las personas consagradas de la tentación de mirar siempre al pasado frente a los problemas que deben enfrentar en el mundo de hoy. Una tentación que se hace cada vez más fuerte cuando se pierden las coordenadas de la propia identidad: “¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas. Haced de vuestra vida una ferviente espera de Cristo, yendo a su encuentro como las vírgenes prudentes van al encuentro del Esposo. Estad siempre preparados, sed siempre fieles a Cristo, a la Iglesia, a vuestro Instituto y al hombre de nuestro tiempo.” Juan Pablo II, Exhortación apostólica postinodal *Vita consecrata*, 25.3.1996, n. 110.

⁵⁷ Giovanni Moiola, *L'esperienza spirituale*, Edizioni Glossa, Milano 1994, p. 25.

Dejando a un lado la inexperiencia de la juventud, habiendo ya hecho una experiencia de vida consagrada y de vida apostólica, se disponían a iniciar con gran fecundidad una de las mejores etapas de la vida. Aún sin los problemas normales de la edad y contando con todas las fuerzas que la juventud permite en aquellos años, podían con su esfuerzo y trabajo hacer que la congregación caminase un paso más en su historia hacia la eternidad. Pero he aquí que en el momento justo de iniciar a dar lo mejor de sí mismas, para ellas y para la congregación, se encuentran con la incertidumbre. La congregación está apenas dando los pasos para adecuarse al Concilio Vaticano y son años de incertidumbre, de prueba, de tentativos, de experimentación, muchos de los cuales terminan en fracaso o con resultados poco satisfactorios. Bástenos pensar que en la década de los años setentas las deserciones de la vida consagrada se dieron muchas veces en masa en varias congregaciones, se abandonaban obras de apostolado que habían sido el baluarte y la forma precisa de expresar el propio carisma, se cambiaron las formas establecidas de la vida fraterna de comunidad, y en fin, una cosa tan sencilla pero tan trascendental para la identidad de la vida consagrada como era el hábito religioso fue en muchos casos abandonado por completo.

Si las religiosas que debían llevar sobre sus hombros el peso de la congregación fueron presas de la desorientación y la duda de aquellos años, es lógico pensar que, precisamente en esos años en que debían comenzar a fundamentar su consagración sólo en el Señor, al vivir en un estado de zozobra continua pues no se sabía que podía suceder al día siguiente en el apostolado, en la vida fraterna en comunidad o en el gobierno de la congregación, no pudieron poner las bases de una esperanza absoluta y se fueron aferrando a las pequeñas esperanzas que el mundo les ofrecía, creyendo que serían esperanzas definitivas.

Quien va poniendo su esperanza en todo, menos en el Señor, termina por perder la esperanza por completo. La religiosa que hacía los treinta y cinco años debía haber comenzado a cimentar su vida consagrada en bases sólidas, con una sola esperanza en Jesucristo, no aprendió nunca a hacerlo, porque constantemente estaba cambiando las expectativas de su vida. Pasó el tiempo y ahora vive con un grande desánimo, porque se da cuenta que la vida se la ha ido y ahora que se acerca a la casa del Padre no ha puesto su seguridad en Cristo. Al llegar a este estadio de la vida puede observarse cansancio, fastidio, falta de ilusión por la vida consagrada. Son religiosas que están en el convento, pero que ya no son religiosas. Se les ha escapado no sólo la juventud corporal, sino la juventud del alma. Esperan resignadas la llamada de Dios a dejar este sin pena ni gloria. No dan problemas graves, porque su vida es un problema sin una solución aparente. Podía aplicarse a ella lo que dijo Juan Pablo II a los sacerdotes en torno a la pastoral vocacional en Europa: “Y es indispensable que los sacerdotes mismos vivan y actúen en coherencia con su verdadera identidad sacramental. En efecto, si la imagen que dan de sí mismos fuera opaca o lánguida, ¿cómo podrían inducir a los jóvenes a imitarlos?”⁵⁸

⁵⁸ Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 40.

El fatalismo

Como consecuencia de esta falta de esperanza nos encontramos en Occidente con personas consagradas que por no haber aprendido a ejercitar la esperanza en Jesucristo, “el único que no desilusiona”, han perdido la posibilidad de relativizar todos los eventos y verlos en función de Jesucristo, cayendo en una especie de fatalismo, pensando que Dios se encargará de todo, o que nada tiene ya sentido o todo está ya determinado por la Providencia, perdiendo el ánimo y el sentido de la existencia.

El fatalismo se ha extendido mucho entre las religiosas por la situación tan difícil por la que pasa la vida consagrada. Llamadas a realizar en sí mismas una maternidad espiritual, se encuentran con las manos vacías al final de su vida, por haber puesto su esperanza en esperanzas humanas. El pensar sólo en el trabajo, dando a la oración poco espacio en la vida, el ver erosionada sus ilusiones poniendo su esperanza en cosas efímeras, que ellas creían absolutas, origina la enfermedad de la esperanza, que ya no sabe esperar. Pierde el sentido cristiano de que Jesucristo es el Señor de la historia, perdiendo por tanto el sentido de su historia personal.

Al verse perdida de esta forma, y como el hombre no puede vivir sin esperanza, caen en la única ilusión que es el fatalismo, pensando que no tiene ya caso el seguir esperando, el seguir luchando. Juzga como infantiles o ilusiones adolescentes los planes de evangelización, las iniciativas pastorales o simplemente la vida de consagración. El fatalismo se ha apoderado de ella y lo único que espera, si es que le queda aún la capacidad de esperar, es la salida de este mundo, más o menos en forma decente y religiosa.

Vive sus compromisos de la vida consagrada en forma más o menos mesiánica, pero ha perdido ese amor primero y fresco, recordando las palabras del Apocalipsis: “Porque no eres ni frío ni caliente, sino tibio, estoy por vomitarte de mi boca.”

La labor de la superiora de comunidad

Lo primero que debe hacer la superiora de comunidad es aceptar el hecho de que se encuentran con personas que han perdido toda la ilusión de vida, enfermas y postradas por el desánimo. Sin esta toma de conciencia, es difícil que pueda ayudar a las religiosas a salir de este estado, pues se asemejará al médico que de frente a una apendicitis recomienda solamente una aspirina para aliviar el dolor. No debe caer en los extremos de escandalizarse frente a la constatación de los hechos, ni tampoco debe minimizarlos. Sencillamente debe aceptarlos como parte del tiempo que le ha tocado vivir y los debe enfrentar. Para ello, vale la pena recordar y comentar lo que al respecto menciona el documento del Magisterio de la Iglesia sobre el servicio de la autoridad y la obediencia: “*La autoridad está llamada a infundir ánimos y esperanza en las dificultades*. Igual que Pablo y Bernabé animaban a sus discípulos enseñándoles que «es necesario atravesar muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios» (Hch 14, 22), así la autoridad debe ayudar a encajar las dificultades de cada momento

recordando que forman parte de los sufrimientos que con frecuencia jalonan el camino hacia el Reino.”⁵⁹

Una de las prioridades de la superiora de comunidad debe ser el enfrentar la situación de desánimo por la que pasan algunas o todas las religiosas de la comunidad. La superiora no debe dar la espalda a esta situación, de por sí dolorosa y en muchos casos grave. No hacer caso a esta situación significaría que la superiora ha caído también en el desánimo, pensando que poco o nada puede hacer por religiosas que después de toda una vida consagrada, se dejan llevar por el fatalismo y el derrotismo. Es verdad que las religiosas que han caído en el desánimo no quieren salir de ese estado o no ven los motivos por los cuáles deban nuevamente vivir la virtud de la esperanza. Esta postura es contagiosa y la primera en que puede ser contagiada es la superiora. El contagio se adquiere cuando la superiora piensa de la misma manera que las religiosas al creer que nada puede ya cambiar en la vida de esas religiosas y que, por el bien de la paz –como muchas veces se llega a invocar- es mejor dejar la cosas como están, el famoso *laissez faire, laissez passe* de los franceses.

La superiora de comunidad debe sacudirse esa actitud pasiva y poner manos a la obra. Parte de su misión es ayudar a esas religiosas a enfrentar el desánimo y la desesperanza, que no son enfermedades psicológica, sino como hemos dicho, son enfermedades eminentemente espirituales. Lo primero que debe hacer es rezar por las almas a ella encomendada que se encuentran en esas situaciones de desánimo o de abandono total en la vida consagrada. Es cierto que en muchos casos la intervención de la superiora requerirá una presencia constante, echar mano a medios ordinarios o extraordinarios para reavivar el gusto de haber sido elegida por el Señor para ser su esposa. Sin embargo poco o nada duradero podrá alcanzar si no intercede por esas almas en la oración. La superiora debe recordar que ella, como Moisés, debe *alzar los brazos al cielo*, para que las religiosas que padecen estas enfermedades del espíritu salgan victoriosas de la lucha que deben enfrentar. Debe recordar que una de las misiones que tiene es la de santificar a la comunidad mediante “el incremento de la vida de caridad conforme al modo de ser del Instituto.”⁶⁰

Mediante la oración, la superiora de comunidad expresa su presencia y su cuidado por estas religiosas. Sin embargo, por el tipo de enfermedad espiritual que padecen estas religiosas, es necesario que la religiosa se haga presente en la vida de ellas, en forma tal que tomen conciencia que la superiora participa de sus sufrimientos, sus angustias y su soledad. Para ello, la superiora debe darse su tiempo para estar con ellas, platicar con ellas, rezar con ellas y así darles nuevos ánimos. Este tipo de enfermedad no se cura de un momento a otro, requiere de una infinita paciencia y de una constante presencia. Las religiosas enfermas, como parte de su enfermedad, piensan y están seguras que nadie se interesa por ellas. Por tanto, la presencia constante, amorosa y fiel de la superiora, puede hacer mucho para curar sus heridas:

⁵⁹ Congregación para los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 11.5.2008, n. 13d.

⁶⁰ Sagrada congregación para los religiosos y los Institutos seculares, *Mutae relationes*, 14.5.1978, n. 13b.

“El guía de la comunidad es como el buen pastor que entrega su vida por las ovejas y en los momentos críticos no retrocede, sino que se hace presente, participa en las preocupaciones y dificultades de las personas confiadas a su cuidado, dejándose involucrar en primera persona. Y, lo mismo que el buen samaritano, está atento para curar las posibles heridas.”⁶¹

Un posible origen de esta enfermedad es la actividad apostólica que han desarrollado las religiosas durante toda su vida y que, en un momento determinado viene suspendida por motivos de enfermedad o ancianidad. Quien durante toda su vida, a pesar de los cambios y las incertidumbres constantes a las que debió enfrentarse, mantuvo como identidad de su vida la actividad, es decir, hizo de la actividad la razón y el fundamento de su vida, es lógico que al cesar esta actividad experimente un hueco o un vacío que ahora nada ni nadie puede llenar. No es el tiempo por tanto para que la superiora inicie una catequesis sobre el activismo. Es el tiempo para que le haga ver a la religiosa la belleza de pertenecer al Señor en la vida consagrada, simple y sencillamente por el hecho de que ha sido Él quien ha tenido la iniciativa de llamarla. Le hará recordar la gratuidad de la llamada y le hará ver que la forma más adecuada de responder a dicha llamada no es la actividad, sino el amor. Muchas de estas religiosas, en el umbral de la vida se preguntan constantemente por el sentido de su vida, por el sentido de todo lo que han hecho. Han trabajado, se han entregado y la congregación debe ser agradecida con ellas. Sin embargo no pueden escapar a sentir esa angustia en su interior cuando no han vivido la actividad apostólica como un signo de su consagración. En un mundo utilitarista, que todo lo valora en función de lo que produce, estas mujeres consagradas también pueden ser presa de esta forma de pensar. La superiora de comunidad les hará ver que más allá del aspecto utilitario está el aspecto del amor. Y les ayudará a tomar conciencia de esta nueva dimensión de su vida consagrada, la dimensión del amor: “No son pocos los que hoy se preguntan con perplejidad: ¿Para qué sirve la vida consagrada? ¿Por qué abrazar este género de vida cuando hay tantas necesidades en el campo de la caridad y de la misma evangelización a las que se pueden responder también sin asumir los compromisos peculiares de la vida consagrada? ¿No representa quizás la vida consagrada una especie de “despilfarro” de energías humanas que serían, según un criterio de eficiencia, mejor utilizadas en bienes más provechosos para la humanidad y la Iglesia? Estas preguntas son más frecuentes en nuestro tiempo, avivadas por una cultura utilitarista y tecnocrática, que tiende a valorar la importancia de las cosas y de las mismas personas en relación con su “funcionalidad” inmediata. Pero interrogantes semejantes han existido siempre, como demuestra elocuentemente el episodio evangélico de la unción de Betania: “María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume” (Jn 12, 3). A Judas, que con el pretexto de la necesidad de los pobres se lamentaba de tanto derroche, Jesús le responde: “Déjala” (Jn 12, 7). Esta es la respuesta siempre válida a la pregunta que tantos, aun de buena fe, se plantean sobre la actualidad de la vida consagrada: ¿No se podría dedicar la propia existencia de manera más eficiente y racional para mejorar la sociedad? He aquí la

⁶¹ *Ibidem.*

respuesta de Jesús: “Déjala”. A quien se le concede el don inestimable de seguir más de cerca al Señor Jesús, resulta obvio que El puede y debe ser amado con corazón indiviso, que se puede entregar a El toda la vida, y no sólo algunos gestos, momentos o ciertas actividades. El unguento precioso derramado como puro acto de amor, más allá de cualquier consideración “utilitarista”, es signo de una *sobreabundancia de gratuidad*, tal como se manifiesta en una vida gastada en amar y servir al Señor, para dedicarse a su persona y a su Cuerpo místico. De esta vida “derramada” sin escatimar nada se difunde el aroma que llena toda la casa. La casa de Dios, la Iglesia, hoy como ayer, está adornada y embellecida por la presencia de la vida consagrada. Lo que a los ojos de los hombres puede parecer un despilfarro, para la persona seducida en el secreto de su corazón por la belleza y la bondad del Señor es una respuesta obvia de amor, exultante de gratitud por haber sido admitida de manera totalmente particular al conocimiento del Hijo y a la participación en su misión divina en el mundo”. Si un hijo de Dios conociera y gustara el amor divino, Dios increado, Dios encarnado, Dios que padece la pasión, que es el sumo bien, le daría todo; no sólo dejaría las otras criaturas, sino a sí mismo, y con todo su ser amaría este Dios de amor hasta transformarse totalmente en el Dios-hombre, que es el sumamente Amado”.⁶²

Las ayudas humanas

Si bien el desánimo es una enfermedad espiritual, algunos de los remedios más eficaces apuntan hacia los medios humanos. La superiora de comunidad no debe olvidar la unicidad del hombre y si bien el espíritu de estas religiosas puede estar enfermo, parte de su curación puede darse por medios humanos. Ya hemos mencionado como la compañía y la atención constante de la superiora de comunidad, que es un medio humano, puede sanar en parte la enfermedad del espíritu. Por ello a continuación mencionaremos algunos otros medios humanos que la superiora puede poner en práctica para curar estas heridas espirituales.

Ayudar a creer en lo que hacen y en lo que son

Alessandro Pronzato⁶³ cuenta una historia verdaderamente deliciosa. Se trata de un sacerdote que ejerce su apostolado con mucho celo en una casa para ancianas. Armado de infinita paciencia y bondad, se ha ganado el corazón de todas las inquilinas... a excepción de una sola. Férrea y sin aparentes muestras de conversión, permanece alejada del sacerdote y de las prácticas devocionales, culturales y sacramentales de dicha casa para ancianas. Le ha dicho claramente al sacerdote que de ella no debe esperarse nada. El bueno del sacerdote, con mucha calma y tranquilidad, sin faltas de educación continúa su labor, hablándole, saludándola, llenándola de buenas formas. Una vez que visita al cuarto en dónde se encuentra esta anciana para llevar la comunión a la vecina con la que compartía el cuarto sucede que esta anciana reacia, después de tres años de negar una atención al sacerdote, tiene la delicadeza de ponerse de pie cuando entra el sacerdote portando el viático.

⁶² Juan Pablo II, Exhortación apostólica postinodal *Vita consecrata*, 25.3.1996, n. 104.

⁶³ Alessandro Pronzato, *Alla ricerca delle virtù perdute*, Piero Gribaudi Editore, Milano, 2000, pp. 130 – 135.

Se levanta e inclina la cabeza. El sacerdote ni puede decirle nada, porque en esos momentos lleva a Cristo eucaristía, pero goza internamente y está dispuesto a continuar el trabajo por otros tres años, aunque sea sólo para arrancar a esta anciana otro gesto de religiosidad.

La esperanza no se improvisa, no se inventa, se construye paso a paso y es necesaria invitarla como compañera de camino en la vida. Hemos dicho que el tener fe no significa que automáticamente tengamos esperanza. Hay que trabajarla, hay que luchar, hay que poner los medios adecuados. “La esperanza es audaz, pues cree que lo imposible para los hombres es posible para Dios (Mt. 19,26), y es ampliamente trascendente: desea y procura la venida de Cristo, el triunfo del Reino de Dios, la plena unión con Dios, la liberación de todo el cosmos (Rm. 8, 19-25).”

Uno de estos medios es hacerles ver a las religiosas el sentido de lo que son y de lo que hacen. Sus sacrificios, sus dolencias, sus achaques y sus limitaciones en el plano de Dios tienen un gran sentido y ellas pueden recuperar la esperanza en sus vidas cuando aprenden a mirar con los mismos ojos de Dios las circunstancias por las que están pasando. Todos los actos de la persona consagrada, por el hecho de haberse consagrado, redundan en la gloria de Dios y de alguna manera son medios eficaces para el advenimiento del Reino de Dios en esta tierra. Quien así piensa engendra una corriente de pensamientos positivos que la llevan a esperar algo bueno, algo positivo de cada acto, llegando incluso a la audacia, tan necesaria en la Europa descristianizada que nos ha tocado vivir. Se establecen por lo tanto dos posturas a partir de un mismo hecho., La esperanza o la desesperanza dependerá de la visión que se tenga, no de la realidad, sino de lo que uno hace. Si la persona cree que lo que hace es de utilidad para que Cristo se haga presente en la sociedad, para el triunfo de su reino, entonces comienza a trabajar con la mira puesta en ideal, no sólo en la realidad. Quien se cuestiona vanamente sobre lo que hace, no cree que la obra que realiza pueda reportar algo de positivo al mundo, a la sociedad, caerá entonces fácilmente en el desengaño, la desesperación y la desilusión. Sin llevar el caso al extremo, diremos que será una persona destinada a ir pasando, a sobrellevar la vida, a *irla pasando*.

Para creer en lo que se hace, es necesario tener un ideal. La mujer consagrada, bien sabemos, tiene muchos y nobles ideales en su vida consagrada. Pero para que este ideal abrace toda la vida de la consagrada es necesario que ella verdaderamente crea en este ideal.

La superiora de comunidad puede ayudarle a recuperar el ideal de su vida, mediante la consideración de tres elementos: el ideal debe ser conocido, el ideal se querido, y el ideal puede llevarse a la práctica⁶⁴. Cuando el ideal puede reducirse a una meta clara y objetiva, la persona conoce con certeza hacia donde debe moverse. Como decía Platón, no hay buen viento para quien no sabe a qué puerto arribar. Si se sabe el punto de llegada, puede establecerse una ruta, un camino. La persona podrá

⁶⁴ José Rivera, José María Iraburu, *Espiritualidad católica*, Ed. Centro de estudios de teología espiritual, Madrid, 1982, p. 282.

diseñar, ella misma o con la ayuda de otros, los medios más adecuados para alcanzar el ideal. Aprovechando las cualidades que tiene, o ensayando nuevas, es probable que la mujer consagrada se mueva en la justa dirección.

Para que el ideal vaya tomando forma, es necesario que la mujer consagrada quiera alcanzar el ideal. Aquí hablamos nuevamente de la diferencia entre saber y querer. La voluntad se mueve sólo por aquello que la mente ve como un bien. Si la mente le presenta a la voluntad un menú de ideales, pero no se apasiona por ninguna de ellas, la voluntad no se mueve. Es necesario que la mente se enamore de un ideal, vea el bien que le puede traer la posesión de ese ideal. Sólo entonces la voluntad, como un resorte a disposición de la mente, se moverá para conseguir ese ideal, que la mente ya lo ha considerado como bueno, apetitoso y deseable. La superiora de comunidad puede ayudar a que la religiosa enferma vuelva a enamorarse del ideal y desencadene esa corriente positiva en todo su ser, que se llama amor por el Amado.

Por último, el ideal debe estar al alcance de la mano de la mujer consagrada, especialmente si está enferma. No tiene que ser un ideal tan alto que sea inaccesible. La mente se da cuenta de ello y al darse cuenta que no lo puede alcanzar, se descorazona más aún de lo que está. De aquí que la voluntad, al no percibir ya el ideal como algo deseable, deja de mover los recursos necesarios para la adquisición de dicho ideal. Conviene por tanto que la superiora de comunidad haga accesible y apetecible el ideal. La superiora de comunidad puede ayudarse en esta labor pensando como a los niños se les presentan pequeños ideales para ir formando su voluntad. De la misma forma ella puede ir presentando ideales accesibles a estas religiosas en forma tal que puedan recuperar poco a poco la virtud de la esperanza.

El carisma de la congregación puede ser considerado un ideal para la mujer consagrada. Ideal que puede ayudarle para salir de la desesperanza, pero siempre a condición que conozca bien el carisma, lo quiera alcanzar y sea accesible para la religiosa enferma. Conocer el ideal no es saber de memoria las Constituciones o enterarse de las últimas disposiciones del Capítulo General. Conocer el ideal es saber cómo lo puede aplicar en la vida diaria, en su situación actual y cómo el ideal hace posible la actualización de las promesas de Cristo y las bienaventuranzas. Un determinado trabajo apostólico a la medida de sus fuerzas, la celebración de un acto litúrgico, la obra aparentemente más sencilla, pueden verse con un óptica distinta cuando se hacen parte del carisma y cuando se ven cómo medios para alcanzar el ideal. De esta manera, la mente lo presenta a la voluntad como un bien a conseguir, y si este bien se percibe como posible, inmediato, y de esta manera es muy probable que la mujer consagrada comenzará a vivir su vida consagrada con una tonalidad de esperanza. Cree en lo que hace, porque lo que hace es parte de su

Alegrarse con lo que se hace

Parece que hoy en día el pesimismo cuenta con carta blanca en todas partes. Quien ve las cosas bajo una óptica de desastre es considerada una personal racional, pensante, ubicada. Quien por el contrario sólo ve los aspectos positivos, es tachada

de ilusa, descentrada, fuera del contexto de la realidad.

No se trata de *ocultar el sol con un dedo* y hacer caso omiso de la situación que vemos a nuestro alrededor. Quien en la vida religiosa femenina osa decir que las cosas van bien, muy bien, inmediatamente es sujeto de miradas inquisitivas o por lo menos recibe un juicio caritativo: “¡pobre iluso! Se ve que no conoce la situación.” De acuerdo, las cosas no van cómo deberían ir, pero ¿se gana algo proclamando la parte negativa? En un bosque puedo fijar la mirada en la rama verde, florida, hermosa, o puedo fijarme en los cientos de troncos quemados, secos maltrechos. No cambio en nada la realidad: es un bosque quemado. Pero mi estado de ánimo cambia cuando veo la rama verde, aunque sea una sola, en medio de las cenizas.

El pesimismo es el estado de ánimo que tiende a ver sólo nuestras fantasías. De un suceso desagradable hacemos una ley de vida, de un acontecimiento infortunada sacamos conclusiones perentorias. El pesimista que es mordido por un perro pensará que todos los perros lo morderán. Es una actitud de la mente que resta energías a la persona y le hace ver aspectos negativos en donde no los hay.

La visión del cristiano, y por ende, de la mujer consagrada, debe ser una visión de esperanza. Pero no una esperanza, tan vaga y eterna, que nos haga llegar a la muerte, sin haber pregustado, aunque sea un poco, esta esperanza en la tierra. Y para ello se necesita cultivar una gran dosis de optimismo, es decir, aprender a ver el lado positivo de las cosas. Si teológicamente el mal es ausencia de bien y en el mal no está Dios, porque Dios es el bien supremo, de nada sirve que fijemos nuestra vista, nuestra atención, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, en una palabra, todo nuestro ser, en el mal, en las cosas negativas. Ahí no está Dios. En cambio, cuando fijamos nuestra atención en los despuntes del bien, por más pequeños que estos sean, vivimos la virtud del optimismo, que es la puerta de la esperanza cristiana. Me imagino a los primeros cristianos en las catacumbas de Roma, que en medio de las persecuciones, aún siendo ellos minoría, se comunicaban con desbordante alegría los avances del Reino, las conversiones, aún a pesar de vivir momentos difíciles de persecución y de muerte. El cristiano sabe cultivar la visión de optimismo, pues buscando lo bueno en los acontecimientos, en las personas, en todo, busca a Dios y abre la puerta a la esperanza.

La superiora de comunidad ayudará a cultivar el optimismo en lo que hacen o en lo que viven las religiosas enfermas. Estar alegres con el trabajo, ayudarles a que lo realicen con pureza de intención acerca a Dios, hace avanzar el Reino de Cristo en esta tierra y torna la vida más serena y positiva. Les enseñará a reírse de sí mismas, de sus fallas y de sus achaques, de sus errores, de sus olvidos. El alegrarse con el trabajo y con todo lo que sucede en la vida, es ver las dificultades y los momentos negros no como dificultades o momentos negros, sino como desafíos. Pero para llevar a cabo esa transformación se necesita optimismo, para buscar el bien y el lado positivo en esa dificultad, en ese momento negro.

Hoy la vida consagrada, por ejemplo, como dice Graziella Curti, vive momentos de

transición. “Un tiempo silencioso porque se describe sólo en el ritmo de lo cotidiano. Es un tiempo doloroso, largo, porque se han dado separaciones, lutos.”⁶⁵ No podemos negar esta realidad que nos circunda. Y las consecuencias de ello es grave, bien lo sabemos, pues se tienen que abandonar algunas obras apostólicas, se debe redimensionar el Instituto y no se sabe que hacer al no haber consagradas que suplan a las que ya se han ido a la casa del Padre. Aquí viene la diferencia entre vivir el optimismo y caer en una visión no del todo positiva. Quien vive la esperanza cristiana, sabe leer esta situación como un reto. Son momentos difíciles, pero son momentos para actuar. Está movida por el ideal, el ideal del carisma que la impele en la búsqueda de nuevas formas, quizás nunca antes probada, para que el carisma siga adelante. Intentará todo, antes que ver el Instituto morir o apagarse en su fervor, porque sabe que viviendo el carisma se llevan a cabo las promesas de Cristo, para ella y para muchas otras personas. Su acción no es la resignación, el esperar mejores tiempos, el sentirse minoría. Su acción parte de una visión positiva de estas circunstancias. A tiempos difíciles, acciones de envergadura. El optimismo, confianza en sí misma, en el carisma y en definitiva, en Dios, la hace tomar decisiones *audaces* como las que tomó su Fundador/a. No busca el sensacionalismo o la idea de *grandeza*, sino el llevar a cabo el carisma. Este es su ideal y tiene de él una visión positiva⁶⁶.

Cultivar el optimismo ayuda también a mantener una sana higiene mental. Estar alegre con lo que se hace genera paz y tranquilidad. La mente está más abierta para recibir nuevas ideas. Viviendo el optimismo es posible generar una corriente de positividad que hacer ver la vida con más calma, serenidad, paz, tranquilidad, abierta a Dios y a su Espíritu.

Esperar en nosotros mismos

Dice Alessandro Pronzato que se necesita más valor para iniciar un trabajo que para terminarlo. Y es cierto. Comenzar un trabajo requiere una gran confianza, no sólo en lo que se realiza, sino en un mismo.

Hemos hablado hasta este momento de llevar a cabo grandes empresas, de confiar en la esperanza, de cultivar el optimismo, pero hasta el momento no hemos hablado, o hemos hablado poco de la persona que debe ser optimista, confiar en la esperanza, llevar a cabo grandes obras. Necesitamos por tanto dedicar un espacio de nuestro estudio a la persona que debe vivir la esperanza, es decir, la persona consagrada.

Hoy más que nunca el hombre tiene los recursos necesarios para conocer fenómenos y misterios que antes le eran ocultados. Ha ido y vuelta a la Luna, conoce muchas de las enfermedades que permanecían veladas a las generaciones pasadas. Cuenta en su haber con tecnologías jamás antes soñadas. Y sin embargo, aún no sabe quién es el hombre. Todos los misterios están cayendo, pero permanece desconocido, hoy más

⁶⁵ Para la explicación de esta parte, nos apoyaremos en el libro de Narciso Irala, *Il controllo del cervello*, Edizioni San Paolo, 1997, Milano.

⁶⁶ Graziella Curti, *Dalla minoranza alla minorità*, en *Consacrazione e servizio*, Anno LIV n. 3 Marzo 2005, p. 24.

que nunca, el misterio del hombre.

Y quizás para la persona consagrada, permanece con mayor incisividad este misterio. Por el estilo de vida que lleva, la persona consagrada debe pasar un buen tiempo de su jornada en el silencio, bien sea el silencio de la oración o aquel silencio en el que debe rodear su vida y su quehacer. Y el silencio es amigo para conocerse a uno mismo. La persona consagrada descubre su identidad delante de Dios. Y ahí también descubre la misión a la que está llamada.

“Conócete, acéptate, supérate” es la máxima de San Agustín, válida para todos los tiempos. Si la persona consagrada quiere vivir la esperanza, junto con todos elementos que hemos mencionado, deberá también confiar en ella misma, en las facultades que Dios le ha dado, como a cualquier hombre, para llevar a cabo la misión encomendada. Si la misión a que está llamada hoy la mujer consagrada en Europa es a ser portadora de esperanza, ella misma será la primera en vivir la esperanza, confiando en que con las cualidades que Dios le ha dado, la podrá llevar a cabo. Y todas las otras actividades que la misión conlleva, necesariamente pasarán por el matiz de la persona.

Por lo tanto es necesario un conocimiento de las facultades de la persona, inteligencia y voluntad, de sus sentimientos y emociones, de su psicología, de sus posibilidades, para emprender el camino de la esperanza. Si la persona no creen en sí misma, no espera en ella misma, difícilmente vivirá la esperanza. Bien puede ser que existan patologías que impidan el desarrollar una adecuada confianza en sí misma. Como toda patología deberán ser revisadas y curadas por los especialistas. Pero de no constar una patología que impida la confianza en sí misma, la persona puede y debe desarrollar un adecuada estima personal que la haga sentir segura de sí misma en el momento de enfrentar cualquier acontecimiento en la vida.

Para desarrollar esta adecuada estima de sí misma, la mujer debe analizar cualquier bloqueo que le esté previniendo de poder confiar en ella misma. Con la ayuda de la guía o del acompañamiento espiritual –no hablamos en este caso de patologías psico-físicas, podrá desarrollar una confianza en que con sus propias fuerzas y ayudada de Dios podrá cumplir lo que para ella es la voluntad de Dios. Si por diversos motivos la persona consagrada no ha aprendido a confiar en ella misma, conviene que cuanto antes desarrolle un programa de trabajo en este aspecto. En él detectará las fallas en la seguridad persona y pondrá los remedios necesarios.

Aprenderá a conocerse y a confiar en las facultades que Dios le ha dado y se enseñará a descubrir también los talentos y a desarrollar las cualidades necesarias para vivir la esperanza. Pues puede llegarse el caso de que por desconocimiento del adecuado funcionamiento de las facultades, la persona consagrada no se aventure en apostolados o actividades propias de su carisma.

Aprenderá a vencer el temor y el complejo de inferioridad que impiden el desarrollo de la esperanza en la propia vida. Para vencer el temor se enseñará a actuar, a

concretar su miedo, a afrontar el hecho que le causa temor y analizar sus consecuencias, a evitar caer en el pánico, poniendo pensamientos y sentimientos de confianza en Dios y en sus propias habilidades.

Y para vencer el complejo de inferioridad deberá conocerse aceptando sus limitaciones pero también aceptando sus cualidades. Se pondrá metas de acuerdo a sus posibilidades y cada vez las irá aumentando. Extirpará de su mente los pensamientos de comparación con otras personas, aceptando el hecho de que ella es buena también para muchas cosas en las que las otras no lo son. Recordará sólo los triunfos, tratando de cancelar las derrotas o analizando objetivamente las causas de éstas.

Decidirse por la caridad

Es difícil expresar en unas cuantas líneas una fórmula para vivir la esperanza, pues podríamos caer en un simplismo inoperante o demagógico. Sin embargo podemos encontrar una idea que reúna todo lo que hemos dicho y que haga posible que la mujer consagrada viva la esperanza. Una idea que polarice todo su ser, que haga aplicar el carisma, como centro de su ser y como espolón de su actuar. Podemos mencionar: “La llamada a vivir la caridad activa, dirigida por los Padres sinodales a todos los cristianos del Continente europeo, es una síntesis lograda de un auténtico servicio al Evangelio de la esperanza. Ahora te la propongo a ti, Iglesia de Cristo que vives en Europa. Que las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los europeos de hoy, sobre todo de los pobres y de los que sufren, sean tus alegrías y esperanzas, tus tristezas y angustias, y que nada de lo genuinamente humano deje de tener eco en tu corazón. Observa a Europa y su rumbo con la simpatía de quien aprecia todo elemento positivo, pero que, al mismo tiempo, no cierra los ojos ante lo que es incoherente con el Evangelio y lo denuncia con energía”⁶⁷.

Viviendo la caridad, la mujer consagrada puede vivir la esperanza. Por la caridad la mujer consagrada ama a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí misma. Al amar al prójimo se olvidará de sus temores, de sus angustias y buscará lo mejor para el hombre europeo, que es la vida eterna, las promesas de Cristo en las Bienaventuranzas. Luchará por hacer que esas promesas se hagan vida en la vida de muchos europeos, descubriendo los nuevos nombres de la pobreza: vacío del sentido de la vida, soledad, droga, sexo, bienestar material desenfrenado, individualismo exarcebado. Y las hará suyas para buscar una solución y encontrará la única solución en Cristo, *esperanza que no desilusiona* siempre a través del carisma que la Iglesia ha regalado a su Instituto.

El amor puede hacer que hoy la mujer consagrada europea recupere la esperanza.

⁶⁷ Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 104.



🎯 El anaquel

Año de la vida consagrada y Bicentenario

Giuseppe Nicolussi, SDB

El Papa Francisco nos ha regalado “el Año de la Vida Consagrada” y, como Sucesor de Pedro y como Hermano en la consagración religiosa”, nos ha hecho llegar una carta a todos los consagrados para explicarnos los objetivos, las esperanzas y los horizontes. En la carta del Papa resuena con fuerza la invitación a la alegría de la vocación, a una radicalidad apasionada y a una confianza activa. La presencia del Espíritu – nos dice el Papa Francisco – incita a los consagrados a “mirar el pasado con gratitud”, a “vivir el presente con pasión”, a “abrazar el futuro con esperanza”.

1. El año de la Vida Consagrada nos ayuda a vivir el Bicentenario y el CG27

Mirar al pasado con gratitud (‘significado del Bicentenario’)

Escribe el Papa: “Cada Instituto nuestro...es como la simiente que se hace árbol con sus ramas extendidas. En este Año será oportuno que cada familia carismática recuerde sus inicios y su desarrollo histórico, para dar gracias a Dios por haber ofrecido a la Iglesia tantos y tantos dones que la hacen más hermosa y mejor dispuesta para realizar obras buenas”.

El Papa Francisco nos invita a celebrar la historia del Instituto del que formamos parte, a recordar los inicios y el desarrollo del carisma: para dar gracias a Dios, mantener viva la identidad, consolidar el sentido de pertenencia, tomar conciencia de la manera como se ha vivido el carisma, la creatividad que ha sido capaz de difundir, las dificultades que ha debido afrontar y la manera como las ha superado. Para confesar humildemente su fragilidad y su incoherencia.

Este es el significado que nosotros Salesianos entendemos dar a la celebración del Bicentenario.

*** Vivir con pasión el presente (‘el camino trazado por el CG27’)**

En las palabras del Papa Francisco encontramos el estímulo para realizar con “pasión” la propuesta del CG27. Escribe el Papa: “Este Año nos convoca a vivir el presente con pasión..., a actuar de manera todavía más profunda los aspectos que

constituyen nuestra vida consagrada”. Entre ellos, el Papa pone el acento sobre tres indicadores de una vida consagrada vivida con pasión: la radicalidad evangélica y mística, la misión, la comunión.

*** Vivir con pasión la radicalidad evangélica (‘místicos en el Espíritu’)**

“La pregunta a la que se nos invita a hacernos a nosotros mismos en este año es si nos dejamos interpelar por el Evangelio y de qué manera nos dejamos interpelar por él; si esto es de verdad el ‘vademécum’ para la vida de cada día y para las opciones a las que somos llamados a realizar. Esto exige mucho y nos pide que lo vivamos con radicalidad y sinceridad”. El ideal de los fundadores era Cristo, “adherirse a él totalmente, hasta poder decir con San Pablo: «Para mí el vivir es Cristo»; los votos tenían sentido solamente para llevar a la acción este apasionado amor suyo”.

“Debemos preguntarnos, ¿es realmente Jesús el primero y único amor nuestro, a lo que nos hemos comprometido el día de nuestra profesión de los votos?”

Del CG27: “Místicos en el Espíritu”, “pertenecer más a Dios”.

*** Vivir con pasión la misión (‘servidores de los jóvenes’)**

Es el reto que nos lanza el Papa Francisco: vivir la misión con la misma pasión de los Fundadores, dispuestos al servicio de la humanidad de mil maneras diferentes y fantásticas de ejercer la caridad. ¿Tenemos nosotros esa misma generosidad y abnegación? ¿Hay algo en nosotros que deberíamos cambiar hoy para lograr esos mismos objetivos?

Estamos llamados a “despertar al mundo”, a tener capacidad de profecía, “a crear ‘otros lugares’, donde poder vivir la lógica evangélica del saber dar, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor recíproco”, e ir a las periferias existenciales.

“Ninguno de nosotros en este Año debería sustraerse a una seria revisión sobre su presencia en la Iglesia y sobre la manera de responder a las continuas y nuevas demandas que se escuchan a nuestro alrededor, al grito de los pobres”.

Del CG27: “signos proféticos al servicio de los jóvenes”, “hacia las periferias”, “pertenecer más a los jóvenes”.

*** Vivir con pasión la comunión (‘profetas de la fraternidad’)**

“Vivir el presente con pasión significa convertirse en ‘expertos de comunión’”. “Estoy convencido de que en este año trabajareis seriamente para que el ideal de fraternidad deseado por los Fundadores y las Fundadoras se desarrolle en todos los niveles posibles, como en círculos concéntricos”; en el interior de las comunidades, en nuestra familia carismática, entre los miembros de diversos Institutos, como sinergia entre todos los miembros de la familia consagrada, es de comunión, vivid la mística del encuentro.

Del CG27: “haciendo la experiencia de vida fraterna como en Valdocco”, “pertenecer más a los hermanos”.

2. Invitación al agradecimiento, a la reflexión y al compromiso

El periodo histórico salesiano que va del 1815 al 2015, visto desde la perspectiva de los objetivos, de las esperanzas y de los horizontes indicados por el Papa Francisco, puede brindarnos motivos de agradecimiento y de reflexión, puede ser ocasión de revisión y de empuje a la renovación. Aquí ~~es, ante~~ ~~prop~~ ~~o~~ ~~una~~ sugerencias.

* Agradecidos a la Iglesia del Vaticano II

El año de la Vida Consagrada ha sido convocado “con ocasión del 50° aniversario de la Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, que en el cap. VI trata de los religiosos, como también del Decreto *Perfectae caritatis* sobre la renovación de la vida religiosa”. “Describir la propia historia – escribe el Papa – es dar gloria a Dios y agradecerle todos sus dones. Le agradecemos de manera particular estos 50 últimos años después del Concilio Vaticano II, que han representado un viento impetuoso del Espíritu Santo para toda la Iglesia”.

También nosotros los Salesianos decimos gracias, reconocemos con profunda gratitud que los últimos 50 años de nuestro Bicentenario están fuertemente marcados por el Espíritu del Concilio. Hemos de aceptar con gratitud que la Iglesia nos ha ayudado a ser más SALESIANOS; a volver a las fuentes de nuestra experiencia, a redescubrir el carisma, a renovar el proyecto evangélico de vida, a crecer como Familia Salesiana (ver el discurso del Rector Mayor en la clausura del Congreso Histórico Internacional del Bicentenario).

* Don Bosco, de sacerdote diocesano a “consagrado”, Don Bosco Fundador

Don Bosco sacerdote diocesano, movido por la pasión educativo-pastoral por los jóvenes, ha llegado a ser “gradualmente ... religioso, maestro y modelador de comunidades de consagrados” (Braido); ha dado origen a una nueva comunidad de consagrados a Dios para la misión.

El 14 de mayo de 1862 los primeros 22 Salesianos emitían los primeros votos oficiales: ¿y Don Bosco? ~~El origen es:~~ - ¿Don Bosco ha hecho también estos votos? - Mirad: mientras vosotros hacíais delante de mi estos votos yo los hacía también a este Crucifijo por toda la vida; ofreciéndome como sacrificio al Señor, dispuesto a todo, a fin de procurar su mayor gloria y la salvación de las almas, especialmente por el bien de la juventud. Que el Señor nos ayude a mantener fielmente nuestras promesas” ((MB VII p.163). Para Don Bosco no se trataba solo de “hacer los votos” sino de dar comienzo y de comprometerse a una nueva forma de “vida consagrada”.

* La figura del salesiano presbítero y del salesiano coadjutor, del religioso presbítero y del religioso laico

La única vocación consagrada salesiana puede vivirse en la laicidad o en el ministerio ordenado. “Nuestra Sociedad se compone de clérigos y de laicos que viven la misma vocación en fraterna complementariedad” (Const 4) y aportan a la misión las “características laicales y sacerdotales de la única vocación salesiana” (Const 45).

En los primeros decenios post-Vaticano II se ha reflexionado mucho sobre el perfil peculiar del “salesiano laico”, sobre su contribución a la espiritualidad salesiana y a la misión. A nivel eclesial se ha prestado atención a la figura del “religioso presbítero” y a la síntesis de estos dos aspectos en la experiencia espiritual y ministerial (ver la carta de don Egidio Viganò “Nos importa el sacerdote del 2000”).

La participación activa y la corresponsabilidad de numerosos laicos en la comunidad educativa, y también, la cambiada instauración de las obras salesianas, inciden en el perfil del Salesiano, laico o presbítero, sobre su testimonio vocacional y sobre su contribución específica a la misión de hoy día. Son aspectos que merecen aun mayor profundización.

*** Comunión con los Institutos de Vida consagrada de la Familia Salesiana y con otros Institutos**

La historia de estos dos siglos ha visto florecer en el árbol de la Familia Salesiana numerosas formas de vida consagrada religiosa y secular, en un total de 30 grupos.

La “Carta de identidad carismática de la Familia Salesiana de Don Bosco” apunta hacia su especificidad en la comunión. El Año de la Vida Consagrada y la palabra del Papa son ocasión cuanto más oportuna para crecer en el conocimiento, en la comunión, en la sinergia entre las numerosas vocaciones consagradas pertenecientes a la Familia Salesiana.

Podemos escuchar, como dedicada a nuestra Familia carismática, la invitación que el Papa dirige a todos los Institutos: “Es de esperar además que crezca la comunión entre los miembros de los diversos Institutos. ¿No podría ser este año la mejor ocasión para salir con mayor empuje de los confines del propio Instituto y elaborar juntos, a nivel local y eclesial, proyectos comunes de formación, de evangelización, de actuaciones sociales? ... Nadie construye el futuro aislándose, ni solo con sus propias fuerzas, sino aceptándose en la verdad de una comunión siempre abierta al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda recíproca que nos preserva de la enfermedad de la auto-referencialidad”.

Nos podemos interrogar sobre ¿cual sería nuestra actitud hacia los otros Institutos en la Iglesia y nuestra relación con ellos, cual es nuestra participación en la solicitud y organización de encuentros, de coordinación y de colaboración? ¿Qué preguntas nos podemos hacer sobre las nuevas formas de vida consagrada surgidas después del Concilio?

*** Comunión con todos aquellos que se sienten unidos a la Familia Salesiana y en el nombre de Don Bosco**

El horizonte de la comunión de los Institutos de Vida Consagrada – según la palabra del Papa – tiene que abrirse a los laicos que comparten ideales, espíritu, misión con las personas consagradas, “a los cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar de la misma realidad carismática. Os animo también a vosotros, laicos, a vivir este año de la Vida Consagrada como una gracia que puede haceros más conscientes del don recibido”.

Desde tiempos de Don Bosco hasta hoy, ha ido creciendo en número de aquellos que se sienten unidos a nosotros en el nombre de Don Bosco y de la misión juvenil; prueba de ello son el desarrollo orgánico de la Familia Salesiana y el florecer del Movimiento Salesiano.

También desde este punto de vista estamos llamados a mirar al pasado con gratitud y al presente con confianza y esperanza, mientras vemos en el Bicentenario una ocasión histórica para una comunión y una colaboración más abierta y eficaz con todos aquellos que en el espíritu de Don Bosco desean ponerse al servicio de los jóvenes.

*** “Abrazar el futuro con esperanza”: los jóvenes consagrados y el diálogo entre las diversas generaciones**

La mirada al futuro, a la que invita el Papa Francisco, une la conciencia de la situación presente - “Conocemos las dificultades a las que se enfrenta la vida consagrada en sus variadas formas” – y la esperanza en el futuro, fundada en la presencia del Señor y en la fuerza del Espíritu.

Sobre este telón de fondo, el Papa dirige su palabra a los jóvenes religiosos: “me dirijo de manera especial a vosotros jóvenes”. Ellos son el presente, porque ofrecen una “contribución determinante con el frescor y la generosidad” de su elección; son el futuro ya que están llamados a tomar en sus manos “la guía de la animación, de la formación, del servicio, de la misión”.

El año de la Vida Consagrada tiene que ser tiempo de diálogo entre las diversas generaciones; entre el que puede ofrecer una vida hecha de experiencia y sabiduría y el que puede volver a proponer el ideal de los inicios, el arrojo y la frescura del entusiasmo vocacional.

También en nuestra Congregación el diálogo fraterno entre “los jóvenes” y la generación que va “delante de ellos” puede constituir un camino seguro para “abrazar el futuro con esperanza”.

El año de la Vida Consagrada y el mensaje del Papa podrían sugerirnos otros puntos dignos de consideración, por ejemplo: nuestro servicio de animación sacerdotal y espiritual a comunidades de consagrados/as, de acompañantes de vocaciones a la vida consagrada; la presentación y la propuesta de la vida consagrada a los jóvenes; la experiencia de vida consagrada de los salesianos obispos; la experiencia y la acción de los hermanos que han dado origen a nuevas formas de vida consagrada...

En todo caso, sin querer instrumentalizar el mensaje del Papa Francisco o limitar sus horizontes, podemos afirmar que en el Año de la Vida Consagrada y en su mensaje encontramos un nuevo impulso para vivir con intensidad la gracia de este año Bicentenario del nacimiento de Don Bosco y de la historia de la Congregación y para recorrer con decisión el camino hacia la radicalidad evangélica trazado por el reciente Capítulo General.

🎯 El anaquel



Carta en el año de la vida consagrada

Obispos de Cataluña

En Adviento de 2014, convocados por el Santo Padre Francisco, iniciamos la celebración en toda la Iglesia universal del Año de la Vida consagrada y los Obispos de Cataluña queremos acompañar al Pueblo de Dios, las parroquias, comunidades religiosas, movimientos e instituciones de nuestras Iglesias diocesanas, para que este tiempo de reflexión y de gracia sea un paso adelante en la conversión y la renovación espiritual y apostólica, tan fundamentales para la nueva evangelización.

Acción de gracias

Cuando contemplamos en una visión de conjunto la cantidad y diversidad de comunidades religiosas presentes en nuestras Iglesias diocesanas, tantas Congregaciones que en Cataluña tienen sus orígenes, y el paso de los santos que tan fuertemente han marcado nuestra tierra, el primer sentimiento que aflora en nosotros es de acción de gracias a Dios. Monasterios, casas de espiritualidad y de ejercicios, escuelas, hospitales, residencias de ancianos, apoyo y colaboración en muchas parroquias y movimientos, presencia activa en barrios y pueblos, atención a personas marginadas y excluidas, instituciones universitarias y culturales, colaboración pastoral en las prisiones, soporte activo en las Cáritas diocesanas, los misioneros y misioneras en el tercer y cuarto mundo... representa todo ello un gran don del Espíritu, que evangeliza, transforma y humaniza nuestra sociedad.

Esta acción de gracias a Dios la hacemos extensiva a todos los consagrados, religiosos y religiosas, monjes y monjas, contemplativos, vírgenes y laicos consagrados, miembros de sociedades de vida apostólica y de institutos seculares, ermitaños y ermitañas, vírgenes consagradas, y a todos los que, imitando a Cristo y sirviéndole, enriquecen la Iglesia con su vida entregada por amor a Dios y a los hermanos, y que oran, trabajan y buscan caminos de evangelización en nuestro mundo.

Hoy en día constatamos también, con gozo y agradecimiento, la notable colaboración de muchos laicos, hombres y mujeres, que incluso ocupan lugares de responsabilidad en instituciones religiosas o colaboran de muchas maneras con las comunidades y obras apostólicas de los consagrados. Los carismas de las fundaciones al servicio de la vida consagrada se extienden y amplían a muchos niños, jóvenes, hombres y mujeres que los acogen y les dan nueva fecundidad. También valoramos el buen entendimiento y afecto con los obispos, presbíteros y diáconos, de manera que el cuerpo apostólico de la Iglesia, se muestra cordialmente unido por los lazos de comunión que muestran la unidad en la variedad de carismas que el Espíritu Santo reparte generosamente.

La vida religiosa y la evangelización

Estas constataciones positivas son también estimulantes para ir superando algunas limitaciones, provocadas en gran parte por la disminución de las vocaciones. El Papa Francisco invita a la comunidad cristiana a renovarse para emprender la «evangelización» que ya potenciaron sus antecesores. En una época como la nuestra, marcada por un fuerte sentido de secularización y de relativismo, de individualismo y fragmentación, la Iglesia se reconoce portadora de un mensaje de vida y de salvación, que es una verdadera esperanza para la humanidad. Debemos ir superando todo tipo de mundanidad, divisiones, cansancios y críticas negativas que pueden frenar los ánimos y la esperanza. Y nos urge encontrar las propuestas pastorales más adecuadas para el momento actual, para anunciar el Evangelio de forma creíble y auténtica, sirviendo la paz, la justicia, la fraternidad, la espiritualidad y el respeto a los hombres y mujeres de otras religiones y culturas.

La vida consagrada está llamada a aportar esta visión universal y global, ya que está establecida en muchos países de culturas muy diversas. La aportación de universalidad que hacen presente los consagrados y las consagradas es fundamental en el proceso actual de evangelización.

Para afrontar la misión evangelizadora hoy, los consagrados, además de la siempre necesaria conversión personal, están llamados a fortalecer –como algunos ya están haciendo– la comunión entre congregaciones e institutos con carismas similares, para ayudarse a mantener obras y misiones.

En *Evangelii Gaudium*, el Papa llama a «recuperar la frescura original del Evangelio», para hacer brotar «nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual» (EG 11). Nos llama a una pastoral en clave de misión, con audacia y creatividad (cf. EG. 33), y pide expresamente hacer la propuesta evangelizadora desde el corazón del Evangelio, cuyo núcleo es la misericordia. Este núcleo es la fuente de la que brota la «alegría» (*gaudium*) que debe acompañar siempre al evangelizador y por eso la Iglesia –y cada persona en ella– debe ser y aparecer como portadora de esta experiencia de misericordia.

Precisamente el 16 de agosto de 2014, en Corea, el Papa decía a los miembros de la Vida Consagrada: «Sea que el carisma de su Instituto esté orientado más a la contemplación o más bien a la vida activa, siempre están llamados a ser “expertos” en la misericordia divina. Sé por experiencia que la vida en comunidad no siempre es fácil, pero es un campo de entrenamiento providencial para el corazón. Es poco realista no esperar conflictos: surgirán malentendidos y habrá que afrontarlos. Pero, a pesar de estas dificultades, es en la vida comunitaria donde estamos llamados a crecer en la misericordia, la paciencia y la caridad perfecta... La experiencia de la misericordia de Dios, alimentada por la oración y la comunidad, debe dar forma a todo lo que ustedes son, a todo lo que hacen».

El testimonio de la vida de los consagrados es un bien precioso para toda la Iglesia como lo es también su desprendido trabajo en bien de toda la sociedad. Actualmente esta donación generosa de los consagrados que viven un compromiso en los diversos campos donde les lleva la vivencia de su carisma, recibe un merecido reconocimiento, así como también el testimonio gozoso de los monjes y monjas que brota de la contemplación auténtica y de una vida comunitaria que muestra la belleza del amor fraterno. El papa Francisco ha dicho a los consagrados y a los presbíteros: «No tengáis miedo de mostrar la alegría de haber respondido a la llamada del Señor, a su elección de amor, y de testimoniar su Evangelio en el servicio a la Iglesia».

El anuncio del Evangelio, también por parte de los consagrados, debe ir acompañado con la autenticidad de vida y con la coherencia con los consejos evangélicos que han marcado siempre la vida religiosa. Los fundadores de todos los tiempos han dado pruebas con su vida y con sus palabras, del amor intenso a la Iglesia y a todos los hombres, especialmente a los más pobres. Esta solidaridad con los débiles continúa siendo hoy particularmente urgente y significativa para contribuir a humanizar la «sociedad del bienestar» y es para el mundo la señal y la garantía de la «Buena Nueva» que anunciamos como un hecho (*Gaudium et Spes*, 26).

Muchas congregaciones religiosas se dedican a la enseñanza de los niños y jóvenes y son titulares de numerosas instituciones educativas que han realizado un bien inmenso en la educación de un gran grupo de generaciones de hombres y mujeres de nuestro país. Animamos a las escuelas cristianas, como instituciones eclesiales que son, a hacer hoy una aportación específica en la nueva evangelización y les pedimos que ofrezcan a los alumnos una educación que sea esencialmente evangelizadora, teniendo presente que el elemento característico de la escuela católica consiste en «crear en la comunidad escolar un ambiente animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad» (Concilio Vaticano II, *Gravissimum educationis* 8).

La vida religiosa y la espiritualidad

En el marco general pastoral y evangelizador, es necesario que los religiosos y religiosas potencien la espiritualidad como una de las aportaciones más urgentes en el momento que vive nuestra sociedad. Las ordenes y congregaciones religiosas tienen una larga

tradición espiritual que tomó impulso de renovación en el Concilio Vaticano II, cuando propuso ir a las raíces y a los carismas fundacionales, y «reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy» (cf. *Vita Consecrata*, 37).

Esta fue una muy sabia y acertada medida del Concilio Vaticano II que ha ayudado a la puesta al día y a la renovación de la vida religiosa. Por ello damos gracias a Dios y queremos que este sea un gran distintivo de la vida consagrada hoy: hacer memoria del Amor de Dios, de su misericordia y amor preferencial por los más pobres y necesitados, y mostrar la alegría que obtiene aquel que se entregado del todo, sin esperar nada a cambio, al Amor de Dios, que se ha revelado de forma plena en la persona de Cristo.

Existe hoy un anhelo notable de espiritualidad en muchos sectores de la sociedad. Hay que trabajar y profundizar en la auténtica oración cristiana, en nuestras tradiciones y estilos espirituales, bien fundamentados en el Evangelio, para que la propuesta cristiana se haga presente de forma humilde pero a la vez más comprensible y accesible para las nuevas generaciones.

Nuevas oportunidades

El Año de la vida consagrada es, pues, una gran oportunidad de renovación y de fortalecimiento de la comunión eclesial. El trabajo en los pueblos y los barrios, en los hospitales, escuelas, universidades y otras instituciones importantes de la sociedad no nace únicamente de una ética racional, fundamentada en los derechos humanos y el altruismo, sino que se inspira y participa del seguimiento de Jesús vivido en la comunión de la Iglesia, que sabe mostrar en las fuentes espirituales y comunicar a nuestros hermanos y hermanas tanto bien recibido. Nuevas oportunidades de evangelización se abren hoy para una espiritualidad que fundamenta y mueve la acción y el servicio. Todo el Pueblo de Dios y la sociedad donde vivimos arraigados, necesita que los consagrados y las consagradas sean muy fieles a los carismas recibidos y a las promesas hechas en su profesión, y den un testimonio auténtico y creíble de su fe y de su amor.

«Hay que servir el vino nuevo en odres nuevos», aconseja a los consagrados el papa Francisco. Conviene discernir la calidad y el sabor del «vino nuevo» que hemos recogido en estos últimos tiempos de renovación de la vida consagrada en la Iglesia y evaluar las actuales instituciones, por si son suficientemente adecuadas para contener este «vino nuevo». Como recuerda el Papa, «no debemos tener miedo de dejar los ‘odres viejos’, y renovar los hábitos y estructuras que, en la vida de la Iglesia, y por tanto, también en la vida consagrada, ya no responden a lo que Dios nos pide hoy para que su Reino avance en el mundo» (*Discurso del 27.11.2014*). Y hay que tener presentes los criterios a seguir en la ardua tarea de evaluar el vino nuevo y comprobar la calidad de los odres, entre los que cabe destacar la originalidad evangélica de las opciones, la fidelidad al carisma, la primacía del servicio, la atención a los más pequeños y frágiles, y el respeto por la dignidad de la persona.

Será el Espíritu Santo quien nos conducirá a todos hacia la mayor fidelidad a Dios, imitando en todo la fidelidad y la entrega de su Hijo amado, en quien el Padre se complace.

Nos encomendamos a la Virgen de Montserrat, para que desde su santa montaña, espacio de oración, alabanza, encuentro y peregrinación, nos ayude a todos a ser más fieles al amor a Dios y al prójimo, que es lo fundamental de la vida cristiana. Y que la Virgen sostenga a todos los consagrados y consagradas para que, renovando con gozo en este Año su “sí” a Dios, como el de Marina, den el buen testimonio de la felicidad que brota de un corazón totalmente consagrado a Dios, que atraerá el mundo hacia la alegría de la fe y lo humanizará en la justicia, la fraternidad, la esperanza y el amor.

Los Obispos de Cataluña

30 de noviembre de 2014, inicio del Adviento y del Año de la Vida consagrada



BICENTENARIO DELLA NASCITA
1815 • DON BOSCO • 2015